

Infancia y juventud en Colombia:
aproximación historiográfica

Infancia y juventud en Colombia: aproximación historiográfica

Absalón Jiménez Becerra
Carlos Arturo Reina Rodríguez



**CIUDADANÍA
& DEMOCRACIA**

A la infancia y la juventud de ayer, de hoy y de siempre

La imagen de portada corresponde a una fotografía de un grupo de niños y jóvenes bogotanos del Colegio La Salle, tomada el 9 de abril de 1948, dos horas antes de que ocurrieran los hechos de "El Bogotazo".

Autor: Hernán Tovar (quien aparece en la foto). El edificio fue quemado minutos después.



UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

UD
Editorial



CIUDADANÍA
& DEMOCRACIA

© Universidad Distrital Francisco José de Caldas
© Facultad de Ingeniería
© Absalón Jiménez Becerra, Carlos Arturo Reina Rodríguez
Primera edición, abril de 2019
ISBN: 978-958-787-107-4

Dirección Sección de Publicaciones
Rubén Eliécer Carvajalino C.

Coordinación editorial
Edwin Pardo Salazar

Corrección de estilo
Margarita Mejía Umaña

Diagramación
Sonia Montaña Bermudez

Imagen de portada
Hernán Tovar (fotografía. Bogotá, 9 de abril de 1948)

Editorial UD
Universidad Distrital Francisco José de Caldas
Carrera 24 No. 34-37
Teléfono: 3239300 ext. 6202
Correo electrónico: publicaciones@udistrital.edu.co

Jiménez Becerra, Absalón
Infancia y juventud en Colombia : aproximación
historiográfica / Absalón Jiménez Becerra, Carlos Arturo Reina
Rodríguez. -- Bogotá : Editorial Universidad Distrital Francisco
José de Caldas, 2019.
110 páginas ; 24 cm. -- (Ciudadanía y democracia).
ISBN 978-958-787-107-4
1. Niños - Historia - Colombia 2. Niños - Condiciones
sociales - Colombia 3. Juventud - Historia - Colombia
4. Juventud - Condiciones sociales - Colombia I. Reina
Rodríguez, Carlos Arturo, autor II. Tít. III. Serie
305.23 cd 22 ed.
A1629151

Todos los derechos reservados.
Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de la
Sección de Publicaciones de la Universidad Distrital.
Hecho en Colombia

Contenido

Presentación	12
I. Construcción social de la infancia en Colombia: una mirada desde un balance historiográfico	19
La infancia como objeto de investigación desde la perspectiva europea	20
La infancia desde la perspectiva Latinoamericana	30
La infancia y sus avances en la historiografía colombiana	36
<i>La infancia en Colombia desde la historia social y de la cultura</i>	37
<i>La infancia en Colombia desde la perspectiva del Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica</i>	48
Consideraciones finales	57
Referencias bibliográficas	60
II. Construcción social de la juventud en Colombia: una mirada desde un balance historiográfico	63
La juventud, la historia y los historiadores	65
Los estudios históricos de la juventud en Colombia	82
Huellas historiográficas	85
Referencias bibliográficas	99

Presentación

El tema de la infancia y la juventud es vigente en los contextos institucionales y de la academia, en los que a diario evidenciamos una infancia contemporánea de carácter precoz, compleja e inacabada, y un conjunto de jóvenes portadores de una identidad descentrada que el mundo adulto no comprende. La procedencia histórica de estos sujetos, su proceso de constitución e identidad, o su formación sociológica y cultural son temas que algunos comprometidos con los niños y jóvenes —con el reconocimiento e inspección del mundo infantil y juvenil— desconocen.

De tal manera, queremos aclarar que los sujetos que nos convocan en este pequeño libro publicado por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas de Bogotá, —la infancia y la juventud—, desde una perspectiva histórica, son descubiertos en la Modernidad:

En primer lugar, según Philippe Ariès (1987), la infancia va tomada de la mano del sentimiento de familia que se termina de materializar a lo largo de los siglos XVII y XVIII en Europa. En la Modernidad, se vive una revolución de carácter afectivo en el interior de la casa que, como espacio de privacidad en la ciudad, facilita la institucionalización de la familia, tomando así cuerpo el sentimiento de infancia en la sociedad moderna. Por otro lado, en el ámbito pedagógico, J. J. Rousseau descubre la infancia aristocrática en *El Emilio*, en 1762. Para Rousseau, el niño debía diferenciarse de los animales y los adultos, y se debían reconocer en él una serie de transformaciones cualitativas que luego

se definirían como las etapas de desarrollo. Además, el conocimiento que materializa el niño es producto de la interacción con la naturaleza, las personas y las cosas (Rousseau, 1996). Luego Pestalozzi (1996), desde una perspectiva de educación popular, descubriría al hijo de la guerra, al hijo del pobre campesino y del obrero urbano, que hace presencia en el escenario de lo público a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, haciéndose necesaria la escuela como espacio intermedio entre la casa y la ciudad, entre lo privado y lo público.

En términos generales, *la infancia moderna* vivió un particular proceso de domesticación por parte de agentes tradicionales de socialización como son *la familia y la escuela*. Esta fue una infancia con especificidades de carácter biológico y psicológico, que acarreó el surgimiento de políticas sociales y educativas para su bienestar, para la atención y orientación de las familias, y para la corrección de desvíos. Esta infancia se naturalizó a través de prácticas que se circunscriben en los tiempos modernos: ser niño era ir a la escuela, jugar y no tener responsabilidades; vivir con su familia y disfrutar de altos grados de amor y afecto. Ser niño en la Modernidad fue sinónimo de constituirse en sujeto frágil, puro e inocente, que representaba, entre otros aspectos, una promesa de futuro.

Por otra parte, como lo vamos a observar en parte del balance historiográfico realizado por el profesor Absalón Jiménez, desde una configuración de emergencia y ruptura creemos que *la infancia contemporánea* da cuenta de una reorganización discursiva, la cual, desde una perspectiva de borde, posibilita la reconstitución de una serie de saberes y enunciados que dan cuenta de este nuevo sujeto. Como investigadores, evidenciamos que la infancia, como simple palabra en el escenario cotidiano, por lo general se asociaba a la experiencia vital del sujeto, la cual es vivida en la niñez. La infancia como experiencia vital en la Modernidad era asociada también como sinónimo de inocencia y fragilidad; de allí la constitución de una serie de prácticas sociales mediadas por la crianza familiar y el discurso del cuidado y la protección, y acompañadas por los diferentes discursos de carácter disciplinar que sobre este sujeto se constituyen desde la pedagogía, la sicología, la pediatría, la historia, la jurisprudencia o la medicina, entre otros.

Frente a esta discusión, debemos anotar que la percepción cotidiana de la infancia, vista como experiencia vital de la niñez, es trascendida por los discursos disciplinares que se especializaron en la Modernidad para hablar en torno a este sujeto. Discursos propios de la sicología, la pedagogía, la pediatría, la sociología, la antropología, el derecho y, en este caso, la historia, invadieron el campo de la infancia. Actualmente, los adultos representamos a los niños mediante diferentes discursos que apuestan por saber de ellos, por reconocerlos y por tener sobre ellos un dominio, un control y un poder.

En segundo lugar, los jóvenes son redescubiertos de manera posterior en el contexto mismo del capitalismo. Para Carles Feixa (1998), a lo largo del siglo

XIX —la familia y la escuela, inicialmente, mediante un discurso de protección al menor, y de etapa moratoria entre la infancia y la adultez— se logra el develamiento del *adolescente*, del *muchacho* o del *efebo*, que debe ser preparado para la vida, tomando cuerpo así el discurso socializador. Después serían instituciones, como el ejército y la economía capitalista, las que terminarían de delimitar la frontera entre la infancia y la juventud. Por su parte, el ejército como institución estatal delimitó quién era joven para que asumiera una responsabilidad mínima frente al Estado, el manejo de las armas para su defensa durante un pequeño periodo de la vida. En este sentido, los códigos disciplinares del ejército al igual que los de la escuela, estudiados por Foucault en su clásica obra *Vigilar y Castigar*, se deben interpretar en este contexto; el ejército, al igual que las demás instituciones disciplinarias y panópticas, tuvo como fin la realización de cuerpos “jóvenes”, dóciles y productivos para el capitalismo. Además, el capitalismo en su etapa industrial aceptó la presencia de niños trabajadores; sin embargo, esto fue recriminado por la sociedad en su conjunto, lo que trajo como consecuencia que la industria comenzara a delimitar la edad del joven, con el fin de rechazar la presencia formal del trabajo infantil en el interior de sus instalaciones¹.

Si el siglo XIX trae como consecuencia el re-descubrimiento del adolescente, en realidad el joven como sujeto sería descubierto a lo largo del siglo XX. Para Carles Feixa, se conocen más de cinco variables para su surgimiento; entre ellas están: la emergencia del Estado de Bienestar; la reivindicación de los derechos sociales; el derecho de la educación, la escuela y, en particular, la educación superior; la crisis de la autoridad patriarcal y de la familia nuclear; el nacimiento de la economía de consumo; la emergencia de los medios de comunicación; la presencia del *rock*, el consumo de discos y el imaginario de joven que dejaría Elvis Presley para la historia; la sensibilidad pacifista y femenina; el apego a la madre tierra, la revolución sexual y el consumo de marihuana. Todos los anteriores fenómenos, ubicados en la segunda mitad del siglo XX, traerían como consecuencia la constitución del joven moderno y contemporáneo que hoy hace presencia en la sociedad. Las culturas y subculturas juveniles se desprenden de este proceso, de los *hippies* y *rockeros* de los años 60 y 70; devienen las subculturas juveniles contemporáneas como una expresión de culturas subalternas, que a pesar de ser hijas del capitalismo no se encuentran integradas a las estructuras reproductivas (Feixa, 1998), como los *punk* y los *skinhead*, entre otras.

En la actualidad, la *infancia contemporánea* precoz e inacabada y la *juventud portadora de una identidad compleja y descentrada* hacen presencia en las institucio-

1 Hugh Cunnigham, en *Trabajo y explotación infantil: la situación en la Inglaterra de los XVII al XX*. Madrid, Ministerio del Trabajo y Seguridad Social, 1994, p. 175: el porcentaje del niño trabajador, entre los 10 y los 14 años de edad en Inglaterra y Gales, para 1851, es de 36,6 % de muchachos y 19,9 % de muchachas; luego, en 1911, desciende a 18,3 % muchachos y 10,4 % de muchachas.

nes tradicionales como la familia y la escuela para cuestionarlas. Estos sujetos han ampliado sus experiencias socializadoras, sobre todo a través de los medios de comunicación, el computador, el acceso a *Internet*, las redes sociales y la economía de consumo en general. Una infancia y una juventud que se encuentran en el borde de la Modernidad demandan de los investigadores sociales nuevas herramientas y lentes de mirada, en momentos en que hay preguntas constantes sobre el sujeto: ¿quién es el otro?, ¿a quién debo formar y enseñar?, ¿cuál es su cosmovisión de vida y mundo? En definitiva, ¿cuál es su identidad?

La *identidad* —vista como aquel espacio que tiene que ver con lo igual y con lo diferente, con lo personal y lo social, con lo que tenemos en común con un grupo de personas y lo que nos diferencia de otras— actualmente está mediada por un nuevo contexto político y por el papel que juegan las mediaciones en los contextos urbanos. En este sentido, las actuales generaciones han tenido un contacto inmediato con los medios de comunicación, incluso desde el momento mismo de su concepción, lo que nos demanda otro tipo de lectura (Jiménez & Infante, 2007). En consecuencia, como investigadores sociales, aclaramos que la *infancia y la juventud*, vistas como una categoría conceptual y un nuevo tipo de sujeto, materializan una “identidad descentrada”, caracterizada por la imposibilidad de representarla en una sola posición.

En particular la *infancia y la juventud contemporáneas*, vistas como un actor y un sujeto más de nuestro escenario sociocultural y de nuestra historia presente, viven un proceso de socialización que se ubica más allá del papel que puedan jugar instituciones sociales tradicionales, como la familia y la escuela. Estos nuevos sujetos luchan por conquistar su identidad en un contexto urbano mucho más individualizado, en el que la familia nuclear se encuentra amenazada y la crisis entre las generaciones cada día es más estrecha; aunque socialmente cada día son más dependientes de su estructura familiar, los niños y los jóvenes son a la vez más precoces.

En el ámbito académico, *infancia y juventud, niños y jóvenes* son palabras que tienen cabida en los estudios sociales, y que además significan muchas cosas, no siempre las mismas. Para algunos, son solo palabras; para otros, contienen elementos que van más allá de ellas para denotar la existencia de unos mundos infantiles y juveniles, compuestos por niños y jóvenes cuyos semblantes emergen en las realidades contemporáneas de América Latina, y desde luego de Colombia, como parte de esa avalancha de temas que se han convertido en parte de la vida cotidiana.

2 Según Chris Barker, en *Televisión, globalización e identidades culturales*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 42, la identidad descentrada implica un sujeto de identidades cambiantes y fragmentadas, de manera que las personas no se componen de una, sino de varias, y a veces de contradictorias identidades. Así, el sujeto asume diferentes identidades en diferentes momentos que no se unifican alrededor de un *yo* coherente.

Los noticieros, la prensa, las redes sociales presentan a diario noticias alarmantes frente a las condiciones de los niños y niñas: el maltrato al que son sometidos, el abandono, el asesinato convertido en infanticidio, la desnutrición y la ausencia de oportunidades educativas que se repiten a lo largo del país, a pesar de las políticas públicas diseñadas para su prevención. De la misma manera, estos mismos centros de emisión de información repiten que los jóvenes están en riesgo, que la delincuencia de menores va en aumento y que es necesario tejer leyes que contengan la avalancha de problemas que los niños, y en especial los jóvenes, van generando en el mundo adulto, como si ellos fueran los culpables de las condiciones del sistema actual.

En ambos casos, sobresalen cientos de estudios que insisten en estos y otros problemas a través de estadísticas, y que en realidad poco aportan al cambio de la situación, más allá de reiterar una condición de abandono y olvido real que perdura en el tiempo. Por lo demás, muchos de estos estudios se quedan en los anaqueles de los informes estatales como simples denuncias, o en las buenas intenciones de quienes los hacen en procura de un cambio en la situación de abandono y olvido a que se ha llevado a esta población.

Lo paradójico, podrá argumentar el lector, es que hay muchos trabajos, trabajos monográficos, tesis de posgrado, artículos y libros. No obstante, el impacto es mínimo cuando se asume que esa información es solo para los “encargados de la infancia y la juventud” y no para toda la sociedad. De allí que las noticias continúen siendo siempre las mismas. Basta revisar un solo mes de noticieros para evidenciar cómo se reiteran y se asociación con infancia y juventud palabras como “abandono”, “maltrato, delincuencia, asesinato, tortura y desnutrición, esto, además, planteado en un país acostumbrado a mencionar tales términos.

El asunto es continental. Decir que se trata de un solo caso o de un país en particular es algo que no tiene sentido, cuando el maltrato, el abandono y la trata de menores pululan en toda la región y, comparativamente con otras regiones del mundo, los índices relacionados con lo anterior son tan elevados. ¿Dónde está la diferencia al respecto entre el hoy y el ayer? Philippe Ariès indicaba que la infancia no existía, y que esta aparecía solo hasta cierto punto en el siglo XVI. Otros, como DeMause (1974), señalan que Ariès se fijaba en aspectos muy particulares de la sociedad francesa y que era necesaria una mirada más amplia. Como lo vamos a observar en el libro, ambos investigadores sirvieron como pilares para los estudios de la infancia que luego se abordaron en América Latina.

En el caso de los jóvenes, distintos sociólogos, psicólogos y antropólogos les otorgan un tiempo, y señalan que solo aparecen a mitad del siglo XX, cuando ingresan como parte de la sociedad de consumo; se hacen visibles a partir del

autorreconocimiento y de los espacios propiciados por los movimientos sociales, como el estudiantado, y de emergencias culturales y contraculturales, como el movimiento *hippie*, el feminismo o las culturas musicales juveniles devenidas de la explosión del *rock and roll* y de todo el mundo pop. En términos de la historia, Víctor Alba, así como Giovanni Levi y Jean Claude Schmitt son referentes permanentes para los estudiosos de la historia de la juventud.

En Colombia, existen trabajos alrededor de los dos temas. Historiográficamente, este documento representa un primer ejercicio para recoger los trabajos que han realizado historiadores e investigadores al respecto. No pretende ser un todo de las producciones históricas en Colombia, pero plantean una aproximación como punto de partida mínimo para la investigación del pasado de la infancia y la juventud en el país.

Los dos historiadores, Absalón Jiménez y Carlos Arturo Reina, profesores e investigadores de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, presentan una aproximación historiográfica desde dos campos cuyas fronteras se entrecruzan de manera reiterada. Su balance refleja la necesidad de crear líneas de desarrollo más amplias, así como la necesidad de construir espacios comunes para la socialización de los hallazgos históricos.

I. Construcción social de la infancia en Colombia: una mirada desde un balance historiográfico

Absalón Jiménez Becerra³

El presente escrito pretende aportar una serie de elementos en torno a la infancia como objeto de estudio dentro de la historiografía colombiana, la cual se ha ganado de manera pausada un espacio como tema de investigación para los historiadores colombianos, desde finales de la década de los años 80 del siglo pasado hasta la actualidad. Encontramos así una serie de abordajes de la infancia en el escenario de lo público; inicialmente, vemos al niño haciendo parte de las guerras civiles del siglo XIX, o de los imaginarios del *gamín o pelafustán callejero* que afectó como fenómeno regional a toda América Latina en la segunda mitad del siglo XX. Los historiadores colombianos también han individualizado al niño como parte de la población, y termina siendo normalizado desde las prácticas de policía —desde las postrimerías de la Colonia hasta las primeras décadas del siglo XIX—; desde la perspectiva de minoridad como victimario y potencial delincuente; como parte de las preocupaciones del Estado en el campo médico y de la higiene; y, como es lógico, desde la perspectiva pedagógica y educativa en su dimensión de alumno, entre otras.

3 Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional; Magister en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana; Magister en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, D.C.; y Doctor en Educación del acuerdo interinstitucional UPN, U. Valle y Universidad Distrital de Bogotá. En la actualidad, es profesor de planta de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas de Bogotá, en particular, del Doctorado Interinstitucional en Educación. Sus líneas de investigación se enmarcan en la historia social y política de los siglos XX y XXI en Colombia, y en la historia de la infancia, escuela y pedagogía en el mismo periodo. Correo electrónico: abjibe2018@hotmail.com

En la historiografía nacional, la infancia hace parte de un constructo sociocultural que se transforma en forma continua; en nuestro balance historiográfico, encontramos que este sujeto en el pasado —al igual que en el presente— se debe ver desde un principio de pluralidad. Es decir, los tipos de infancia inspeccionados por los historiadores son variados y cambian de acuerdo con el contexto histórico y cultural, el tipo de problema planteado, la metodología de investigación utilizada y el tipo de archivo consultado. Los tipos de infancia que se derivan de las investigaciones realizadas por los historiadores son, en el fondo, construcciones de quienes han participado de una sociedad y una cultura. También son construcciones de quienes inspeccionan los archivos, consultan las fuentes, las interpretan o analizan desde el presente. Por lo demás, nuestro balance historiográfico es escrito con dos intereses particulares: en primer lugar, uno formativo para quienes apenas se inician en el tema; y, en segundo lugar, como un aporte al acumulado de nuestra disciplina, *la historia*. En este sentido, por experiencia podemos decir que cuando se organiza un balance historiográfico, lo que se puede comprobar es un grado de madurez en la temática, y un nivel de avance que hace necesario organizar una serie de producciones para establecer las conclusiones y puntos de llegada, como también evidenciar nuevos retos, nuevas hipótesis, nuevas temáticas y nuevos caminos por indagar.

De tal manera, el presente balance historiográfico se encuentra dividido en cuatro partes: la primera dará cuenta, en el ámbito formativo, de la perspectiva europea, cuya inspección es de vital importancia, pues permite contextualizar la discusión y facilita una serie de bases para quien se inician en la investigación histórica en torno a la infancia como objeto de estudio en Occidente. Luego, inspeccionaremos la historiografía latinoamericana haciendo énfasis en la perspectiva de países cercanos como Argentina y México, y también el avance en lo que respecta a un ejercicio comparado por parte de los historiadores colombianos. En tercer lugar, se abordará la historiografía colombiana realizando una división en lo que respecta a un grupo de historiadores que se ubican en la perspectiva de la historia social y de la cultura y, en segunda instancia, los aportes realizados por el Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica. Por último, se expondrán algunas conclusiones y posibles entradas al tema.

La infancia como objeto de investigación desde la perspectiva europea

Cuando se aborda la infancia como objeto de investigación, el hallazgo realizado por Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) en el *Emilio, o De la educación*, en 1762, acompañado por el papel pionero de la pedagogía moderna, representan un primer antecedente no reconocido por los historiadores. De manera particular, Philippe Ariès, en su libro *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, en el segundo capítulo, llamado “El descubrimiento de la infancia”,

no realiza mención alguna de Rousseau ni de Pestalozzi. Aunque el proceso de “individualización del niño” (Gélis, 2001) se remonta, al menos, hasta las postrimerías del siglo XVI y los comienzos del XVII en Europa —en cuya coyuntura comienzan a ser ingentes los esfuerzos por salvar su vida y garantizar su salud, iniciándose una revolución afectiva en el interior de la familia—, este proceso de individualización y de descubrimiento aún continúa. En este sentido, para la segunda mitad del siglo XX, Norbet Elias advertía que los niños seguían siendo un misterio para sus padres, pues en cierta medida tenían que ser descubiertos por ellos, evidenciando así que el conocimiento de los problemas de la infancia seguía siendo bastante fragmentado (Elias, 1998). En efecto, dicha fragmentación la vamos a evidenciar en el caso latinoamericano, y luego, en el colombiano, desde una perspectiva historiográfica.

En la historiografía francesa y anglosajona podemos valorar al menos tres autores clásicos que nos brindan luces en torno al estudio de la infancia por parte de los historiadores. En principio inspeccionaremos el texto de Philippe Ariès, *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*⁴ y algunos de sus artículos más destacados, que se mencionarán más adelante; en segunda instancia, está la investigación liderada por el historiador y psicoanalista Lloyd DeMause (1974), *Historia de la infancia*. Y en tercer lugar debemos destacar los aportes de cierto tipo de sociología histórica liderada por Norbert Elias, quien además de ubicar los temas de infancia y familia dentro del *proceso civilizatorio* que se vive en Occidente, aporta una serie de categorías, como *psicogénesis* y *sociogénesis*, y además reflexiona sobre el aprendizaje del niño y la conquista de su autonomía enmarcadas en una relación social tensionante entre el mundo adulto y el mundo infantil.

El texto, *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen* de Philippe Ariès aborda el periodo histórico de Europa entre los siglos XVI y XVIII. Para tal efecto, divide su estudio en tres partes: el sentimiento de la infancia, la vida escolástica y, por último, la familia. Cada una de estas partes está subdividida, a su vez, en una serie de capítulos en los que se da cuenta, entre otros aspectos, de las edades de la vida, el descubrimiento de la infancia, la historia de los juegos, los jóvenes y viejos escolares de la Edad Media, el colegio como nueva institución; las imágenes de la familia, y la familia y la sociabilidad, entre otros. En términos generales, es una obra extensa, cargada de información, cuyas principales fuentes son las iconográficas, cuadros álbumes y retratos familiares; el diario del médico Heorard, tutor del Delfín de Francia, el futuro Luis XIII, por medio del cual nos enteramos del tipo de juegos infantiles de comienzos del

4 Philippe Ariès, *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, 1987. Para efectos del balance historiográfico, debemos tener en cuenta que la primera versión en francés de esta obra la dio a conocer en París la editorial Seuil en 1973.

siglo XVII; y también los manuales de urbanidad dados a conocer en Europa durante los siglos XVI y XVII.



Luis XVI (a la derecha) y su hermano, el conde de Provenza (a la izquierda) en su infancia, pintados por François Hubert Drouais.

Es un trabajo minucioso, en el que se da a conocer cómo en la sociedad tradicional no existía una representación clara del niño, y menos del adolescente. El bebé se convertía enseguida en un hombre joven, sin pasar por las etapas de la juventud. Por lo menos hasta terminada la Edad Media, la transmisión de valores y conocimientos y, en general, la socialización del niño, no estaban garantizadas por la familia ni controladas por ella. En sus estudios de iconografía, concluye que en este periodo el niño era representado como un hombre reducido, en miniatura. La diferencia con el hombre adulto solo era en tamaño y fuerza. Al niño se le separaba en seguida de sus padres; y durante muchos siglos, la educación fue obra del *aprendizaje* gracias a la convivencia de los niños con los adultos (Ariès, 1987). Por cientos de años, el servicio doméstico se confundió con el *aprendizaje*, pues era una forma muy general de educación. El niño era separado de su familia y enviado a otro hogar con el fin de que adquiriera un conjunto de habilidades que lo insertarían en un entorno social más amplio; en consecuencia, el papel del niño y del joven en el servicio de la mesa ocupaba, hasta el siglo XVIII, un espacio considerable del aprendizaje en los manuales de urbanidad. En esta transmisión del aprendizaje directo, de generación en generación, no había espacio para la escuela. La familia, en esta coyuntura, era una realidad moral y social, más que sentimental. Luego, con el paso a la Modernidad, la escuela fue primero asumida como un espacio de cuarentena, para luego convertirse en un espacio educativo que prepara al niño para la vida. De esto se deriva que, poco a poco, la escuela fue sustituyendo al *aprendizaje* como medio de educación.

En lo que respecta al “descubrimiento de la infancia”, Ariès manifiesta que, durante los siglos XV y XVI, la iconografía laica se separa de la iconografía religiosa. Las escenas de costumbres y las anécdotas remplazan a las representaciones religiosas. Así, el niño se convierte en uno de los personajes más frecuentes de estas historietas: el niño y la familia; el niño y los compañeros de juego; el niño entre la multitud alegre e inclusive ejerciendo un rol social en el comercio o la vida religiosa; en los brazos de su madre; aprendiz de orfebrería, etc. Estos aspectos sugieren a Ariès dos ideas: una, los niños estaban junto a los adultos en la vida cotidiana y en cualquier agrupación de trabajo, de diversión o de juego. Y dos, a finales del siglo XVIII, en el mundo moderno, se evidencia la tendencia a separar el mundo de los niños del de los adultos, lo cual anuncia el sentimiento moderno de la infancia (Ariès, 1987, p. 63).

Por otro lado, en lo relacionado con las “imágenes de la familia”, la calle medieval no se opone a la intimidad de la vida privada; es más bien una prolongación de esa vida privada, el marco familiar del trabajo y las relaciones sociales. Los artistas, en sus tentativas de representación de la vida privada, empezaron por captarla en la calle, antes de penetrar en el interior de la casa. En la calle proliferan los juegos: se jugaba en familia, entre vecinos, entre clases de edad, entre parroquias (Ariès, 1987, p. 451). Posteriormente, durante los siglos XVI y sobre todo XVII, en Occidente, la vida privada invadía la iconografía; la representación más frecuente de la habitación o de la sala corresponde a una tendencia nueva del sentimiento, inclinado en lo sucesivo hacia la intimidad de la vida privada (p. 457).

Durante esta coyuntura, son innumerables los retratos de la familia reunida, primero como exvotos y, luego, como cuadros que pasan a decorar los interiores privados. Para Ariès (1987), esta laicización del retrato de la familia, en la medida en que se comienza a contemplar a sí misma en un espacio privado de su casa es un fenómeno importante. El sentimiento de familia, que surge de tal modo durante los siglos XVI y XVII, es inseparable del sentimiento de la infancia. El interés concedido a la infancia es solo una forma de expresión particular de ese sentimiento más general: el sentimiento de la familia (p. 465). El *sentimiento familiar* toma así cuerpo de manera definitiva durante el siglo XVII; la fraternidad agrupa a los hijos, a los sobrinos y a los primos solteros alrededor de los padres. Esta tendencia a la indivisión de la familia que, por otra parte, duraba apenas dos generaciones, originó las teorías tradicionales acerca de la gran familia patriarcal. Lentamente, se evidencia así el paso “de la familia medieval a la familia moderna”. Los progresos de la vida familiar vienen tras los progresos de la vida privada, de la intimidad hogareña. Para Ariès, el sentimiento familiar no se desarrolla cuando el hogar está demasiado abierto al exterior, ya que exige un mínimo de secreto. Otro elemento que hay que tener en cuenta es la casa (y la habitación), compartida inicialmente con los criados,

sirvientes y hermanos de lactancia, la cual después sufre cambios espaciales; el corredor divide la casa en cuartos para la familia y para los criados; luego, para los padres y para los hijos.

A finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, la familia moderna corresponde a una necesidad de identidad, pues los miembros de la familia se reúnen por sus sentimientos, sus costumbres y el tipo de vida, y se oponen a las promiscuidades impuestas por la antigua sociabilidad. En conclusión, la nueva clase burguesa no soporta la presión de la multitud ni el contacto con el pueblo. Elige retirarse de la vasta sociedad poliforme para organizarse por separado, en viviendas previstas para la intimidad y en barrios nuevos protegidos de toda contaminación popular. Por lo demás, Philippe Ariès (1996) termina de aclarar esta última conclusión en otra serie de ensayos, como: “El niño y la calle, de la ciudad a la anticiudad” y “La familia y la ciudad”, en los que logra comprobar cómo, a la vez que el proceso de modernidad se consolida, la infancia reduce su espacio de socialización a la casa y a la escuela.

A lo largo del siglo XIX y comienzos del siglo XX, en Europa la infancia es expulsada finalmente de las calles. La calle comienza a ser vista entonces como sinónimo de peligro, acompañada del vicio, la vida nocturna y la irrupción del vehículo. Para esta misma coyuntura, dentro del núcleo familiar se desarrolla una “revolución afectiva”, que incluso trasciende el momento mismo de la muerte entre los parientes. En efecto, el florecimiento de “la infancia tradicional” en Europa y Estados Unidos se sitúa alrededor de la coyuntura histórica moderna, entre 1850 y 1950, en la que encontramos una infancia socializada fundamentalmente por el papel de los agentes tradicionales, como lo fue hasta coyunturas muy recientes: *la familia y la escuela*.

Por otra parte, el texto *Historia de la infancia*, de Lloyd DeMause (1974), de origen anglosajón, desde una perspectiva psicoanalítica representa un abierto llamado a los pedagogos y a los historiadores, quienes no habían abordado la infancia como un verdadero objeto de estudio hasta terminada la década de 1960. Para este historiador y psicoanalista, los educadores suelen investigar la organización y planes de estudio de la escuela, y las teorías de la educación haciendo referencia solo en ocasiones a lo que le sucedía a la infancia en el hogar y en el mundo en general. Los historiadores no habían reparado en estos temas porque, además de alegar la escasez de fuentes, durante mucho tiempo se había considerado que la historia debía estudiar los acontecimientos públicos, no los privados. En consecuencia, la vida privada como sinónimo de vida familiar en cuyo seno se encontraba la infancia era un campo virgen, que DeMause, por medio de la comisión de historiadores que conformó en 1968, comienza a colonizar.

Para DeMause (1974), la investigación de la infancia no se inició en la esfera de la historia, sino en el psicoanálisis aplicado, pues a partir de Freud, la visión

de la infancia adquirió una nueva dimensión en la que se demuestra, desde cierta perspectiva psicoanalítica, que las prácticas de crianza de los niños son la base de la personalidad adulta. En efecto, la teoría psicogenética de la historia apunta hacia una teoría general de cambio histórico, pues su fuerza central de cambio no es la tecnología ni la economía, sino “los cambios psicogenéticos” de la personalidad, resultantes de interacciones de padres e hijos en sucesivas generaciones (p. 17). Entre varias de sus hipótesis, destaca que esta presión generacional en favor del cambio psíquico no solo es espontánea —originada en la necesidad del adulto de regresar y el esfuerzo del niño por establecer relaciones—, sino que además, se produce independientemente del cambio social o tecnológico. Por otra parte, la historia de la infancia es una serie de aproximaciones entre el adulto y el niño, en la que cada acortamiento de la distancia psíquica provoca nueva ansiedad.

En el balance historiográfico que realiza en torno a las investigaciones sobre la infancia, que se remontan en su gran mayoría a los años 60, su punto de llegada es el texto de Philippe Ariès, con quien manifiesta una abierta discrepancia. Fundamentalmente, con relación a la posición de Ariès según la cual “el niño tradicional era feliz porque podía mezclarse libremente con personas de diversas clases y edades, y que en los comienzos de la época moderna se inventó un estado especial llamado infancia que dio origen a una concepción tiránica de la familia, que destruyó la amistad y la sociabilidad, y privó a los niños de la libertad” (DeMause, 1974, p. 22). Por otro lado, tampoco comparte el argumento de Ariès para quien la familia moderna limita la libertad del niño y aumenta la severidad de los castigos.

Las anteriores conclusiones de Ariès se encuentran en contradicción con todos los datos y observaciones hechas por DeMause. Frente a esta polémica, a pesar de su formación psicoanalítica, busca resolver el problema en el campo de Ariès: *la historia*. En consecuencia, en compañía de un equipo de historiadores, realiza un balance histórico demostrando que *el infanticidio, el abandono, la lactancia, las palizas y los abusos sexuales* representaban una práctica generalizada en cada uno de los periodos históricos que antecedieron a la Modernidad. Para tal efecto, en un total de diez ensayos, aborda determinados periodos históricos dentro de los que sobresalen: la época romana y los comienzos de la Edad Media; el niño de clase media en la Italia urbana entre el siglo XIV y el siglo XVI; los niños en Francia en el siglo XVII; la crianza de los niños en Inglaterra y América del Norte en los siglos XVII y XVIII; y la infancia de clase media en Europa en el siglo XIX.



Infanticidio en la Antigüedad.

Partiendo del supuesto de que el estudio de la infancia debe hacer énfasis en el momento en el que más influye la “psique” de una generación sobre la otra desde una perspectiva socializadora, se reconoce entonces un acto deliberado, la mayoría de las veces acompañado del abandono, la indolencia y el maltrato infantil. El adulto dispone así de tres reacciones frente a la infancia: 1) proyectiva, en los contenidos propios del inconsciente; 2) inversión o sustitutiva de una figura adulta importante en su propia infancia; y 3) empática, respeto de las necesidades del niño y la manera como el adulto actúa para satisfacerlas. Las reacciones proyectivas y de inversión a veces se daban en forma simultánea en los padres, produciendo un efecto de “doble imagen” en el que se veía al niño como un ser lleno de deseos, hostilidades y pensamientos sexuales proyectados del adulto y, al mismo tiempo, como figura del padre o de la madre (DeMause, 1974, p. 24). Desde esta perspectiva, la interacción entre el adulto y el niño en otras épocas se caracteriza por la existencia en la escena de actitudes contradictorias por parte del adulto sin la menor resolución. El niño es amado y odiado, recompensado y castigado, malo y bueno, todo al mismo tiempo.

Para DeMause, la teoría psicogenética, como un nuevo paradigma para la investigación en la historia de la infancia y la familia, reconoce al niño no como una *tabula rasa* o sujeto pasivo, sino como un sujeto activo que le da sentido a los objetos y a su vida de acuerdo con un determinado tipo de crianza. Desde la teoría psicogenética, describe una línea de evolución en torno al estudio de la infancia: 1) *el infanticidio*, comprendido entre la Antigüedad y el siglo IV; 2) *el abandono*, ubicado entre el siglo IV y el XIII; 3) *la ambivalencia*, entre el siglo XIV y el XVII, cuando el niño era visto como recipiente de proyecciones

peligrosas y la tarea del adulto era moldearlo; 4) *la intrusión*, durante el siglo XVIII, en que los padres se acercaban a los hijos con el fin de dominar su mente y controlar su interior, sus rabietas, sus necesidades, su masturbación, su voluntad misma; y 5) *la socialización*, ubicada entre el siglo XIX y mediados del XX (DeMause, 1974, p. 88). En términos generales, dicha teoría no es unilineal, sino *plurilineal*, pues las circunstancias ajenas influyen en la evolución paterno-filial en toda la sociedad.

En términos generales, las obras de Philippe Ariès y DeMause, que datan de finales de la década de los 60 y comienzos de los años 70, son pioneras en la investigación en torno a la infancia en términos historiográficos. De las investigaciones de Ariès se puede concluir que la preocupación y el reconocimiento de la infancia como un sujeto de la vida familiar y de la historia de la vida privada son inspeccionados desde el vestuario, los artefactos infantiles como los juguetes de época, los testamentos y epígrafes y, ante todo, desde el arte, en la medida en que la gran mayoría de las fuentes que utiliza y las más destacadas son las iconográficas. Por su parte, DeMause manifiesta que la verdadera preocupación por la infancia en la Modernidad entró por la puerta del psicoanálisis a comienzos del siglo XX, desarrollando a su vez una demanda explícita a los historiadores de la vida privada y a los educadores, para que convirtieran la infancia en uno de los objetivos centrales de sus investigaciones.

En tercer lugar, cierto tipo de sociología histórica también ha desarrollado un importante aporte al estudio del pasado de la infancia. En este sentido, hacemos referencia a la obra de Norbert Elias (1897-1990); este tercer autor, en textos como *La civilización de los padres y otros ensayos*, y desde su particular mirada que denominó como “sociología figuracional” (Elias, 1970, p. 154), estableció dos grandes categorías: la primera, la *sociogénética*, en la que las instituciones, las estructuras sociales y políticas, y en particular, la modulación de los cambios históricos, influyen en el individuo. Y la segunda, la *psicogénética*, en la que las transformaciones en la estructura psíquica y del comportamiento del individuo influyen en la sociedad.

El proceso de la civilización, desde su particular mirada de las teorías del desarrollo aplicadas a la historia de la humanidad, hunde sus raíces en las estructuras más profundas de la psicología y el psicoanálisis. La teoría de la *sociogénesis* de Elias implicó una complejidad de cambios en las estructuras sociales y políticas, pero también transformaciones en las estructuras psíquicas del comportamiento del individuo, proceso definido como *psicogénesis* (Elias, 2009, p. 79). Para este sociólogo e historiador, los procesos macrosociales y microsociales coinciden con un espacio histórico determinado. El proceso de civilización se caracteriza tanto por un desarrollo paralelo de la disminución de los temores externos ante la posible amenaza de ataque de otros como por el aumento de los miedos internos, automáticos, con el respectivo fortalecimiento

de los mecanismos de autocoacción. Desde su perspectiva de las teorías del desarrollo histórico, los seres humanos no son autónomos, sino interdependientes, forman figuraciones o interrelaciones, y sus personalidades y comportamientos responden a los hábitos específicos de una sociedad y de una etapa histórica determinadas.

El *aprendizaje* como un elemento consustancial del desarrollo de todos los seres humanos, incluidos de manera destacada los niños, conforma la bisagra entre la naturaleza y la sociedad, entre la naturaleza y la cultura y, en consecuencia, entre la naturaleza y las ciencias sociales (Elias, 1998, p. 312). Este autor ubicó las discusiones en torno a la infancia dentro del marco del proceso de la civilización que vivió Occidente. Descubrir a los niños en la Modernidad es darse cuenta de su relativa autonomía; los niños se van haciendo adultos individualmente, a lo largo de un proceso civilizador que varía de acuerdo con el *estado de desarrollo* de los respectivos modelos sociales de civilización (Elias, 1998, p. 418). Para Elias, la reflexión más profunda acerca de las necesidades y características de los niños es, en el fondo, el reconocimiento de su derecho a ser comprendidos y apreciados en su carácter propio. Aunque aún existen en el interior de la familia una serie de relaciones de poder tradicionales, los niños en la sociedad moderna también ejercen un poder sobre los padres.

En términos de la sociología histórica propuesta por Elias, *la autonomía* del niño representa no solo un punto de madurez individual, sino una característica civilizatoria. El proceso de refamiliarización de la sociedad en la Modernidad hace parte de un proceso de reinstitucionalización o “reconfiguración”⁵ mediante el cual la familia, a pesar de sus profundas transformaciones, se muestra como una institución pertinente para la sociedad en general. El comportamiento de los padres e hijos en la nueva configuración familiar se define, entre otros aspectos, por un canon específico socialmente condicionado, y no se puede entender simplemente como una conducta correspondiente a un rol.

Para Norbert Elias, en el caso de los niños, se trata de un grupo de seres humanos cuyo comportamiento, derechos y deberes son objeto de prescripciones sociales normativas. En las sociedades modernas, a los niños se les reconoce una alta dosis de legalidad propia como un grupo de miembros de esta sociedad, a pesar de su dependencia. La figuración familiar se caracteriza por una

5 Por su parte, Norbert Elias observa en la familia un tipo de institución que, de manera particular, es vista como una “figuración”, la cual es objeto de transformaciones y cambios. La figuración constituye un entramado de interdependencia, de equilibrios de poder más o menos inestables. La “reconfiguración” de estas instituciones es producida por la presión específica que ejercen las figuras sociales, constituida por las personas en interacción sobre esas mismas personas. Los entramados configurados por los hombres, las figuraciones sociales, sufren transformaciones que a mediano y largo plazo requieren una reorganización de la percepción y el pensamiento expresado por medio del lenguaje (Elias, 1975, p. 17).

relación de dominación y por una distribución de oportunidades de poder entre padres e hijos decididamente desigual (1998, p. 411). La reconfiguración y mutabilidad de la familia se caracteriza por los cambios en las relaciones entre los hombres —entre padres e hijos o entre marido y mujer—, cambios que a la vez son inseparables de las relaciones de los hombres en la sociedad en general. Desde su mirada, la *equilibración* es pensada en las relaciones propias que se viven entre los adultos y los niños, en el proceso de crianza y socialización en el que la generación adulta, liderada por los padres, busca incidir en la generación infantil en el mismo contexto familiar. La transformación de las costumbres, las pautas de comportamiento y las instituciones, en general, dan cuenta de una configuración emocional. A medida que aumentan las interacciones sociales, aumenta la presión por el control de los demás individuos.

Así, los principios de *psicogénesis* y *sociogénesis* planteados por el sociólogo e historiador Norbert Elias se interrelacionan con la manera como el individuo y la sociedad se transforman mutuamente mediante diferentes tipos de configuración, interdependencias y equilibrios de poder, más o menos inestables. Por ejemplo, cuando aborda el tema del juego, nos aclara que, en los juegos más simples, al igual que en el pre-juego, se encuentran implícitas unas relaciones humanas y de fuerza. El concepto de fuerza en el juego es un concepto de relación humana implícita. En esta actividad, la relación de fuerza y de poder se refiere a las posibilidades de ganar, perder e, inclusive, de entretenerse de quienes juegan. Los modelos de juego son relativamente regulados, incluso el modelo de “pre-juego”; cuando las relaciones humanas carecen en absoluto de normas y reglas no significa en modo alguno que no estén estructuradas. El juego es un buen ejemplo para dar cuenta de cómo todos los hombres nos encontramos conectados por relaciones funcionales complejas, interdependencias y figuraciones que configuran a los hombres como interdependientes los unos de los otros (Elias, 1970, p. 89). Para este investigador, cualquier avance en la ciencia, el arte, la psicología y la pedagogía es testimonio de una estructura de relaciones humanas de la sociedad y de un cierto modo de organizar los comportamientos humanos. Sin duda, las herramientas que facilita Norbert Elias se constituyen en un importante aporte para indagar la historia de la infancia y sus comportamientos, desde una perspectiva civilizatoria y de desarrollo humano que tiene en cuenta una serie de tensiones entre el mundo adulto y el mundo infantil, cuyo objetivo final es la conquista de *la autonomía* de la generación que nos precede, en medio de relaciones de interdependencia y equilibración constante.

La infancia desde la perspectiva latinoamericana

En Latinoamérica, debemos dar cuenta inicialmente de un trabajo pionero realizado en Argentina; nos referimos al libro *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*, de la historiadora Sandra Carli (2003). En dicho trabajo, en el que se evidencia una minuciosa consulta de fuentes de archivo y testimoniales de políticos y pedagogos en cada uno de los periodos analizados, se hace un balance del devenir histórico de la niñez en Argentina desde la segunda mitad del siglo XIX, cuando hace presencia Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) con su propuesta de educación pública como herramienta civilizadora ante la barbarie; luego, aborda los discursos positivistas y románticos entre 1880 y 1930. En esa misma coyuntura, desarrolla un balance de la cuestión social de la infancia desde el discurso socialista y anarquista que reivindica un tipo particular de educación; también discute la autonomía del niño y la escuela nueva entre 1900 y 1950; y en el último capítulo analiza *el peronismo*, la pedagogía y las transformaciones sociales entre 1945 y 1955.

Para Sandra Carli, desde la perspectiva del tiempo, el concepto de infancia se refiere ante todo a un periodo vital, a un tiempo biológico que se sitúa entre el nacimiento y la pubertad. Desde su ángulo de lectura, los niños se constituyen como tales en el tránsito por ese tiempo de infancia cuyo sentido ha variado históricamente. El tiempo de la infancia es un tiempo construido por los adultos, un tiempo histórico cultural; en la trama de una sociedad y de una cultura es donde se dota de sentido a esa edad, instalándola en otra temporalidad que no se ciñe a la temporalidad biológica, evolutiva de edad, sino que se inscribe en un proceso más amplio de reproducción humana de una sociedad. Ambas temporalidades, la del niño como un cuerpo en crecimiento y la de la sociedad en la que se constituye como sujeto, están estrechamente articuladas. Es en la ligazón entre la experiencia de los niños y la institución de los adultos que se produce la constitución del niño como sujeto (Carli, 2003, p. 14).

La infancia ha sido un tema clásico de la educación y la pedagogía, pero también de la política. En consecuencia, el objetivo de la investigación es analizar las formas de educación y socialización de la niñez como los imaginarios acerca del futuro de los niños, tanto la modulación del presente de una población infantil como sus ideas acerca de su proyección como futura generación adulta. El problema es entonces el pasaje entre *presente y futuro*; pero, además, desde una perspectiva transdisciplinar, los trabajos de historia de la infancia se mueven en el campo de la historia de la educación, la sociología de la educación y los aportes del psicoanálisis. Por medio de estos trabajos, se busca resolver la tensión entre sicología y política, entre sentimientos y prácticas sociales, entre vida privada y orden público, entre individuo y sociedad.

Para Carli, las transformaciones de los discursos acerca de la infancia son indicativas de procesos de formación, estructuración y especialización del Estado argentino. Entre la educación y la política se tensionan los discursos acerca de la infancia en el periodo analizado, que comienza con la fundación del sistema educativo en 1880 y culmina con las políticas peronistas a mediados del siglo XX. La configuración del discurso moderno acerca de la infancia en la Argentina se produce acompañada de la implantación de la instrucción pública nacional, la fundación del sistema educativo escolar y la expansión del “normalismo” como cultura pedagógica. Las primeras tesis sobre el niño se configuran sobre la trama de los maestros que se dividen en positivistas y románticos para finales del siglo XIX. Dichas interpretaciones propiciaron, en el caso del positivismo, la conversión de la escuela en un laboratorio de estudio y observación del niño; en el caso del krausismo o romanticismo, en una sede de experimentación y renovación pedagógica. Luego, a comienzos de siglo XX, dentro de los movimientos socialistas y anarquistas se configuraron discursos educativos acerca de la infancia, permeados por el debate científico en torno al positivismo; se destacaron las articulaciones con el normalismo laico, con el naciente movimiento obrero y las primeras organizaciones feministas. En ambos casos, la interpretación del problema racial de la población argentina subordinó los discursos acerca de la infancia. Las articulaciones entre niñez y mejora de la raza permanecieron vigentes hasta fines de la década de los 30. Luego, a partir de 1930, con el proceso iniciado con el golpe militar del general Uriburu, la cuestión de la defensa de la autonomía del niño se ubicó en el centro del debate político educativo. Los pedagogos democráticos provenientes de distintos sectores se ubicaron en la defensa a ultranza del protagonismo del niño en los procesos de enseñanza y aprendizaje. La confrontación se produjo con sectores nacionalistas católicos y con algunos pedagogos comunistas que impugnaban las ideas de escuela nueva, el retorno a la pedagogía de Rousseau y la posibilidad de la democracia política trasladada al espacio del aula.

Por último, en la trama de los discursos políticos y educativos del peronismo en el poder, entre 1945 y 1955, se configuran discursos acerca de la infancia en los cuales los niños son objeto de políticas sociales, y moldeados por una pedagogía política volcada al adoctrinamiento y la búsqueda de la inscripción de la niñez en la lucha por la hegemonía. La niñez en el discurso peronista fue construida como un sujeto nacional popular, como una bisagra generacional entre el nuevo Estado nación y el pueblo.

Años después, Sandra Carli (2011) da a conocer el libro *La memoria de la infancia. Estudios sobre historia, cultura y sociedad*, que además mereció el Primer premio nacional al ensayo pedagógico, en 2012, por parte del Ministerio de Educación de Argentina. En dicho libro, ubica el tema de la infancia bajo unos ejes o dilemas para tener en cuenta. En primer lugar, la historia de la infancia

entre una historia política y una historia cultural que nos permite considerar la presencia de las nuevas generaciones de niños en las escenas históricas desde la segunda mitad del siglo XX hasta la actualidad.⁶ En segundo lugar, sitúa la historia de la infancia entre una historia del pasado y una historia del presente, punto en el que confluyen la sociología y la historia en términos metodológicos para valorar la configuración social de la infancia. En tercer lugar, propone el tema de valorar a la infancia como un sujeto en constitución, teniendo en cuenta la lucha continua por su autonomía e identidad, en el marco de unas instituciones sociales hegemónicas como son la familia y la escuela. Y por último, propone valorar el museo de la infancia o la historización de la memoria infantil, ya que en la actualidad abundan fuentes como las novelas históricas, y en particular en el mundo contemporáneo, la multiplicación de bases de datos de información y la digitalización de archivos. En esta investigación, Carli aborda la historia de la infancia a través del relato y autobiografía de personajes que marcaron la vida intelectual y literaria de la primera mitad del siglo XX en Argentina, como también el peso que tuvieron la obra plástica, y las corrientes intelectuales y estéticas para personajes como Antonio Berni (1915-1981). Por lo demás, en este último libro hay toda una intención freudiana de indagar la historia de la experiencia infantil y su memoria bajo una relación de tensión entre el pasado y el presente, entre el mundo infantil y el mundo adulto, de indagar la experiencia y la memoria colectiva, en particular de la clase media de su país que ostentó y disfrutó cierto tipo de capital cultural hasta épocas recientes.

Sin duda, la profesora Sandra Carli ejerció un liderazgo académico a lo largo de los años 90 del siglo XX y primera década del XXI, y formó un número importante de historiadoras e investigadoras sociales de la infancia a la luz o a la sombra de sus trabajos.⁷ De tal modo, en este grupo se destacan los trabajos de Carla Villalta, que aborda el tema de los niños desaparecidos en el régimen militar de Argentina, para quien desde marzo de 1976 se desató la mayor represión política que ha vivido la República de la Argentina. Con el golpe de Estado dado por los militares, se inició un proceso de terror que afectó a la sociedad en

6 En este eje se ubica otro libro de Sandra Carli, en coautoría, en el que se establecen algunas notas para pensar la infancia en Argentina en la historia reciente. Consultar en: Sandra Carli (Comp.). *La cuestión de la infancia. Entre la escuela, calle y shopping*. Buenos Aires, Paidós, 2006.

7 Es en el contexto de las primeras *Jornadas de estudio sobre la historia de la infancia* realizadas en la Argentina, en la ciudad de Buenos Aires, que de manera paulatina se constituye una red de historiadoras regionales, porque en su gran mayoría son mujeres, que abordan el tema de infancia en sus países. Personalmente, asistí en compañía de la profesora Sandra Carli a la primera Jornada que se realizó en noviembre de 2008, en la Universidad de General Sarmiento bajo el liderazgo de María Carolina Zapiola, donde se presentaron investigaciones terminadas y algunos avances de tesis doctorales. En este grupo de historiadoras se destacan Isabella Cosse, María Carolina Zapiola, Valeria Llobet, Carla Villalta y Cecilia Rustoyburu, entre otras. Finalmente, este grupo se fusionó con investigadores de México, Argentina, Brasil y Chile, y constituyeron la *Red de Estudios de Historia de las Infancias en América Latina*, en abril de 2015.

general, a la izquierda política en particular, a sus familias y a sus niños. Según la Asociación Abuelas de la Plaza de Mayo, organismo de derechos humanos constituido por quienes buscaron activamente a esos niños desde su desaparición, la cantidad de niños apropiados asciende a 500, de los cuales hasta el año 2010 habían sido encontrados 96. Desde la perspectiva de Carla Villalta, hubo un plan sistemático de apropiación de niños en el que, después del secuestro, asesinato o desaparición de sus padres por parte del Estado, estos niños eran ingresados en diferentes instituciones, como juzgados e instituciones de menores.



Madres de la *Plaza de Mayo* en Argentina.

Los niños “huérfanos”, afectados por el régimen militar entre 1976 y 1983, entran en una condición de “minoridad” que el juez de familia maneja de manera relativa, no propiamente en derecho, sino acompañado de juicios morales frente a los niños, paternos frente al tema de protección del menor, y de cuestionamiento por la adscripción política de sus padres, viéndolos como subversivos y peligrosos para el Estado. Para esta investigadora, *el campo de la minoridad* reconoce a un grupo de niños y niñas que eran minorizados por carecer de educación, por no estar debidamente cuidados o protegidos, por hallarse desamparados, o por estar en peligro moral o material (Villalta, 2010). En sus investigaciones, realiza un importante trabajo de archivo; rastrea casos particulares en los que incluso los familiares de la víctima han tenido que apelar a tribunales internacionales para reencontrarse con sus familiares, varios años después de que estos niños minorizados por el Estado ya son adultos y han vivido una serie de afectaciones en su espacio biográfico e identidad como personas.

Hacia el año 2012, las historiadoras mexicanas Susana Sosenski y Beatriz Alcubierre Moya, en compañía de la norteamericana Elena Jackson Albarrán, dan a conocer una serie de trabajos investigativos desde una perspectiva de carácter comparado, que toma cuerpo en el libro *Nuevas miradas a la historia de la infancia*

en América Latina (Sosenski y Jackson, 2012). Debemos destacar que la historiadora Susana Sosenski ha realizado una serie de cuestionamientos de carácter metodológico al acceso a las fuentes para la reconstrucción de la historia de la infancia en la región, a la dificultad para su acceso, al carácter privado e íntimo de muchas de ellas y al grado de creatividad con el que el historiador las debe interrogar. En sus investigaciones sobre la memoria de la infancia, inspecciona dos autobiografías para abordar la revolución mexicana (1910-1917), acontecimiento histórico que cobró un millón de vidas en su momento y constituyó un suceso trágico, si se tiene en cuenta que el país contaba con 15 000 000 de habitantes y de ellos 6 375 000 eran menores de 14 años, es decir, el 40 % de la población. Si bien los historiadores mexicanos pueden acceder a fuentes gráficas, orales y escritas que permiten construir las experiencias infantiles durante la revolución, Sosenski opta por dos autobiografías (Bustillo e Iduarte) que representan, a su vez, una reconstrucción y reinterpretación del pasado, fusionándose así la experiencia infantil con la mirada y escritura del mundo adulto (Sosenski y Osorio, 2012). Para esta investigadora, en el pasado al igual que en el presente, no existe un grupo homogéneo de niños, por lo que es preciso hablar de las infancias. En las narrativas de los entonces niños, se da a conocer el trasegar de sus vidas, el cambio continuo de vivienda, la representación de la patria desde el claustro de su hogar y el pasaje histórico de varias figuras de la revolución. Así, los autores de las autobiografías dan cuenta del conflicto que implica recuperar su voz de niños, porque el tiempo y espacio infantil les resulta lejano, ajeno e, inclusive, inaprensible, agrandando en ocasiones la dimensión de la experiencia infantil. Los recuerdos de infancia se constituyen en una bisagra generacional en la transmisión y conservación de valores, creencias y costumbres de la identidad de un pueblo; y los acontecimientos históricos vividos por la nación mexicana se conocen por medio de esta serie de relatos.

Por su parte, Beatriz Alcubierre Moya ha realizado una serie de investigaciones que abordan temas novedosos, como la población de zonas inhóspitas, marginales y fronterizas de México por parte de un grupo de niños expósitos que arribaron a la alta California en marzo de 1800 por disposición del Estado borbónico de la época. Así, el Estado mexicano se sirvió de los niños expósitos (10 varones y 11 mujeres) y dio un sentido a su existencia al colocar en sus manos la responsabilidad de contribuir al crecimiento de la población, integración y prosperidad de los lejanos territorios californianos: el relato de este acontecimiento es bien singular cuando se sigue la vida de Apolinaria, la única de las once niñas que no se casó con algún poblador, se dedicó a la docencia y se constituyó en una de las principales fuentes que relatan esa particular política del Estado mexicano que comprometió a un grupo de niños expósitos (Alcubierre, 2012).

En el caso colombiano, el profesor Pablo Rodríguez, reconocido en los años 90 del siglo pasado por sus investigaciones en el tema de historia de familia,⁸ en 2007 da a conocer el libro *Historia de la infancia en América Latina* (Rodríguez y Mannarelli, Comps.), que constituye un gran ejercicio de historia comparada sobre este tema. En esta obra se pueden leer artículos sobre la infancia prehispánica en Perú, México y Brasil: la infancia en Colombia, los niños trabajadores en Chile, la niñez de la calle con un fenómeno regional para América Latina en el siglo XX, los niños desaparecidos y expropiados de la dictadura militar de Argentina, entre otros. El artículo de Pablo Rodríguez da cuenta de una preocupación pública, como lo es el proceso de medicalización de la infancia en Colombia. De tal manera, el nacimiento de la pediatría en nuestro país está ligado a dos acontecimientos clave: por un lado, a la figura de José Ignacio Barberi (1856-1940), doctor en Medicina de la Universidad Nacional, quien completó su formación en Londres con la especialización en Pediatría, y, por otra parte, a su liderazgo en la fundación del Hospital de la Misericordia, el 6 de mayo de 1906. Este filántropo de la infancia tuvo que luchar sin un apoyo claro del gobierno para recoger los recursos suficientes para la construcción final del hospital, cuya especialización sería la pediatría, en momentos en que se vivía en el país la Guerra de los Mil Días.



Hospital de la Misericordia en Bogotá a inicios del siglo XX.
Fuente: Archivo Verdaderas Fotografías Antiguas de Bogotá y Colombia.

8 En realidad, en este balance inicial en torno al tema de la historia de la familia en Colombia se deben mencionar dos trabajos: el primero, dado a conocer en 1997 por Pablo Rodríguez, *Sentimiento y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII*, 1997; y, en segundo lugar, el libro de Miguel Ángel Urrego, *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá 1880-1930*.

Otro hecho de vital importancia fue la aparición en 1905 del *Manual de higiene y medicina infantil*, escrito por Barberi, quien a la vez ejercía la docencia en la Universidad Nacional. Este fue el primer manual de pediatría escrito en el país; no se puede decir a ciencia cierta que lo hayan leído al menos las madres bogotanas; su influencia inmediata se dio entre sus estudiantes de medicina. Además de crear la carrera de enfermería, Barberi creó en 1917 la *Sociedad de Pediatría de Bogotá*, y luego lideró la afiliación de esta al Instituto Latinoamericano del Niño.

También se destaca la presencia de Calixto Torres Umaña, quien dio a conocer en 1919 su libro *La madre y su primer bebé*. Y en 1941, junto con el doctor Jorge Bejarano, fundó la *Revista Colombiana de Pediatría y Puericultura* (Rodríguez, P., 2007). Sin duda, detrás de la vida de estos tres pediatras comprometidos con la práctica médica, con la docencia en la Facultad de Medicina en la Universidad Nacional y con la producción intelectual de artículos y manuales de pediatría se encuentra buena parte de la historia en torno a la preocupación pública de lo que fue la infancia moderna en Colombia.

En general, la lectura de estas experiencias investigativas nos permite vislumbrar la particular manera como los investigadores latinoamericanos comenzaron a abordar los temas de infancia desde la segunda mitad de los años 90 del siglo XX hasta la actualidad. Aunque este es un breve ejercicio, debido a que quedan por fuera muchos trabajos imposibles de referenciar en este pequeño texto, creemos que se logra dar cuenta en esta inspección inicial del abordaje temático, registro de archivos, puntos de tensión con otras disciplinas (como el psicoanálisis, la psicología, la sociología, la antropología, la pedagogía y la política); como también el desarrollo de particulares metodologías, observaciones e interpretaciones cuando se trata el tema de las infancias recientes o contemporáneas.

La infancia y sus avances en la historiografía colombiana

En búsqueda de los referentes historiográficos sobre el tema de infancia en Colombia, podemos establecer dos tipos de categorizaciones a una serie de trabajos que han aportado al abordaje del tema a lo largo de estos últimos treinta años. En este sentido, primero se debe hacer referencia a la producción realizada por los historiadores sociales y de la cultura con una filiación institucional o académica en la Universidad Nacional de Colombia, y que se expresa a través de una serie de publicaciones que se ubican en el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, uno de los máximos escenarios académicos de difusión de avances investigativos. En segundo término ubicamos la producción del Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica en Colombia, liderado en su momento por la historiadora de la Universidad de Antioquia, Olga Lucía Zuluaga, quien en compañía de sus discípulos ha realizado un estudio sistemático de los temas de infancia a través de la historia de la pedagogía, y que conlleva de manera

explícita a la individualización del niño por medio de una serie de enunciados y discursos que facilitan su objetivación, producción y domesticación.

La infancia en Colombia desde la historia social y de la cultura

En lo que respecta al abordaje de la historia de infancia en Colombia, se deben mencionar inicialmente los artículos publicados en el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, liderado desde hace ya varias décadas por el Departamento de Historia de la Universidad Nacional y por la Asociación Colombiana de Historiadores. De tal modo, Carlos Eduardo Jaramillo Castillo, en el año de 1987, en el *Anuario Nro. 15*, es el primero de los historiadores en abordar temas relacionados con la niñez en el pasado, y se remonta a las guerras civiles del siglo XIX, en particular a la Guerra de los Mil Días, dando a conocer su artículo: “Las Juanas de la Revolución. El papel de las mujeres y los niños en la Guerra de los Mil Días” (Jaramillo C., 1987). En su trabajo, Jaramillo consulta, entre otras fuentes, el entonces Archivo Nacional de Colombia, el Archivo de la Academia Colombiana de Historia y el Archivo Central del Cauca. Para el autor en mención, en este momento oscuro en la historia política del país, los dos partidos tradicionales, liberal y conservador, se comportaron de manera similar frente a la participación infantil en la guerra. Para ambos bandos, los niños constituyeron elementos de mucho valor, por lo que antes que ver su participación con indiferencia o de tener algunas reservas sobre ella, la buscaron de manera permanente. “La agilidad, la viveza, el acatamiento de las órdenes, la casi inexistencia de vicios como el del alcohol, y en especial la impavidez frente al riesgo y la muerte fueron las cualidades más admiradas de los niños soldados, y las que hicieron de ellos codiciado personal que fue enrolado, muchas veces a la fuerza. Los niños en la Guerra de los Mil Días colocaron una importante cuota de sacrificio, la cual ya era una vieja tradición en nuestra historia del país, marcada por las continuas guerras civiles que se presentaron en el siglo XIX.

Así mismo, en los *Anuarios Colombianos de Historia Social y de la Cultura* ubicamos dos artículos de importancia que dan cuenta de la infancia colonial en el contexto familiar, vista esta como una infancia que parte de una “descendencia ilegítima” como producto de las relaciones de amancebamiento de la época en la ciudad de Medellín; o en segunda instancia, una infancia que hace parte de la estructura familiar, ya sea de núcleo extenso, expresión de familias adineradas, o como parte de un núcleo reducido, como expresión de familias pobres en la Santafé de Bogotá colonial; en ambos casos la infancia logra un valor afectivo, simbólico y material muy grande.



Niños soldados durante la Guerra de los Mil Días, 1899-1902.

Fuente: Archivo *Verdaderas Fotografías Antiguas de Bogotá y Colombia*.

De tal manera, Pablo Rodríguez escribe el artículo “El amancebamiento en Medellín, siglo XVIII y XIX”, en el *Anuario Nro. 18-19* (Rodríguez, 1991), en el que desarrolla una consulta de 26 casos de procesamiento criminal de amancebados solteros ubicados en el Archivo Judicial de Medellín, que según las consultas parecía ser un fenómeno preponderante de los sectores subalternos, como mestizos y mulatos, buscadores de oro, artesanos, pequeños tratantes, enrolladoras de tabaco, tejedoras, pulperas o cocineras, las cuales encontraban en el amancebamiento la ocasión de profundizar su sensualidad y sociabilidad. Para esta época en la que se da el paso de la Colonia a la República, la ciudad de Medellín y los primeros pueblos vecinos empezaron a conocer formas de vivienda desconocidas: las casas de pensión, los cuartos o piezas por mes y los hoteles de paso, los cuales se convirtieron en escenarios cotidianos del amancebamiento urbano de la época. Esto traería implicaciones directas para la consolidación de un nuevo tipo de familia en cuyo centro se encuentra una infancia o, en términos de Pablo Rodríguez, una “descendencia ilegítima” sin derechos sociales claros. De los casos estudiados, doce habían procreado hijos ilegítimos. “En algunos casos, eran parejas que habían dado a luz tres y cuatro hijos. Amén de que, en ocasiones, la mujer tenía un crío de una relación anterior”.

Guiomar Dueñas, por su parte, da a conocer un trabajo sobre “Sociedad, familia y género en Santafé a finales de la Colonia”, en el *Anuario Nro. 21*, en 1993. En este, además de consultar el Archivo Histórico Nacional, muestra cómo los testamentos son fuente útil para explorar costumbres matrimoniales, la fertilidad y la mortalidad infantil, entre otras. Sin embargo, en su trabajo resalta de

manera importante el “Censo de viruelas de 1801”, el cual, por la cantidad de información que recopila en su momento, se convierte en fuente de obligatoria consulta para quienes abordan los temas de familia al final del siglo XVIII y principios del XIX. Para el caso local, la noción de familia colonial es muy compleja, ya que esta variaba de acuerdo con la etnia, los grupos sociales, las condiciones de género y la localización urbana o rural, encontrándose así una diversa gama de familias. Según el censo, las familias de los sectores sociales más altos tenían un promedio mayor de hijos. Aunque las condiciones de salubridad eran deficientes a lo largo y ancho de la ciudad, los sectores más pudientes estaban en posición de garantizar las condiciones de salubridad a sus hijos, en contraposición con las familias de otros estratos (lo denominados “no-dones”), quienes evidenciaban en el censo una alta tasa de mortalidad infantil y gran cantidad de hijos perdidos. Es decir, la familia extensa se podría convertir en una característica de la clase social alta; y en el caso de las clases bajas, en un tipo de familia reducida numéricamente. Una de las grandes conclusiones de la consulta hecha por Dueñas, tanto en los testamentos como en el censo de 1801, es que “los hijos tienen un valor afectivo, simbólico y material muy grande entre los sectores menos favorecidos de la sociedad santafereña. Eran más bien las condiciones de vida material de la ciudad lo que propiciaba el tamaño desigual de las familias”.

Luego, la misma Guiomar Dueñas, en el *Anuario Nro. 23*, en el año 1996, publica el artículo, “Adulterio, amancebamiento, divorcios y abandono: la fluidez de la vida familiar santafereña, 1750-1810”. En su investigación, traza como propósito explorar la cotidianidad familiar de los sectores populares, haciendo especial énfasis en las condiciones de las mujeres y los niños, los más vulnerables del sistema patriarcal colonial. Para tal efecto, consulta los fondos sobre juicios criminales de la Colonia en el Archivo General de la Nación. Para Dueñas, los concubinatos adulterinos eran las ofensas más frecuentes contra la familia. Había algunas características comunes en las personas que llegaban a los tribunales acusados de transgredir las normas matrimoniales, como era el origen social de los implicados y sus testigos. Solo en algunos procesos, los involucrados eran individuos que ostentaban título honorífico de hidalguía; en cambio, entre los hombres abundaban los de oficiales de albañilería, zapatería y sastrería; entre las mujeres, el oficio más recurrente era el de chicheras y, en su orden, seguían las costureras, las lavanderas y las molenderas. Las relaciones extraconyugales de 12, 15 y hasta 30 años eran llevadas a cabo en la mayoría por hombres de edad madura, entre los 30 y 40 años, quienes alegaban en el proceso el genio “díscolo” y violento de sus mujeres, su carácter imprudente, los celos y la frialdad frente a los requerimientos sexuales, y el abandono o descuido de sus obligaciones hogareñas. La dificultad para terminar legalmente los matrimonios llevaba, por lo general, al concubinato adulterino, transgresión rechazada enfáticamente por la legislación civil y eclesiástica, que convertía a

los transgresores en delincuentes. En 1801, los alcaldes contabilizaron 117 matrimonios que estaban separados, en seis de los ocho barrios de Santafé; en la mayoría de estas separaciones, las mujeres habían asumido la jefatura de sus hogares por ausencia temporal o definitiva de sus consortes. Una vez terminado el proceso, los hijos ilegítimos terminaban en distintos hospicios de la ciudad, según su sexo, y así los hijos eran condenados a una “orfandad” temporal hasta que su madre pagara la sanción. También evidenciamos por medio de los testamentos *el sentimiento de responsabilidad paterna* hacia los hijos naturales.

Se debe evidenciar que, en este balance de los *Anuarios Colombianos de Historia Social y de la Cultura*, solo doce años después, en 2008, encontramos de nuevo un artículo sobre los temas de infancia. Es Absalón Jiménez Becerra, en su texto “Historia de infancia en Colombia: crianza, juego y socialización, 1968-1984” (Jiménez, 2008), quien da a conocer cómo las transformaciones de la familia en Colombia en dicho periodo abordado, particularmente, referente a las prácticas de crianza, la reivindicación de la actividad del juego, la transformación del juguete y, finalmente, la constitución del discurso de la socialización en el ámbito psicológico, pedagógico y sociológicos, influyó en la transformación de la los niños. Desde su perspectiva dichos discursos facilitaron las condiciones de posibilidad para que se diera el paso de la infancia moderna a la infancia contemporánea, la cual en la actualidad es reconocida como un sujeto autónomo en el interior de la familia, la escuela y la sociedad en general. Por los demás, el juguete en este periodo pasó de ser un artefacto que facilitaba el juego como actividad socializadora a constituirse en un arquetipo que define la belleza infantil y la constitución del imaginario de infancia de la sociedad atravesado por el consumo capitalista.



Comercialización del juguete infantil en los años 80 del siglo XX en Colombia.
Fuente: Archivo Verdaderas Fotografías Antiguas de Bogotá y Colombia.

En el artículo producto del rastreo de archivo de la época se evidencia la importancia que tiene la apertura a la importación de juguetes vivida en Colombia desde 1976. La inauguración de la boutique “Barbie y sus amigos” en la ciudad de Bogotá en 1978, la presencia de la marca de juguetes Fisher-Price en nuestro país desde 1979, el levantamiento de la suspensión que prohibía el funcionamiento de máquinas electrónicas en las tiendas de barrio de Bogotá en 1981, la crisis de la feria del juguete ubicada en el centro de Bogotá (en la calle 19 entre carreras séptima y décima) y, por último, la comercialización final del juguete moderno por parte de los almacenes de cadena. Las anteriores transformaciones, acompañadas de los nuevos consumos infantiles, constituyen una condición de carácter histórico que facilita la transformación de los imaginarios de infancia, pasando así de una infancia moderna a una contemporánea.

Por lo demás, varios de los anteriores artículos de los *Anuarios Colombianos de Historia Social y de la Cultura* conformaron, años después, investigaciones amplias y libros completos publicados por reconocidas editoriales colombianas. En general, los historiadores sociales han jalonado buena parte de las investigaciones sobre los temas de infancia y establecieron posibles rutas metodológicas a seguir en cuanto a la consulta de archivos y planteamiento de preguntas investigativas, que terminaron valorando la presencia del niño en el pasado histórico del país.

Así mismo, dentro del presente balance historiográfico, desde una perspectiva cercana se destaca el aporte de las investigadoras Cecilia Muñoz y Ximena Pachón, quienes a comienzos de los años 70 abordaron el fenómeno de los llamados “chinos de la calle” o *gamines*, en su clásico trabajo: *Gamines, testimonios*. Desde nuestra perspectiva, este trabajo es importante al ser pionero en el uso de la fuente oral, de las entrevistas y, en general, del peso que tiene la narrativa en cierto tipo de investigación de carácter histórico y sociológico. Según las investigadoras, estos personajes ya hacían parte de la ciudad y su imaginario. El “gaminismo” se estableció así en una forma concreta de vida para parte de la infancia en Colombia que vivía en las calles, instituyendo todo un fenómeno social. El “gaminismo” como expresión de una infancia rota no existía, sino que era más bien un fenómeno grupal y colectivo que en los años 70 del siglo XX terminó expresado en las “galladas”, dejando entrever en algunos casos un alto grado de especialización y en otras un carácter menor e incipiente que rayaba en lo delincencial (Muñoz y Pachón, 1980).⁹ Desde una perspectiva sociológica e histórica, el ambiente y hábito de frecuentar varias zonas de la ciudad influían directamente sobre la estructura del grupo de *gamines*. En este sentido, para las “galladas” había zonas productivas y otras cíclicas, altamente valoradas,

9 Esta investigación recoge el testimonio de un grupo de *gamines* a lo largo de la década de los 60 y 70, e indaga las interacciones y el accionar de varias “galladas”, como la del Veinte, la Gallada de la Bolivariana, la Gallada de la Décima y la Gallada de San Victorino, entre otras.

consolidándose así galladas de entre 20 y 25 individuos, algunos con edades superiores a los 15 años, cuya función principal era la defensa del grupo. Las zonas productivas, como las del centro de la ciudad, tendían a generar grupos de estructura y organización compleja, donde existían incluso uno o dos jefes y sus guardaespaldas, quienes ocupaban la cúspide del poder dentro de la estructura. De tal manera, dentro del fenómeno del gamín y las “galladas”, la trasgresión a las normas del “no sapeo” (o no delación) y del “pormis” (la repartición equitativa de lo logrado en la calle) acarrearán sanciones que iban desde la expulsión y la “quemada” (quemar a una persona con gasolina y fósforos mientras dormía) hasta la muerte. La delimitación de las zonas altamente productivas permitía al grupo saber hasta qué punto llegaba su área de dominio, sancionando cualquier violación a sus límites.



La presencia de los niños gamines en el centro de Bogotá en los años 70 del siglo XX.

Fuente: Archivo *Verdaderas Fotografías Antiguas de Bogotá y Colombia*.

La mayoría de los *gamines* entrevistados por Cecilia Muñoz y Ximena Pachón a inicios de los años 70 eran hijos de migrantes rurales que habían tenido dificultades de adaptación al medio urbano, con problemas de desempleo, hacinamiento, alta pobreza, falta de formación académica, represión y temor al castigo físico; situaciones que conllevaban a que este tipo de niños prefiriera evitar al adulto y buscar la calle antes que someterse a una situación que consideraban humillante y degradante.

Años después, por medio de otro trabajo, Cecilia Muñoz y Ximena Pachón abordarían el tema de la infancia moderna en la primera mitad del siglo XX en Colombia (Muñoz y Pachón, 1996). Estas investigadoras manifiestan que, a mediados del siglo XX, el concepto de *niñez* sufrió una seria transformación: lo demoníaco y lo divino fueron reemplazados por una referencia directa a las cualidades del niño que había que estimular y a un reconocimiento de la vida

emocional del infante. A comienzos del siglo XX, el niño tenía que acomodarse a lo que de él esperaban los adultos; a mediados de siglo, se pidió a los adultos que respetaran la expresión propia de los niños y que evitaran imponerles su voluntad. El reconocimiento de la individualización y autonomía del niño es un proceso que se inicia en la primera mitad del siglo XX en Colombia abarcando nuevas prácticas de crianza, educativas y escolares.

Así mismo, Absalón Jiménez (2012), bajo el patrocinio de la editorial ECOE en la ciudad de Bogotá, da a conocer un segundo libro que lleva por título, *Infancia: Ruptura y discontinuidades de su historia en Colombia*, en el que recoge cuatro ensayos inéditos, de corte investigativo, que abordan una serie de experiencias de lo que podríamos denominar “la oscura historia de la infancia” en nuestro país, temas que, por lo general, los investigadores sociales prefieren evitar. Los cuatro ensayos son: “El cuerpo infantil, guardián de la verdad. Una mirada al maltratado infantil en Colombia”; el segundo es “Una descripción desde la experiencia familiar de tres casos de psicópatas infantiles”; como tercero, “El gamín como parte del imaginario histórico de la infancia en Colombia en las últimas décadas del siglo XX”; y, por último, “Infancia y conflicto armado en Colombia”. Para el autor, dichos ensayos dan cuenta de cuatro rupturas y discontinuidades en torno a la historia reciente de la infancia colombiana, en momentos en que se ha vivido un proceso de positivización y reconocimiento de este sujeto en todos los campos sociales y académicos.

La ruptura y discontinuidad, desde cierta perspectiva, reconocen una nueva disposición de la historia por medio de la cual se da cuenta de la imposibilidad de abordar una historia global, a la vez que evidencia la aparición de nuevos problemas metodológicos. La *discontinuidad* se ha constituido, desde el *método arqueológico* de investigación histórica de Michel Foucault, en uno de los elementos fundamentales de descripción y análisis. La noción de discontinuidad constituye una operación deliberada del historiador, es el resultado de una descripción y se trata de un concepto que no cesa de precisarse. La *ruptura* trata de analizar una discontinuidad que no ha sido abordada de antemano, y busca señalar una dispersión de enunciados, discursos y acontecimientos ocultos u olvidados en el pasado.

En lo concerniente al tema del maltrato infantil, nos damos cuenta de que este fenómeno gira en torno al cuerpo del niño, su control, pero también su sometimiento e incluso su degradación. El tema de la infancia desde la perspectiva del maltrato infantil despierta sentimientos ambivalentes, de prudente reflexión y de rechazo total. No obstante, para el autor, se debe reconocer que cualquier tema que se aborde en la actualidad con relación a la infancia es un acontecimiento contingente, singular y único. Así, abordar el maltrato infantil en Colombia es realizar un reconocimiento en torno a las rupturas, contingencias y discontinuidades de un proceso de positivización que reconoce al niño

moderno y contemporáneo como sujeto. El maltrato infantil, aún en la actualidad, no ha desaparecido de las prácticas de crianza y educativas, como lo demuestran las cifras de las instituciones encargadas de su denuncia y control.



El maltrato infantil en Colombia es objetivado con criterios médico-clínicos en 1980.

Desde inicio de los años 80 del siglo XX, el problema del maltrato infantil en Colombia establece a la familia como principal responsable de las experiencias negativas que vive el sujeto en su etapa infantil. Los principales agresores, por lo general, son los mismos familiares o las personas cercanas al contexto familiar en el que el niño desarrolla sus primeras experiencias; para un número considerable de ellos, estas terminaban siendo negativas cuando vivían cualquier tipo de maltrato psicológico, físico y sexual, situación que afectaba su desarrollo psicoafectivo y moral. El maltrato infantil instituye a la familia como sujeto responsable de las demás patologías sociales, como la presencia del gamín, el niño delincuente, el abusador y el depravado sexual, entre otros.

En Colombia, en su etapa inicial, el concepto de “maltrato infantil” hizo referencia al maltrato físico, con un predominio de criterios médico-clínicos. Uno de los primeros puntos de partida de preocupación pública en torno al tema del maltrato infantil se realizó en el Hospital de la Misericordia de Bogotá, que desde 1980 empezó a evidenciar que no existía coherencia entre los motivos de la consulta médica y los diagnósticos que se estaban haciendo. En una serie de diagnósticos, se encontró la identificación del maltrato como una práctica de crianza, tanto en el escenario privado como en el público. Esa situación, que era una realidad en nuestro país, derivó en reconocer al niño como un receptor de la agresión. La validación social de estas prácticas de crianza y educativas “maltratantes” y la toma de conciencia de esta patología fueron los aspectos más importantes para identificar el maltrato infantil en Colombia, como también empezar un trabajo intersectorial e interinstitucional para contrarrestar la situación.

Por otro lado, la presencia del sádico, del psicópata, del violador y del asesino de niñas y niños estuvo presente en la historia de la infancia en Colombia en las últimas décadas del siglo XX. Estos psicópatas hacen parte de lo que podríamos definir como “individuos peligrosos”, que hicieron presencia en nuestra sociedad durante esta época. Se destaca así la presencia de tres grandes psicópatas: Daniel Camargo Barbosa, conocido como El violador de El Charquito, en los años 60 y 70; Pedro Alfonso López Monsalve, conocido como el Monstruo de los Andes, en los años 80 y 90; y, por último, el caso de Luis Alfredo Garavito Cubillos, conocido como La Bestia, en la última década del siglo XX.

En tercera instancia, la presencia masiva del *gamín* en las calles de las grandes ciudades es reemplazada hoy por el niño “de calle”. La presencia de aquellos gamines que hicieron de la calle su espacio de lucha y supervivencia instauró un problema que se confundió con las dinámicas de la industrialización tardía y de la urbanización desordenada que se vivió en países como Colombia. Los gamines pasaron a hacer parte del grupo de menores carenciados, abandonados, faltos de asistencia y de vivienda que pasaban todo o parte de su tiempo en las calles de las áreas centrales de medianos y grandes centros urbanos. Los gamines llegaron a ser parte del imaginario de infancia marginal, excluida y pobre que se observaba en las ciudades. De tal modo, desarrollar un balance en retrospectiva permite dilucidar su emergencia y enunciación discursiva; la manera cómo este sujeto deviene de la pobreza y la anormalidad; y cómo el gamín hace parte de los problemas propios de la población, el exceso en la cantidad de individuos presentes en las ciudades modernas como Bogotá, Medellín y Cali, en oposición a los principios de seguridad y movilidad entre otras.



Niños reclutados por los grupos irregulares en el marco del conflicto armado.

Por último, se realiza un balance de la situación de la infancia respecto al conflicto armado en Colombia. Este aparte trae a la memoria colectiva una serie de situaciones que se inscriben en esta dramática experiencia, que en ocasiones nos deja sin palabras, como ha sido la del reclutamiento infantil por parte de los

grupos armados, el tema de la infancia y el desplazamiento forzado. Establecemos un aparte especial para los niños como víctimas directas de la guerra, y se trabaja el tema del secuestro infantil, entre otros.

Por su parte, María del Carmen Castrillón Valderruten y José Fernando Sánchez Salcedo, investigadores de la Universidad del Valle, dan a conocer en 2014 el libro *Escenarios de minoridad en Colombia. Los juzgados de menores y la beneficencia de Cundinamarca 1900-1930*. De tal manera, el siglo XX, denominado “el siglo del niño”, reconoció a este sujeto desde varias prácticas disciplinares, como la sicología, la sociología, la historia y la pedagogía. Sin embargo, en el caso de la *práctica jurídica*, la situación fue contradictoria. Podríamos decir que en el siglo XX hubo primero un reconocimiento explícito de la infancia irregular; reconocía *al menor* que evidenciaba problemas en su proceso de socialización frente a la familia y la escuela; más que un reconocimiento de la infancia propiamente, como sujeto de derechos que solo se logra de manera explícita con la *Declaración Universal de los Derechos del Niño* de 1989.¹⁰ Para estos investigadores, los contornos conceptuales sobre los que se rige su investigación son dos: la relación entre ideología e infancia, con el fin de entender las representaciones sociales que se han construido en torno a este sujeto; y las intervenciones sociales sobre infancia, teniendo en cuenta la relación tutelar del Estado sobre los niños.

La infancia, vista como una categoría social, se inscribe en el campo jurídico colombiano como resultado de un proceso de clasificación en el que participan abogados, jueces, funcionarios del gobierno, políticos, médicos y pedagogos, con el fin de establecer una relación con una infancia en particular. La niñez delincuente y abandonada, como grupo, es dotada de representaciones mentales asociadas a su nombre y es representada en la escena política por un conjunto de voceros que provienen de diferentes campos y disciplinas. En palabras de estos investigadores, para inicios del siglo XX, “la gestión social de la infancia pobre abandonada /delincuente y las estrategias políticas e institucionales de atención y protección se daba en un entramado normativo que, tanto en Colombia como en gran parte de países latinoamericanos, buscaba establecer un campo diferenciado de tutela infantil del Estado”. La iglesia, como una de las principales aliadas del Estado en cuanto a la protección de la infancia, participaría de las delimitaciones de la niñez, ya sea como hijo o escolar y, en este caso en particular, en la categoría de menor excluido, para quienes se establecen los asilos, las casas de beneficencia y los orfanatos. No obstante, Medellín es la primera ciudad que en 1914 abrió una *Casa de corrección de menores* que, según las fuentes consultadas, contaba con estrictas condiciones higiénicas y servicios

10 En este y otra serie de estudios, se plasma la importancia que tuvo la aprobación de la *Ley de Tribunales para Menores de Illinois* en los EE. UU. en el año 1899. Esta Ley se convierte en modelo emblemático de legislación para los “menores” en el mundo.

para acoger a los menores presos. La categoría de menor, desde inicios del siglo XX, se asoció a la pobreza y a la situación de una infancia irregular que debía ser intervenida por parte del Estado, la cual en Colombia terminaría de tomar cuerpo por medio de la *Ley 98 de 1920*, que creó “los juzgados y las casas de reforma y corrección para menores”. Desde entonces se articulan dos orientaciones discursivas en el país alrededor de la tutela del menor: una de tipo social, con características altruistas, filantrópicas, educativas y religiosas; y otra de tipo criminológico que, amparado en un principio de cientificidad, define la pena y el castigo del menor como medio de defensa social.

Según el estudio, la irrupción de la minoridad en Colombia busca clasificar condiciones y situaciones, las cuales se tornan en objeto de tutela pública. Los niños de la minoridad se convierten en un asunto importante, los menores demandan no solo una labor reeducativa, sino también correctiva, que implica reorganizar las instituciones y agentes encargados de su gestión; entonces se crean escuelas correccionales, casas de trabajo y granjas agrícolas. Los investigadores dan a conocer que, aunque se establece la *Ley 98 de 1920*, en Colombia, aún para finales de los años 1930, se evidencia un sistema de objetivación del menor de carácter precario. En ciudades como Cali, este sistema solo termina de tomar cuerpo quince o veinte años después de promulgada esta norma. La imposibilidad de llevar a cabo una tarea reformadora y educativa en este tipo de instituciones fue fruto, no solo de la escasez de recursos financieros, sino también de consideraciones y pugnas políticas e ideológicas en torno a la modernidad y el progreso. Desde entonces existe una posición de quienes defienden la protección del menor y su asistencia, y otro sector que demanda como necesaria la contención punitiva de los delitos realizados por los menores en la ciudad.

Por último, se debe destacar el libro de 2018, *Experiencias de infancia. Niños, memorias y subjetividades (Colombia, 1930-1950)*, de la investigadora de la Universidad Pedagógica Nacional, Yeimy Cárdenas Palermo, que aborda de manera novedosa la historia de la infancia en nuestro país. Es un texto, producto madurado de su tesis doctoral, que como principal apuesta busca indagar los recuerdos y la memoria de la infancia en siete sujetos de avanzada edad, cuatro mujeres y tres hombres. Es un texto arriesgado si lo comparamos con el academicismo del historiador tradicional, que busca soportar en archivos y fuentes escritas las verdades históricas del pasado. La investigadora en mención, aunque también los consulta, le da prioridad al “cara a cara”, a la relación sujeto-sujeto y al enfoque cualitativo de investigación que valora de manera positiva la fuente oral, las entrevistas y narrativas, y recoge diversas experiencias de infancia, lo que constituye la mayor fortaleza de su texto. En las entrevistas realizadas, se evidencian las tensiones dadas entre la memoria individual y colectiva, las tensiones dadas entre el individuo y la sociedad, como también la memoria pública de los hechos y su relación con el pasado histórico del país.

Yeimy Cárdenas opta por un camino novedoso indagando la categoría de experiencia, su relación con el recuerdo y la memoria de los sujetos, y desarrolla un barrido sistemático de un conjunto de autores y posturas teóricas para situar, finalmente, su posición como investigadora que da contexto para la época e indaga la experiencia de la infancia colombiana a mediados del siglo XX. Realiza también un balance de algunas fuentes primarias determinantes, ante todo de los especialistas del tema comprometidos con la puericultura, las prácticas de cuidado y crianza en la Colombia de los años 30 del siglo XX, para iniciar el recorrido por las narrativas.

La sistematización del trabajo de campo la lleva a establecer un tipo de clasificación y organización de los relatos, que finalmente toman cuerpo en cada uno de los capítulos del libro: entre oraciones y fiestas; trayectorias escolares; socialización política, los niños como testigos de la violencia partidista; y actividades de socialización y sociabilidad, como el juego, la lectura, el cine y la radio, entre otros. El desarrollo de la temática es integral y al lector le quedan claras las experiencias de infancia vividas por estos siete sujetos en el periodo trabajado por la investigadora: 1930-1950.

Es un libro novedoso para quienes trabajamos desde hace varios años los temas de infancia desde una perspectiva histórica. En este sentido, trabajar las fuentes orales en las ciencias sociales colombianas se constituyó, de tiempo atrás, en una posibilidad metodológica que Yeimy Cárdenas valora en un momento determinante, en momentos en que aún se podían ubicar estas fuentes vivas de las experiencias de infancia en Colombia. Mediante su propuesta, las narrativas logran trascender el recuerdo y quedan como parte de la memoria colectiva; estos sujetos son testigos de una serie de acontecimientos, como las transformaciones de la ciudad, los cambios de la familia, la evolución de la escuela y las formas de socialización infantil.

Por lo demás, a través de sus narrativas, hay una novedosa mirada de las trayectorias escolares. En particular, el capítulo 4 se convierte en una tentación para leerlo y discutirlo en cualquier seminario de historia de la educación en Colombia, ya sea a nivel de pregrado, maestría o doctoral. El impacto del libro es positivo desde el punto de vista historiográfico debido a que llena un vacío en cuanto a su novedosa propuesta de investigación y metodología adoptadas, y también complementa las indagaciones de quienes habían investigado la infancia de mediados del siglo XX en Colombia.

La infancia en Colombia desde la perspectiva del Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica

Como ya se había dicho, además de las anteriores referencias lideradas por los historiadores sociales y de la cultura, debemos dejar un espacio aparte para las investigaciones realizadas por el Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica,

quienes han problematizado el tema de infancia de manera sistemática. Por consiguiente, en el ámbito metodológico, la infancia es estudiada a través del rastreo de enunciados y discursos que han producido en el pasado los sujetos de saber y las instituciones, acompañados de una serie de prácticas que terminan siendo prácticas de enunciación con relación, en este caso, a la infancia en Colombia.¹¹ Por lo demás, una de las investigaciones más destacadas del Grupo, y que ha dado cuenta de la incursión de este sujeto en el escenario de lo público por la puerta pedagógica y escolar, es la de Oscar Saldarriaga, Javier Sáenz y Armando Ospina en 1997: *Mirar la infancia: pedagogía, moral y Modernidad en Colombia, 1903-1946*. Estos autores, al dilucidar el paso de la escuela tradicional a la escuela activa que es vivido entre 1870 y 1930, evidencian cómo estos modelos pedagógicos, de manera implícita, conllevan un imaginario de infancia particular. La “reforma pestaloziana” en la educación colombiana de 1870 modernizó, por medio de la pedagogía de la objetivación, la representación social de la infancia que se tenía hasta ese momento. El reconocimiento del niño como sujeto escolarizado que vive un particular proceso educativo producto de una práctica pedagógica y que responde a un tipo de educación liberal. Sin duda, la pedagogía de la objetivación pestaloziana, que se basa en cosas y en experiencias, antes que en palabras, buscó desarrollar no solo la mano y los sentidos, sino también el corazón y el espíritu, como también la mente y la razón. Así, la primera reforma educativa de 1870 modernizó la representación de infancia que teníamos los colombianos, en particular, desde la práctica pedagógica y psicológica, las cuales influirían en las orientaciones educativas de comienzos del siglo XX en Colombia.

Posteriormente, la incursión de la escuela activa con la fundación del *Gimnasio Moderno* por parte de Agustín Nieto Caballero, en 1914, da cuenta de cierto grado de cientificidad con que comienza a ser pensada la pedagogía, reconociendo al niño como un “sujeto cognoscente” que interactúa con el maestro y conquista conocimiento. La escuela activa acerca al sujeto escolarizado a la experiencia, al método científico, al aprender haciendo, al contacto directo con las cosas y la naturaleza. Por lo demás, las excursiones y las salidas de campo serían fundamentales en la nueva propuesta, que reconoce en el fondo a la infancia como un sujeto activo, que materializa su conocimiento producto de la interacción con las personas, la naturaleza y las cosas.

11 Por lo demás, la propuesta metodológica del Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica se inscribe en la perspectiva epistemológica establecida por Michel Foucault en sus obras *Arqueología del saber* (1970) y *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión* (1976), en la que la pregunta central en torno al sujeto se inscribe en una experiencia institucional, en la que se establecen unas prácticas, unos discursos y unos enunciados que lo rodean, delimitan, definen y controlan. Las tres instancias que precisan el objeto histórico de sus investigaciones son: “la institución”, “el sujeto” y “el saber”. Ya en el ámbito nacional, dichos parámetros se inspiran en los preceptos metodológicos desarrollados por Olga Lucía Zuluaga Garcés, *Pedagogía e historia. La historicidad de la pedagogía. La enseñanza un objeto de saber*, Bogotá, 1999.

Por otra parte, desde una perspectiva metodológica similar a la anterior en 2007, aparece un segundo libro del Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica, en esta ocasión escrito por Alexander Yarza y Lorena Rodríguez (2007), que lleva por título *Educación y pedagogía de la infancia anormal 1870-1940*. Para estos investigadores, a comienzo del siglo XX surge en Occidente una nueva figura: *la infancia anormal*, que se institucionaliza por medio de un discurso científico a través del campo médico y pedagógico, y que de manera sutil establece una diferenciación inicial entre el retardado y el inestable. Así, de acuerdo con las consultas de la época, los inestables son niños que no están en su sitio, que no pueden controlar sus movimientos e instintos, entretanto, por retraso se entiende aquel escolar cuyas facultades intelectuales existen, consideradas en su conjunto, pero están retrasadas notablemente, por debajo de las de otro niño de la misma edad.

Para estos investigadores, las instituciones de normalización antes del siglo XX fueron la cárcel, los manicomios y el hospital. El anormal quebrantaba un tipo de norma: la del derecho y el contrato social, la de la razón y el orden público, la de la biología, la especie o la naturaleza. Es en este entramado que emerge la “infancia anormal” a principios del siglo XX, que designaba a aquellos niños pobres que no rendían en la inaugurada escuela pública y obligatoria; al inicio aparecen confundirse con los delincuentes juveniles, pero se debía guardar cierta distancia. Así, el niño que perdía dos años escolares continuos evidenciaba cierto grado de retardo mental. Por lo demás, a inicios del siglo XX, son los pedagogos María Montessori (1870-1952) y Ovidio Decroly (1871-1932) los gestores de la escuela activa, y centraron su trabajo inicialmente con niños retrasados y anormales. Los sistemas pedagógicos de estos autores tienen un fuerte fundamento biológico y biomédico, basado en una crítica fuerte a la pedagogía clásica, tradicional o disciplinaria. Luego, para la segunda década del siglo XX, estos mismos pedagogos fundaron escuelas privadas para niños normales, donde pusieron y experimentaron sus métodos, materiales y teoría que había surtido un efecto positivo con los denominados niños anormales (Yarza y Rodríguez, 2007, p. 43)

En el caso colombiano, desde la segunda mitad del siglo XIX, quienes primero reflexionan y discuten la educación para *niños anormales*, niños que son vistos como idiotas o imbéciles, son los pedagogos Enrique Cortés, Martín Restrepo Mejía y Tomás Cadavid Restrepo. Para el primer pedagogo —inspirado en J. E. D. Esquirol—, el niño idiota representa el estado al que no se debe llegar, el negado, el prohibido, el vedado; es una falencia, pues impide el desarrollo del pueblo y de la sociedad. Por su parte, Restrepo Mejía define al niño idiota como aquel en quien las facultades y la moral se encuentran paralizadas, de una manera que impide su desarrollo. Sin embargo, distingue tres tipos de niños idiotas: los que están casi reducidos a la vida vegetativa, los que además tienen

algún ejercicio de la vida sensitiva y, por último, los imbéciles. Para Restrepo Mejía, estos últimos representa el eslabón perdido entre el idiota y el hombre de inteligencia limitada, pudiendo adquirir algunos conocimientos prácticos sobre la vida. Por su parte, el niño idiota es para Cadavid un deficiente intelectual, y para poder definirlo, adquiere relevancia el prescindir de una forma de comunicación con los demás, bien sea para la expresión o para la comprensión. El idiota, al estar incomunicado, queda excluido de cualquier proceso correctivo y pedagógico. Así pues, el idiota no es un anormal de hospicio ni un anormal de escuela. Retomando a Decroly, este considera que las personas anormales se dividen en sensoriales, motores, mentales y afectivos; así mismo, incluye a los idiotas entre los anormales mentales. En Colombia, de manera paulatina en la primera mitad del siglo XX, se constituyen así unos sujetos de saber que definen al niño anormal en el campo pedagógico, se establece una institución para su observación médico-pedagógica y se decantan una serie de prácticas para la intervención y humanización de este tipo de infancia.

Con relación a los temas de infancia, también se destaca la profesora e investigadora Claudia Ximena Herrera Beltrán, quien desde 2010 dio a conocer una serie de trabajos sobre *las prácticas corporales en la escuela*, las cuales cuentan, por lo general, con *un carácter no discursivo*. Entre ellas están: *la práctica alimenticia*, que en el orden del poder y del saber, en la primera mitad del siglo XX responde a la alimentación nutritiva de la infancia como garantía de la regeneración racial; y también estudia *el castigo físico*, que respondía a una forma de gobierno en la pretensión de lograr en la infancia la obediencia, la utilidad a una sociedad que progresaba en la primera mitad del siglo XX. Dichas prácticas circularon en manuales escolares, cartillas de urbanidad, discursos, conferencias y artículos desde diversos saberes, ciencias y disciplinas, y fueron publicadas y difundidas por las instituciones escolares, los maestros y la sociedad (Herrera y Galindo, 2012). En el caso colombiano, el castigo corporal era la pena escolar por excelencia, generalizada a todos los delitos y a todas las edades; y el uso del látigo y la delación constituyeron instrumentos y estrategias de disciplina imperantes. Luego, para el siglo XX, las condiciones fueron un poco distintas; por un lado, se hizo presente el discurso sobre la abolición del suplicio escolar; y por otro, se dio un desplazamiento de la violencia sobre el cuerpo hacia la violencia sobre el alma.

Claudia Ximena Herrera (2015) realiza luego un importante balance de los temas de infancia en clave pedagógica, observando a la infancia —de acuerdo con sus consultas bibliográficas, o con lo que los historiadores sociales y de la cultura denominan fuentes secundarias—, ya sea como una invención social, institución social de aparición reciente, un dispositivo o como categoría en estrecha relación con la familia, las clases sociales, la escuela, la educación o la pedagogía. Esta entrada le permite realizar una inspección a la producción académica del Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica, reconociendo los

textos que de manera implícita o explícita han abordado los temas de infancia en la historia de la educación colombiana.

De igual modo, podemos ubicar las pesquisas de Alberto Martínez Boom (2010), para quien la infancia en las postrimerías de la Colonia hizo parte de las preocupaciones propias de la población. Para este investigador, el alto número de mortandad de los niños y sus enfermedades, hasta entonces despreciadas, introdujo la preocupación por su salud y su bienestar, las cuales se constituyeron en un régimen de práctica que quiso arrebatarlos a la muerte. El creciente interés por el aumento de la población como pilar de la prosperidad del Estado contribuyó a delinear una sensibilidad hacia los niños (pp. 434-459). La infancia como parte de la población se convierte en objeto de intervención por parte del Estado. Específicamente, como parte de las preocupaciones de policía en la época colonial, ubicada entre el buen gobierno del Estado, la gestión de la familia y el comportamiento del individuo, elementos que garantizaban la felicidad colectiva. La infancia vista como la edad más maleable y a la vez propicia para la intervención del Estado por vía de la educación termina siendo objeto de irrupción a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Para Martínez Boom, el problema de la población se reordena, sin duda, a partir de la construcción social de la infancia en las postrimerías de la Colonia, en especial, por el tratamiento dado a los niños pobres y a los expósitos, lo que constituía hasta finales del siglo XVIII una imagen negativa de la infancia.¹² No obstante, el hospicio adquiere otro valor y otro sentido en esta época. La visibilidad del niño neogranadino, ligada por la preocupación a la utilidad pública y a una nueva connotación de la pobreza, conllevó a que el hospicio deviniera a la constitución de la escuela o a la escolarización del encierro.



Fuente: Archivo Verdaderas Fotografías Antiguas de Bogotá y Colombia.

12 “La representación del cuerpo del niño” es un artículo de Alberto Martínez Boom, resultado del proyecto de investigación financiado por el CIUP-2007, “Escuela pública y saber pedagógico en Colombia, mediados del siglo XVIII e inicios del XIX” (inédito).

También Alejandro Álvarez (2002) afronta el tema de los niños de la calle en Bogotá entre 1900 y 1950. Da cuenta de cómo la sociedad, la Iglesia y el Estado reivindicaron este tipo de infancia abandonada de comienzos de siglo XX bajo tres imaginarios: *pureza, fragilidad y promesa*. Dichos imaginarios son el producto de, al menos, cuatro prácticas sociales: la caridad y la compasión, por medio de las cuales toma cuerpo la política social; la del menor delincuente, a través de la cual toma cuerpo la práctica jurídica; la visión evolucionista del niño, por medio de la cual toma cuerpo la práctica pedagógica; y desde la práctica psicológica y sociológica se ubica al niño abandonado.

En 2011, Absalón Jiménez B., desde una metodología cercana al Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica, da a conocer *Emergencia de la infancia contemporánea en Colombia, 1968-2006* (Jiménez B., 2012a). Para este investigador, por medio de la Ley 75 de 1968 se crea el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) y se falla con la misma norma la ley de patria potestad, dando de paso inicio a un proceso de “refamiliarización” y reconfiguración de la sociedad colombiana en general, del cual se desprende un discurso de defensa de la familia en el ámbito institucional. Desde su ángulo de lectura, la defensa de la familia se constituye en la defensa de la infancia y en la objetivación paulatina de un nuevo tipo de sujeto cargado de una serie de cualidades contemporáneas. El punto de cierre es el año 2006, cuando se falla la Ley 1098, conocida como el nuevo *Código de la Infancia y la Adolescencia* en Colombia. Por lo demás, en la discusión y fallo de esta norma se resume un largo camino recorrido en torno a este tema en nuestro país. En el ámbito conceptual, se entiende por infancia moderna aquella que vivió un particular proceso de domesticación por parte de los agentes tradicionales de socialización, como son *la familia y la escuela*. Es una infancia con especificidades de carácter biológico y psicológico que acarreo el surgimiento de políticas sociales y educacionales para su bienestar, para la atención y orientación de las familias y para la corrección de desvíos. Esta infancia es naturalizada a través de prácticas que se circunscribían en los tiempos modernos: ser niño era ir a la escuela, jugar y no tener responsabilidades; vivir con su familia y disfrutar de altos grados de amor y afecto. Ser niño en la Modernidad era sinónimo de constituirse en un sujeto frágil, puro, inocente y que representaba, entre otros aspectos, una promesa de futuro.

Por otro lado, la infancia contemporánea busca constituirse como dominio de saber en torno a un sujeto que se muestra como precoz, complejo e inacabado, que rompe con los parámetros de lectura que se habían establecido en torno a él en la Modernidad por medio de las disciplinas. La infancia contemporánea, vista como sujeto, ha vivido un proceso de *socialización, naturalización y objetivación*, en un momento de transición histórica y de yuxtaposición discursiva en el periodo ubicado entre las últimas décadas del siglo XX e inicios del XXI. La infancia contemporánea, vista como un tipo particular de organización discursiva, ha vivido un proceso de *socialización, internalización y externalización* de

la realidad, en la que no solamente han jugado un papel fundamental la familia y la escuela, como se veía tradicionalmente, sino también otra serie de agentes, como los medios de comunicación, la economía de consumo, el papel de los pares y los efectos de la globalización cultural, que se constituyen en condición de posibilidad para la emergencia de esta forma de subjetividad.



Globalización cultural de la infancia contemporánea a través de los medios.

Para este investigador, en las últimas décadas del siglo XX e inicios del XXI, observamos la *naturalización* de una serie de enunciados y discursos que establecen otros tipos de vigilancia sobre la infancia, al parecer más proporcionales, inmanentes, sutiles, capilares y democráticos, que dan cuenta de un nuevo tipo de control y, a la vez, la constitución genealógica de un nuevo tipo de dispositivo. En el actual momento de transición —finales del siglo XX e inicios del XXI—, la *objetivación* del sujeto se sigue mostrando como constante e inacabada; la manera como el sujeto infantil es delimitado en términos discursivos y de enunciado por instituciones globales, como la Organización de Naciones Unidas (ONU) en particular, la Unicef y la Unesco; y en el ámbito nacional, Profamilia (en su papel inicial), el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar desde la segunda mitad de los años 60, el Ministerio de Educación y la Secretaría de Educación, entre otros, quienes materializan un discurso que se convierte en condición de posibilidad para la emergencia de esta nueva infancia.

Así, la infancia contemporánea como nuevo sujeto, desde las prácticas de crianza y el actual discurso socializador, se muestra como compleja, precoz e inacabada. Una infancia que es transformada, pero también es transformadora y que presiona una serie de nuevos emplazamientos en el interior del núcleo familiar y la sociedad en general. Una infancia que desde la escuela es pensada, en particular desde el preescolar, como una infancia sensible, creativa, dueña de una cotidianidad y una narrativa. En la actualidad, la infancia se ubica en una posición horizontal, de experiencia y de saber con relación al maestro y a la escuela.

Otra apuesta investigativa del trabajo es dar cuenta de la manera en que esta nueva infancia, vista desde los medios de comunicación y la economía de consumo, dilucida las disímiles fronteras existentes entre la infancia, la juventud y la adultez, ya que al democratizar los consumos, los rituales de paso entre una edad y otra han sido trastocados. Desde la práctica jurídica, la infancia contemporánea ya no es reconocida por medio del discurso de la “situación irregular” para su protección y la garantía de sus derechos, sino más bien una infancia que es pensada como sujeto de derechos desde el nuevo paradigma de “protección integral”. Una infancia contemporánea que ha venido tomando cuerpo, además, en el proceso de reconfiguración de la ciudad y en el discurso de la ciudad educadora, y que se constituye en el principal parámetro para medir la calidad de la democracia en las actuales ciudades. La emergencia de esta infancia es la que se logra dilucidar en Colombia a lo largo de la investigación, entre 1968 y 2006.

El investigador Javier Fayad Sierra, de la Universidad del Valle, da a conocer en 2012 el libro *La niñez en Santiago de Cali a comienzos del siglo XX. Genealogía de instituciones y construcción de subjetividad*, en el que se traza como objetivo principal analizar desde una perspectiva histórica y cultural el proceso de construcción de las instituciones que cumplen con la tarea de intervenir, a través del cuidado y la atención de los niños y que a su vez participan en la constitución del ciudadano en la ciudad de Santiago de Cali entre 1910 y 1950. Su libro es un ejercicio académico de un modelo particular de genealogía de las instituciones del orden social y de bienestar alrededor de los temas de infancia. La investigación explica la creación institucional como una necesidad social, pasando del acto de cuidar al acto de atender a los niños caleños, labor que inicialmente realizaban las familias, para luego contar con el soporte de una red de carácter institucional. La clínica maternal, hospicios y hospitales se establecen como espacios de atención de carácter público y social, trascendiendo la responsabilidad particular, privada y familiar a una de carácter público. Al rastrear las instituciones, el investigador da cuenta de un proceso constructor de crear, consolidar y proyectar unos lugares especializados para definir y actuar sobre la infancia, que definen a cada ser como particular y concreto, diferente, en el que toman cuerpo las edades de la vida para definir las e intervenirlas.

Se plantean como fuente los documentos y archivos de las instituciones de higiene, medicalización, moral pública, derecho y educación, que permiten analizar, ampliar y cuestionar el papel de las instituciones en el ámbito regional y, de manera particular, en la ciudad de Cali. Las prácticas sociales existen en lugares precisos y requieren del conocimiento y del condicionamiento sobre el uso de esos lugares. Son prácticas diferenciadas que crean políticas, y promueven su diseño y mejoramiento con el tiempo. La institución es vista como una sociedad de ideas que, antes de ser materializada como ente social

y socializador, representa las ideas organizadas por un motivo, una potencia o una ideología, hasta poder ser tangible y mostrada como un ente particular dentro de las relaciones sociales (Fayad, 2012, p. 36). Para este investigador, la socialización de los niños en Cali a comienzos del siglo XX se realiza bajo la influencia de la llamada “acción social de la Iglesia”, atravesada de valores y modelos sociales particulares.

La creación del departamento del Valle del Cauca en 1910 es la respuesta a un modelo de crecimiento regional, por medio del desarrollo de una ciudad con clara intención comercial e industrial. Este modelo fue impulsado por algunos empresarios desde el siglo XIX, con el objetivo de dejar de depender del centro administrativo y político de Popayán. Esta decisión transformaría a Cali en ciudad líder de una región de carácter liberal y comercial, dejando de depender de Popayán con su estructura tradicional y hacendataria. Así, la competencia regional que existía entre Popayán, Cali y Buga llevó a la creación del departamento del Valle del Cauca, con capital Cali, generando una nueva dinámica regional. Por su parte, Cali pasó de ser un municipio pequeño de provincia a ser una capital de departamento con altas tasas de crecimiento de la población, producto del alto flujo de la migración. Esta nueva adscripción política de Cali afectó de manera inmanente la sociabilidad, el parentesco, la amistad y la relación laboral. En un principio, entre 1910 y 1930, la alianza entre los funcionarios del Estado, la élite regional y la Iglesia jugaría un papel fundamental para liderar la transformación de la vida rural a la vida urbana; se fusionaron discursos —tanto tradicionales de caridad cristianas como progresistas de higiene y limpieza—, y la visión de los médicos y de quienes compartían la idea de cierta influencia biológica y epidemiológica para analizar e intervenir a la ciudad y sus habitantes.



Paseo familiar en canoa por el río Cali, 1935.

Fuente: Archivo *Verdaderas Fotografías Antiguas de Bogotá y Colombia*.

Así, para Javier Fayad, “la creación de instituciones especializadas permitió fortalecer y ampliar las representaciones y valoraciones sobre los niños. De las responsabilidades de la familia y sus relaciones en el ámbito privado se pasó

a desarrollar prácticas en el ámbito de lo público donde se crearon códigos y leyes, especializadas sobre el trato, cuidado y necesidades de los niños” (Fayad, 2012, p. 142).

El enfoque institucional acompañado de discursos que se propone en Cali corresponde con la existencia de una *santa infancia* que representa una manera institucional de la primacía de lo infantil, que se concibe como un modelo de institución de prácticas de cuidado y de atención bajo la influencia de la doctrina cristiana. En Cali, desde finales del siglo XIX, se definió un modelo que transita entre el saber médico y el saber religioso en torno a los niños. Dicho saber afectó de manera positiva instituciones como la escuela y el hospital, aparecieron el *Hospital de Caridad* y los barrios obreros donde estaban los pobres anunciando otro tipo de vivienda. Se crearon clínicas para atender madres y prostitutas; a la vez surgió la zona de tolerancia en el barrio El Calvario. Las políticas de prevención y cuidado para la ciudad cambiaron la identidad proyectada sobre los niños, lo que fortaleció la necesidad de las instituciones de cuidar, atender y dar bienestar, más allá de la higiene, la medicalización y la escuela, que eran las instituciones que se fueron creando. Entre 1910 y 1950, en Cali creció la complejidad de lo público; la escuela, la familia y la religión se asociaron en lo que se denominó la “acción social”, que propuso la creación de la Cruz Roja, las cajas de ahorros, los comedores escolares, el cooperativismo y los sindicatos. Se trataba de promover prácticas que no descuidaran el papel de la higiene, medicalización y escolarización, y aseguraran un tipo de acompañamiento especializado. Por esta razón, se crearon instituciones donde se enfatizaba el control de la amistad, el juego, la sexualidad, y aparecieron la escuela secundaria y las manufactureras, donde los niños tenían que llegar, es decir, lugares que representaban el uso del tiempo en la ciudad.

Consideraciones finales

Como se puede observar a través del presente balance, en términos formativos, la historia de la infancia demanda una serie de lecturas fundamentales para dar cuenta de su aparición. De tal manera, los niños como los concebimos en la actualidad no siempre existieron, ni siempre existió el sentimiento de infancia que mediante una serie de lazos afectivos se encuentra aparejado con el sentimiento de familia. Sin duda, los niños —vistos ya sea como animales, como enanos o como adultos en potencia— representan un sujeto que evidencia diferencias cualitativas con el mundo adulto, demandando cuidado, afecto, atención y cariño; por lo demás, dicha diferenciación solo se logra a inicios de la Modernidad. Sin duda, la mirada que establecen historiadores como Philippe Ariès y Lloyd DeMause representan una buena entrada de análisis para quienes apenas se inician en la temática; como también las herramientas facilitadas por Norbert Elias, quien a través de la *psicogénesis* y la *sociogénesis* da a conocer la profunda

relación e influencia que ejercen el individuo en la sociedad y la sociedad en el individuo. El niño entra así en una relación psicológica y sociológica de tensión entre el mundo adulto y el mundo infantil, por la conquista de su *autonomía*.

En el ámbito latinoamericano, existen una serie de estudios que han permitido abordar una mirada comparada de los temas de infancia que son valorados en cuanto son un avance de carácter historiográfico. De hecho, se han realizado a la fecha una serie de encuentros y eventos en los que los historiadores de infancia de América Latina han dado a conocer sus investigaciones, han dado cuenta de la manera como consultan los archivos y fuentes, como también de posibles entradas temáticas y metodológicas.¹³ Incluso se ha conformado la *Red de Estudios de Historia de Infancia en América Latina*, con una dinámica académica y un nivel de productividad importantes en Argentina y México.

Por lo demás, en el ámbito colombiano, quien inicialmente evidencia la presencia del niño en el pasado es Carlos Eduardo Jaramillo Castillo, cuando en 1987 da a conocer la participación de los niños en las guerras civiles del siglo XIX, haciendo énfasis en la Guerra de los Mil Días. Sin duda, ese año (1987) representa un punto de corte para dar cuenta de la manera cómo, a lo largo de estos algo más de treinta años, en Colombia hemos venido abordando la temática. En este sentido, los historiadores que se clasifican en el grupo de Historia Social y de la Cultura, y que en su época hacían parte de la Nueva Historia de Colombia, realizaron importantes avances y reconocieron al niño como parte de la estructura familiar colonial —en particular en Santafé de Bogotá y en Medellín— acompañado de un tipo particular de afecto y diversas valoraciones que se dieron en ese contexto sociocultural. Así mismo, una serie de trabajos han dado cuenta de la presencia del niño en el escenario público, ya sea haciendo parte de las transformaciones de la ciudad, como parte de una problemática como *el gamín* que afectaba a la población, o como parte de una serie de situaciones de ruptura relacionadas con su constitución como sujeto de derechos a finales del siglo XX e inicios del XXI.

También los historiadores de la educación han realizado un importante aporte; se destaca la producción del Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica, que objetiva al niño en el pasado, quien hace parte de una experiencia de carácter institucional, *la escuela*, y es producto, además, de un discurso que continuamente lo delimita y define: *el discurso pedagógico*. En el pasado de la educación colombiana, el niño se produce en el interior de una bisagra que se expresa en las relaciones de saber y de poder en su entorno, en el que participan

13 Unos de los últimos eventos para destacar es el “Encuentro sobre la historia y condiciones de vida de la infancia en Iberoamérica y IV Coloquio de infancias”, con participación de varios ponentes internacionales, organizado y realizado por la Universidad Distrital Francisco José de Caldas de Bogotá, los días 9 y 10 de octubre de 2017.

una serie de instituciones, sujetos y prácticas que terminan siendo prácticas discursivas. En el pasado pedagógico, se da cuenta de unas representaciones de infancia a través de una serie de acontecimientos acompañados de enunciados y discursos, como son: la primera reforma educativa de carácter pestalozziano de 1870, el modelo de escuela tradicional, el modelo de escuela activa, el papel del conductismo y la tecnología educativa e instruccional en la escuela en la segunda mitad del siglo XX. En cada una de estas transformaciones, los historiadores del Grupo de Historia de la Práctica Pedagógica han dado cuenta de un tipo de infancia en el pasado, que ha acompañado la transformación de la pedagogía. Así mismo, han dado cuenta de la infancia anormal o imbécil, como era definida a finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, como también prácticas no discursivas de control y sometimiento, como *la práctica alimenticia y de higiene*, acompañadas del *castigo físico*, entre otras.

La historia de la educación en ocasiones no es muy valorada por los historiadores colombianos. En los congresos colombianos de historia, la clasificación que le dan a la mesa de historia de la educación es de carácter secundario, lo que ha acarreado tensiones y desconocimientos mutuos con los historiadores sociales y de la cultura. Lo cierto es que, en términos temáticos y metodológicos, existe un objeto de lucha, de tensión y producción investigativas que es la historia de infancia, que de manera implícita o explícita ha sido la beneficiada en esta disputa académica.

Por último, queda dar a conocer algunas temáticas pendientes de abordar con relación al tema de la infancia en el pasado, partiendo del principio de pluralidad con el que este sujeto deber ser abordado. Las infancias regionales no han sido abordadas, por ejemplo, frente a inquietudes como: ¿Qué significó ser niño en el caribe colombiano hasta épocas recientes? ¿Qué significó ser niño afrodescendiente en Colombia? ¿Qué tipos de infancia o de niño reconocen las comunidades indígenas del suroccidente del país? ¿Cómo se vivió la infancia en la llanura colombiana? Frente a estas y otra gran cantidad de inquietudes, no existen respuestas claras por parte de los historiadores colombianos; son más bien otros investigadores sociales quienes han avanzado en la temática, como antropólogos, sociólogos e inclusive los guionistas de televisión. En este punto ha faltado inquietud regional, creatividad, principio indiciario y acercamiento a nuevas metodologías para realizar otro tipo de investigaciones. También faltan trabajos sobre el abordaje de las infancias recientes mediadas por las relaciones de consumo, las nuevas tecnologías y la globalización cultural; o en términos de relaciones de género, por ejemplo, tampoco se ha trabajado la historia de la niña en Colombia. En fin, debemos valorar nuevas temáticas, como también nuevas metodologías y nuevos archivos, valorar el papel de la novela de época, el relato, la memoria y el peso que tiene la fuente oral, la documentación de baúl familiar, las fotografías familiares e imágenes de la transformación

de la ciudad, en las que en ocasiones aparece el niño como testigo. También debemos valorar la digitalización del archivo y generar un mayor diálogo entre quienes investigan la temática, superando los egos académicos, y las posturas epistémicas y metodológicas que en ocasiones nos impiden un diálogo y un encuentro que podría ser enriquecedor para los nuevos historiadores y demás investigadores.

Referencias bibliográficas

- Alcubierre, B. (2012). El destino de los niños Lorenzana: expósitos pobladores de Alta California". En: Sosenski, S. y Jackson, E. (Coords.), *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina*. Ciudad de México. UNAM.
- Álvarez, A. (2002). Los niños de la calle: Bogotá 1900-1950. *Historia de la educación en Bogotá*, Tomo II. Bogotá: IDEP.
- Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Tauros.
- Ariès, P. (1996). "El niño y la calle, de la ciudad a la anticiudad" y "La familia y la ciudad". En *Ensayos de la memoria, 1943-1983*, Bogotá: Norma.
- Ariès, P. y Duby, G. (2001). *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus.
- Carli, S. (2003). *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1995*. Buenos Aires: UBA.
- Carli, Sandra (Comp.) (2006). *La cuestión de la infancia. Entre la escuela, calle y shopping*. Buenos Aires: Paidós.
- Carli, S. (2011). *La memoria de la infancia. Estudios sobre historia, cultura y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Cárdenas, Y. (2018). *Experiencias de infancia. Niños, memorias y subjetividades (Colombia, 1930-1950)*. Bogotá: UPN.
- Castrillón V., M. y Sánchez S., J. F. (2014). *Escenarios de minoridad en Colombia. Los juzgados de menores y la beneficencia de Cundinamarca, 1900-1930*. Cali: Universidad del Valle.
- DeMause, L. (1974). *Historia de la infancia*, Madrid: Alianza Editorial.
- Dueñas, G. (1993). Sociedad, familia y género en Santafé a finales de la Colonia. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Nro. 21. Bogotá: Universidad Nacional.
- Dueñas, G. (1996). Adulterio, amancebamiento, divorcios y abandono: la fluidez de la vida familiar santafereña, 1750-1810. En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Nro. 26. Bogotá: Universidad Nacional.

- Elias, N. (1970). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- Elias, N. (1998). *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma.
- Elias, N. (2009). *El proceso de las civilizaciones*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Fayad, J. (2012). *La niñez en Santiago de Cali a comienzos del siglo XX. Genealogía de instituciones y construcción de subjetividad*. Bogotá: UPN.
- Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Foucault, M. (1970). *Arqueología del saber*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Gélis, J. (2001). La individualización del niño. En Ariès, P. y Duby, G. *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus.
- Herrera, C. X. y Galindo, J. (2012). *Escritos sobre el cuerpo en la escuela*. Bogotá: Kimpres.
- Herrera, C. X. (2015). La infancia en la historia de la pedagogía en Colombia. En Noguera, C.E.; Álvarez, A. y Herrera, C. X., *Lecciones de historia de la pedagogía en Colombia. Escuela, maestro e infancia (s)*. Bogotá: Magisterio, GHPP. UPN.
- Jaramillo C., C. E. (1987). Las Juanas de la revolución. El papel de las mujeres y los niños en la Guerra de los Mil Días. En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Nro. 15. Bogotá: Universidad Nacional.
- Jiménez B., A. (2008). Historia de infancia en Colombia: crianza, juego y socialización, 1968-1984. En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Nro. 35. Bogotá: Universidad Nacional.
- Jiménez B., A. (2012a). *Emergencia de la infancia contemporánea en Colombia, 1968-2006*. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas-CIDC.
- Jiménez B., A. (2012b). *Infancia: Ruptura y discontinuidades de la historia de la infancia en Colombia, 1968-2006*. Bogotá: ECOE.
- Jiménez B., A. & Infante, R. (2007). Infancia, ciudad y narrativa. En: *Revista Científica* Nro. 8. Universidad Distrital Francisco José de Caldas: CIDC.
- Martínez B., A. (2010). Infancia, gobierno y educación. Una cartografía de prácticas silenciadas. En *Escrituras silenciadas, memorias y procesos culturales*. Universidad de Alcalá, España.
- Muñoz, C. y Pachón, X. (1980). *Gamines, testimonios*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

- Muñoz, C. y Pachón, X. (1996). *La aventura infantil a mediados de siglo*. Bogotá: Planeta.
- Pestalozzi, J. H. (1996). *El canto del cisne*. Ciudad de México: Editorial Porrúa.
- Rodríguez, P. (1991). El amancebamiento en Medellín, siglos XVIII y XIX. En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Nros. 18-19. Bogotá: Universidad Nacional.
- Rodríguez, P. (1997). *Sentimiento y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII*. Bogotá: Ariel.
- Rodríguez, P. (2007). La pediatría en Colombia, 1880-1960. Crónica de una alegría. En Rodríguez, P. y Mannarelli, M. E. (Comps.), *Historia de la infancia en América Latina*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Rodríguez, P. y Mannarelli, M. E. (Comps.) (2007). *Historia de la infancia en América Latina*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Rousseau, J. J. (1996). *Emilio, o De la Educación*. Ciudad de México: Editorial Porrúa.
- Saldarriaga, O.; Saénz, J. y Ospina, A. (1997). *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*. Bogotá: Colciencias, Foro Nacional por Colombia, Uniandes, Universidad de Antioquia.
- Sosenski, S. y Jackson, E. (2012). *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América latina*. Ciudad de México: UNAM.
- Sosenski, S. y Osorio, M. (2012). Memorias de infancia. La revolución mexicana y los niños a través de dos autobiografías. En Sosenski, S. y Jackson, E. *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina*. Ciudad de México: UNAM.
- Urrego, M. Á. (1997). *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá, 1880-1930*. Bogotá: Editorial Ariel, Universidad Central.
- Villalta, C. (2010). Uno de los escenarios de la tragedia: el campo de la minoridad y la apropiación criminal de niños. En Villalta, C. (Comp.), *Infancia, justicia y derechos humano*. Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.
- Yarza, A. y Rodríguez, L. (2007). *Educación y pedagogía de la infancia anormal, 1870-1940*. Bogotá: Magisterio-GHPP.
- Zuluaga G., O. L. (1999). *Pedagogía e historia: la historicidad de la pedagogía, la enseñanza, un objeto de saber*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

II. Construcción social de la juventud en Colombia: una mirada desde un balance historiográfico

Carlos Arturo Reina Rodríguez¹⁴

Y aquí estamos todos. Muchachos de la vieja Europa, muchachos que hace cuatro o seis siglos fueron el escándalo de París o Salamanca, y los de ahora, que fomentan disturbios en Madrid español, Córdoba argentina, Lima peruana. La misma traza, el mismo espíritu, la misma ilusión. El ruido y las carcajadas de nuestra tertulia harán que se estremezcan en sus sepulcros hasta los muertos distinguidos que reposan en las catedrales. ¡Bebamos, amigos, por su eterno descanso!

Germán Arciniegas, 1932.

Introducción

“Juventud, divino tesoro, te vas para no volver”, escribió el poeta Rubén Darío.¹⁵ Quizás por eso, la juventud como etapa de la vida es recordada con alegría, pero también con nostalgia. En la historia, esta parte de la vida humana ha sido una de la que poetas, filósofos, sociólogos, antropólogos y claro, en menor

14 Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital; Magister en Investigación Social de la Universidad Distrital; Doctor en Historia de la Universidad Nacional de Colombia; Posdoctorado del CEA, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Es profesor de planta asociado de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, y profesor honorario en el Doctorado en Estudios Sociales de la misma Universidad. Sus líneas de investigación se enmarcan en la historia cultural, la historia de la infancia y la juventud, los estudios de historia y memoria, y la historia urbana. Director del grupo de investigación Observatorio de Niños y Jóvenes. U. D. Correo electrónico: profesorcarlosreina@gmail.com.

15 Rubén Darío (1867-1916) escribió un poema así titulado en su obra “Cantos de vida y esperanza” (1905).

medida, los historiadores han sido evocadores: de los recuerdos del amor, la odisea, la guerra, la vitalidad, la sagacidad y la valentía. También ha sido evocadora de aquellos ejercicios de memoria en los que la vida estudiantil, y la vida picaresca y doble moralista han jugado un papel en el desafío generacional en buena parte de las sociedades humanas. Los jóvenes estuvieron allí en cada etapa de las distintas clasificaciones en el tiempo dadas por los estudiosos del pasado, como protagonistas o como actores incidentales. La juventud ha estado allí, con distintos nombres y denominaciones. Unas veces, como jóvenes; otras, como juventudes articuladas por escenarios políticos; otras, como infractores de la ley y la norma a razón de su edad; y en otras, como víctimas de las decisiones de los más adultos, hombre y mujeres que por su edad han constituido un entramado que apenas empieza a ser entendido en una perspectiva histórica, que sobrepasa la mención básica de la edad y de la anécdota. En ese sentido, es importante reconocer que son los estudios y los estudiosos de infancia quienes, desde la historia, han labrado un camino más productivo; y apenas se empiezan a dar los primeros pasos para pensar en una historia de la juventud en Colombia.

En la historiografía colombiana, la juventud lucha por forjar un espacio de representación donde se encuentren aspectos de esta etapa de la vida humana que vayan más allá de la vida estudiantil, de la actividad política o de la vida militar, que es en donde se han concentrado algunos de los trabajos históricos. Es más común que la antropología o la sociología se dediquen a ver a los jóvenes como actores fundamentales de sus exploraciones teóricas y prácticas, y no tanto desde el campo de la historia, la cual ha privilegiado de alguna manera otro tipo de estudios en donde los jóvenes forman parte de movimientos sociales, de expresiones artísticas y culturales, pero no por el sentido de ser jóvenes, sino por el espacio en donde se hacen actores. En ese sentido, conviene señalar que los trabajos históricos en Colombia no se han dedicado a teorizar sobre el concepto, sino más bien han hecho uso de categorías mucho más generales o de aquellas provenientes de campos como los de las ciencias sociales y humanas.

El presente balance historiográfico se encuentra dividido en tres partes: la primera, da cuenta de los elementos generales de la historiografía occidental al respecto; en segundo lugar, se hará una revisión de algunas investigaciones realizadas en América Latina; y, por último, se presentará una aproximación a los trabajos de algunos historiadores en el ámbito colombiano. Es importante tener en cuenta que este balance ha sido construido gracias a los aportes de los trabajos de los investigadores vinculados al grupo de investigación Observatorio de Niños y Jóvenes de la Universidad Distrital ONJUD, así como al grupo de investigación Zaita, en particular al Doctor en Historia Orlando Villanueva Martínez y a la estudiante del doctorado en Estudios Sociales, Luisa Fernanda Cortés Navarro.

La juventud, la historia y los historiadores

De la misma manera como los estudios de la infancia suelen iniciar con la mención de *Emilio*, de Rousseau (1712-1778), los estudios sobre juventud también reiteran este punto de partida para entender a los jóvenes en la historia, en particular cuando las aproximaciones se realizan en el ámbito de los estudios sobre pedagogía y educación. En ese mismo sentido, es pertinente indicar que se pueden leer trabajos relacionados con este sector de población mucho antes, sobre todo en las obras de pedagogos como Comenius (1592-1670), quien, de alguna manera, en la *Didáctica Magna* hace un intento por realizar clasificaciones respecto a la edad y su relación con el aprendizaje. Lo mismo ocurre con Pestalozzi (1746-1827) y, seguramente, con todos aquellos pedagogos ubicados entre el siglo XV y el XX.

No obstante, estos y otros pedagogos y educadores tenían por objeto investigar sobre la educación de los niños y los jóvenes, el aparato pedagógico más conveniente, así como su desarrollo en las distintas sociedades, inscritos por lo general bajo la perspectiva de “modelos” educativos. Allí encontramos lecturas sobre lo tradicional y lo nuevo, y sobre cómo los niños y jóvenes debían acceder al conocimiento, de acuerdo con el esquema imperante en determinado momento y coyuntura histórica. El hecho de que estos investigadores hayan observado a los estudiantes no significa que en realidad hayan trabajado sobre lo que ha significado ser joven o niño, sobre lo que significa infancia y juventud, y más concretamente, sobre la historia de los niños (y las niñas), la historia de la infancia, la historia de los jóvenes y la historia de la juventud. Es cierto que nos han dejado muy buenos apuntes para hacer y construir esa historia, pero el trabajo, la construcción de la obra está iniciando al menos en Colombia.

Decir que antes no se hacía mención de los jóvenes en realidad es una afirmación muy difícil de sostener a la luz de los documentos y de los archivos antiguos. Más bien se trata de decir que los estudios históricos no habían tenido en cuenta a los jóvenes como objeto de estudio y que los historiadores fueron encontrándose con el tema poco a poco y en la medida en que los estudios tomaron convergencia hacia otras disciplinas que contribuyeron a señalar los caminos de investigación.

Por lo menos un caso nos sirve para ilustrar ese recorrido en América Latina. El historiador cubano Jorge Ibarra (1931-2017) menciona que en su país la juventud se “proletizó” en la década de los años 50. Ese factor hizo que los jóvenes fueran más partícipes de sus procesos políticos y que su presencia fuera esencial en el proceso revolucionario de 1959. La juventud en Cuba tuvo un papel protagónico más fuerte a lo largo de su historia que en otras regiones de la América Latina. Posiblemente, la posición geográfica de la isla, como una especie de centro civilizatorio para el proyecto colonialista español, la llevó a servir como puente entre Europa y las distintas regiones del imperio español.

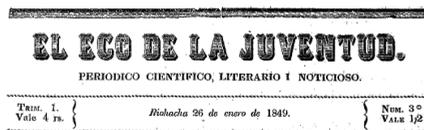
Por allí pasaron, además del oro, la plata y las especies, toda suerte de mercancías, viajeros y, desde luego, todo aquel engranaje multicultural procedente de distintas latitudes. Habría que pensar en las verdaderas dimensiones del tráfico y transporte de mercancías y personas, así como de bienes culturales entre el siglo XVI y el siglo XX, para concebir la dimensión del “*mare nostrum*” americano.

La afirmación de Ibarra se soporta en una observación que realiza a una obra titulada *Historia de la Universidad de la Habana*, de autoría de los historiadores Ramón Armas, Eduardo Torres y Ana Cairo (1984), en donde Ibarra encuentra que, en más de 900 páginas, solo hay una dedicada a los estudiantes. No podía ser posible que los más numerosos actores de una universidad solo tuvieran una página en todo un libro. Se sorprende, puesto que en su investigación sobre la *Historia de Cuba* (Ibarra, 1971), encuentra que los jóvenes fueron actores principales de diferentes procesos en el tiempo, pero que por alguna razón su participación se minimizó, se ocultó, se escondió tras las gestas narradas tanto desde la historia oficial como desde aquellas construidas en campos de la historia alternativa.

Este caso se repite en otras historias, como pasó en la colombiana. ¿Dónde están los jóvenes si fueron protagonistas de las gestas? ¿Por qué no aparecen de manera tan clara sino hasta finales del siglo XVIII, cuando los vemos en los círculos granadinos como los que describe Renán Silva como jóvenes ilustrados? La respuesta, posiblemente, sea aquella que desde distintos campos se ha venido tejiendo en un afán de demostrar que solo se puede pensar en los jóvenes a partir de su autorreconocimiento, y que esto se evidencia con claridad a mediados del siglo XX con los movimientos contraculturales que derivaron en el *rock and roll*, el feminismo, el movimiento beat, el movimiento *hippie*, el conocido Mayo del 68 y la ola de movimientos estudiantiles por buena parte del mundo occidental. Estos son los más conocidos, pero si analizamos la historia colombiana, son bien conocidos los festivales estudiantiles de los años 20, las manifestaciones de los jóvenes católicos de los años 30 o las acciones de los estudiantes en los años 50. ¿Dónde está esa historia? ¿Y más atrás, en el siglo XIX y anteriores? El vacío se puede llenar con obras de carácter histórico nacional o regional que, ocasionalmente, tenían en cuenta la edad de un prócer para destacar su vigor, su valentía, su osadía o su semblante juvenil, para inspirar a otros y para destacar a una figura política, o, en menor proporción, para explicar sus errores. Lo cierto es que estas referencias se ajustan más a las perspectivas de la historia tradicional, a pesar de que algunas obras corresponden a líneas de la nueva historia social y cultural. Aún en la historia nueva se inscriben perspectivas tradicionales.

Así, los jóvenes y las juventudes no aparecen, porque simple y sencillamente no eran el objeto de los trabajos históricos. O bien se trata de relatos biográficos y autobiográficos que resaltan la infancia y la juventud para legitimar o expli-

car el carisma del adulto, o bien, son elementos descriptivos para mostrar la composición de un movimiento social, como en el caso del tema de la historia del estudiantado, o como parte de un proceso donde los jóvenes son importantes para mostrarlos como parte de la renovación política, la renovación de las juventudes partidista. De allí que, a pesar de no existir una historia de las juventudes liberales o conservadoras, se hallen distintos documentos con proclamas inscritas desde el siglo XIX por las “juventudes conservadoras” y las “juventudes liberales”.



“EL ECO DE LA JUVENTUD.” ejecución los editores del “Eco de la juventud” salvan su voto por ser parte interesada.
 SOCIEDAD FILARMÓNICA.
 La “Sociedad filarmónica” se halla hoy muy reducida por la inconstancia de muchos de sus miembros fundadores que cesaron de concurrir en el piano, con acompañamiento de usado ya bastante gloria con fundarla; se separa de ella, olvidando que siendo lo más digno, útil, concurar, es conservando que se adopta mayor crédito, i que es prueba de falta de voluntad i perseverancia abandonar en su principio una buena empresa, que no habia tocado otra dificultad para su perfecto desarrollo.
 Entre las personas convidadas que no concurren al concierto, notamos al Sr. J. Todavía así la instrucción i retardando la marcha mas Andrade que nunca se ha dignado asistir a los conciertos de la Sociedad, por sus pocos jóvenes que han formado la sociedad filarmónica los que merecen mayor galardón por haber perseverado i mantenido su existencia, luchando contra la escasez de recursos; mas todavía por algunos de los miembros, cesantes deben aun mucho de sus pequeñas contribuciones mensuales. Sin embargo la Sociedad tuvo el gusto de escuchar a nuestro hijo que rido bello-sexo con un breve concierto i baile el domingo 14 del actual en casa del Sr. Juan Gómez Osty; el cual no pudo ser muy conocido por el mal tiempo que aquel día hizo, ni por el mejor ejecutado por la preciosa con que se preparó. En él se ejecutaron por los Sres. Manuel Andrade, Gabriel Riveira, Antonio Berrón, Florentina, Manuel Cotes i Juan Manuel Berrón algunas bellas temas de Mozart i variaciones del “Pajarito” i otras sobre un tema comun arreglada por el primero de estos señores para violín, flautas i guitarra. Sobró la taré en sus columnas las aclaraciones que so-

Periódico *El Eco de la Juventud*. Riohacha, 26 de enero de 1849.
 Fuente: Biblioteca Nacional de Colombia.

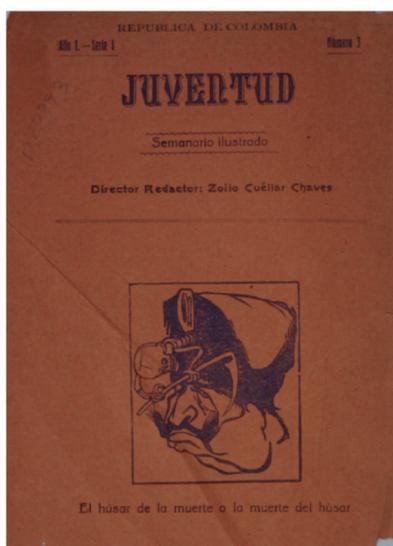
Para los historiadores interesados en el tema de la juventud, el reconocer que los jóvenes solo aparecen como tales a partir de los años 50 es un argumento parcialmente válido. Los documentos del pasado demuestran que esto no es así. Si es cierto que en esa década se expresa un aumento de la producción literaria, artística, musical y política en donde los jóvenes son protagonistas. Sin embargo, la historia nos demuestra que esto se ha dado en distintos momentos y que, por ejemplo, la década de los años 20 fue prolífica en expresiones juveniles, que van desde la música como el *swing* y el tango, hasta las expresiones culturales proclamadas por el cine. ¿Y qué decir de la participación de los jóvenes rusos en lo que Alexander Herzen denominó como la “ida hacia abajo”? ¿Y los jóvenes de la revolución de 1848? ¿Y los jóvenes de la antigua Grecia cuya sociedad se desvelaba por preservar la eterna juventud? Eso sin contar los miles de niños y jóvenes sacrificados en cientos de guerras alrededor del mundo, cuyo vigor y sacrificio solían ser magnificados en odas como las del “Tamborcillo sardo”,

en el libro *Corazón*, del italiano Edmundo de Amicis, hasta las que podemos encontrar en Colombia, en casos como los de Pedro Pascasio Martínez, un niño de 13 años (niño o joven) que se niega a recibir un soborno para no entregar al coronel Barreiro.

Los casos abundan en la historia, pero no la historia de esos casos. Podemos pensar que el aparato de consumo, tanto como el aparato ideológico y cultural llevan a pensar que la presencia y participación de los jóvenes es mucho más reciente. Lo que ocurre es que ahora los vemos más, tienen posibilidades de hacer diferencia a partir de los consumos culturales, de los usos y prácticas y del aparato simbólico y tecnológico que los rodea. Y claro, ahora nos preocupamos mucho más por ellos, reconociéndolos a partir de los derechos promulgados para niños y jóvenes, cosa que evidentemente no se hacía en el pasado.

Los jóvenes han sido protagonistas esenciales, aunque también a partir de la mitad del siglo XX, grandes consumidores. Así mismo, es también importante indicar que ese proceso de autorreconocimiento no se dio de un momento a otro, sino que se fue construyendo con el tiempo; no en años, sino posiblemente durante décadas y hasta siglos; en términos de corta, mediana y larga duración, como también lo explicó Georges Duby (1964, pp. 835-846) al referirse a los jóvenes en la Edad Media y hacerse las mismas preguntas por su existencia. No es coincidencia que el reconocido historiador publique este ensayo justo en medio de la ebullición de los movimientos contraculturales juveniles de aquella década, así como de los estudios que empezaban a reivindicar la aparición de la juventud como actor social. Duby llama la atención al mostrar que las investigaciones históricas revelaban que la aparición de las juventudes ya se había dado con cierta importancia en tiempos anteriores, aunque no con las dimensiones mediáticas propias del siglo XX. De esto también habla Le Goff (1996) cuando se refiere al papel del estudiantado en el siglo XIII.

Así, por ejemplo, es cierto que los jóvenes que participaron en las independencias latinoamericanas, en particular los oficiales y suboficiales, pertenecían en su mayoría a sectores acomodados, a las élites criollas; y que, siguiendo el argumento tradicional, solo anhelaban ocupar los cargos públicos de los blancos españoles. Pero también poseían esa vitalidad biológica y anímica que caracteriza a los jóvenes. Eran enamoradizos de las gestas y las hazañas. Las habían leído y, claro, las querían vivir. A su vez, ejercían autoridad sobre tropas, en muchos casos formadas por jóvenes y niños.



Periódico *Juventud*. 17 de julio de 1915. Bogotá.
Fuente: Biblioteca Nacional de Colombia.

La noción de independencia estuvo vinculada a la que se tenía sobre el amor, la lucha, la libertad, el honor, las riquezas, la gloria y, desde luego, la juventud. El siglo XIX fue tipificado por lo “joven”, en lo político; incluso, además de la “joven Italia”, también se hacía referencia a las “jóvenes repúblicas americanas”. Sin duda, la juventud es la etapa en donde los obstáculos se pueden sortear, en donde se trazan caminos y se define el futuro personal de hombres y mujeres; esto se manifiesta en la constitución o no de una familia, de un trabajo o una profesión para vivir, en la necesidad de una serie de objetos mínimos para vivir rodeado de cierta comodidad, de tener y vivir; es decir, de reunir esos adnículos que Thorstein Veblen (2004) denomina como necesarios para la “clase ociosa”.

Lo mismo encontramos en los escritos de los jóvenes que se articularon en los círculos democráticos de mediados del siglo XIX en Colombia. Los clubes Escuela Republicana y la Sociedad Filotémica estaban conformadas por jóvenes acomodados, políticamente organizados y generacionalmente vinculados a la crítica frente a los mayores, a los veteranos de la guerra de la independencia. Produjeron sus propios periódicos, establecieron círculos políticos y literarios, y fueron leídos e interpretados como los “jóvenes de mitad del siglo XIX”. Fueron capaces de contradecir a sus mayores, generales y políticos curtidos en las guerras emancipadoras, y de incluir una nueva perspectiva de Europa, distinta a la colonizadora. La profesora Luisa Fernanda Cortés (2014) ha explorado un poco más acerca de ese cambio entre la percepción de una Europa colonizadora y otra después de la Independencia, que se incrustó como eje y modelo

de la cultura en Occidente. Las élites de entonces, en el marco de su proyecto hegemónico, enviaban a sus hijos jóvenes a París o a Londres, para “empaparse” de la civilización. Si nos preguntamos cuáles eran los jóvenes de esa mitad del siglo XIX, encontraremos que los más visibles eran aquellos vinculados con las Sociedades Democráticas, con los partidos políticos en formación y con la prensa.



INTROITO.
 Soy Bogotano nacido en el barrio de las Nieves i no digo la calle porque quiero quedar incógnito, por multitud de razones que para ello me asiste. Mi padre, pobre como yo pero honrado, murió dejándome en edad tierna sin haber podido hacer por mí una que casarse me a leer, escribir i contar i la doctrina cristiana. Cuantas veces después de haberle dado mi lección i en premio de mi consero, me refería la revolución de 1810, sus padecimientos después de ella, la guerra de la independencia, las acciones en que se encontraba, i por último, una sola vez me mostró dos grandes cicatrices que tenía en el pecho, señaladas indelebles de su patriotismo i de su valor que le inutilizaron, i que según el me dijo al morir le acortaban la vida. Nunca oístevo pensión, ni solicitó nada en recompensa de sus servicios. Mi madre viuda, quedó privada de aquel apoyo i pensaba destinarme a aprender un oficio; pero las instancias i ruegos anuales pecuniarios de un amigo de mi padre la decidieron a dejarme entrar al colegio. Estudí cachicha con el Dr. Mariano Becerra, filósofo con diferentes categorías, i hoy me encuentro sin haber concluido mi carrera por falta de recursos, i porque la larga i última enfermedad de mi desgraciada madre me obligaron a suspenderla para consagrarme más a mi familia pero sin dar nada. La paga de encontrarme solo en el mundo sin apoyo i sin recursos de

comer no me dejaron continuar inmediatamente los estudios, i tuve que irme a dirigirme en el campo una escuela particular, oficio que me desagradó en extremo, por lo que regresé i me concentré en una escribanía. Después auxiliado por algunos condiscipulos i por personas a quienes les he escrito he continuado con esas, sin libros, sin rope i jetado de lo más necesario. Conocidos mi nacimiento i mi actual posición social he una descripción de mi persona. Soledad una estatura regular, mis ojos son francos i apacibles, como los de todos los que sufren con exigencia; mi constitucion es robusta i sana merced a que en mi mesa no se conocen guisos, especias, licores ni nada de lo que agrada al paladar con perjuicio del estómago; tengo una cicatriz en la frente recibida en una guerra que tuvimos en Fucha los muchachos de la escuela de las Nieves, imitando las contiendas civiles del año de 1830. Mi vestido se reduce a chaqueta i calzón de paño de color oscuro por el mucho uso, aunque para mi no eran todavía vigesestas prendas, por no hacer mucho que me las regularon: un capote de calzonos oyras orillas tienen ya lleco del mismo jénero: un sombrero de jipijapa que me regaló el escribano a quien le escribo, i unos que como en la calle, cuando un estado parecido al en que yo me encuentro obliga a los zapateros a vender barato. Si embargo de esta pobreza, mi permanencia en las escribanías me ha relacionado con algunos abogados que me

Periódico *El Estudiante*. Domingo, 28 de mayo de 1848.
 Fuente: Biblioteca Nacional de Colombia.

¿Y los otros? Desde luego que también los encontramos incrustados entre los jornaleros, el personal doméstico, el artesano, el campesino y también entre hacendados y militares, tanto como entre aquellos señalados por vagancia y delincuencia. Estos eran menos visibles, pero estaban allí, existen huellas; y es labor del historiador escudriñar los archivos y buscarlos con lupa para hallar sus huellas, para indagar si existía alguna representación social como jóvenes. No basta con saber que había jóvenes, por ejemplo, entre los colonizadores de Antioquia. Jóvenes siempre han existido en todas las sociedades. Se trata de indagar por las huellas que como jóvenes dejaron tras de sí. Es posible que muchos de los que podemos considerar desde el presente como jóvenes, jamás se hayan leído en ese sentido; tal vez más, como hombres pequeños o en formación, pues el lujo de ser llamado joven, de pertenecer a la juventud y reivindicarse como parte de un grupo etario llamado *jóvenes* estaba más bien reservado a un grupo bien limitado de “señoritos” y “señoritas”, hijos de padres y madres acomodados y con alguna influencia política y cultural.

Es posible que si hoy preguntáramos lo mismo: ¿dónde están los jóvenes?, diríamos que están en todas partes, pero los que más se hacen visibles son los

que se desenvuelven en el marco de las llamadas “culturas juveniles urbanas”. ¿Y los otros jóvenes, los que no se vinculan a estos grupos urbanos como los campesinos o los indígenas? ¿Son ellos representados por sus pares, en las oficinas dedicadas a ellos en el Gobierno? Posiblemente, no. Esa también es una labor para que un historiador escudriñe en los archivos notariales y judiciales, tanto como en los distintos repositorios regionales.

El lector podría indicar que estamos forzando la historia, pretendiendo construir una historia de los jóvenes donde no se ha escrito nada, o más bien poco, al respecto. Jacques Le Goff (1997), en *Pensar la Historia*, nos indica que hay una gran variedad de obras que hablan de la “historia”: historia de las cosas, historia de la naturaleza, historia de los animales, historia de la ingeniería, de la tecnología, del vestido y así sucesivamente. Hay una variedad de historias, pero no todas, en realidad, son historia. Algunas representan un acumulado de información importante, pero desconocen la naturaleza del campo de investigación histórico. Precisamente, Jorge Ibarra reclama que muchas de las obras en la historia cubana fueron hechas por historiadores de escritorio, de oficio, que nunca conocieron un archivo, que no pasaron los umbrales de los documentos secundarios; y se quedaron con las menciones de los primarios, que tampoco conocieron.

Hoy día podemos cotejar aquellas fuentes y verificar si una cita en realidad corresponde con la fuente original o simplemente fue una copia de otro texto en donde este se citaba. Estos son los problemas a los que se ve abocado el historiador en la actualidad. La corroboración de fuentes, la copia sin citas o la invención de páginas, palabras e incluso hechos implica —con la ayuda de las herramientas tecnológicas actuales— verificar y, por qué no, como lo señaló el historiador británico Eric Hobsbawm, re-pensar y re-escribir la historia, labor que, según él, debe hacer cada nueva generación de historiadores.

De esta manera, no es extraño pensar que la historiografía en el mundo ha producido tanto como para dar por concluido que los jóvenes surgen apenas a mitad del siglo XX. Algunos trabajos ya reclaman ese estatus para ser desempolvados nuevamente y utilizados como referentes de lo que en su momento fue olvidado o no tenido en cuenta por múltiples razones, como la circulación de la información, la traducción de obras completas, el tiempo de circulación que podía ser de décadas, o la falta de interés en un tema en particular. Eso, posiblemente, es lo que ocurrió con una obra que, a mi juicio, se constituye en una de las primeras en castellano, y sirve como referente para una historia de los jóvenes. Me refiero a la obra titulada *Historia social de la juventud*, producida en 1975 por el historiador barcelonés Pere Pagès i Elies, conocido como Víctor Alba.

Víctor Alba fue profesor de la Universidad de Kent (Ohio, Estados Unidos). De abierta orientación marxista, el libro constituye un punto de referencia en los estudios contemporáneos de la historia de la juventud, ya que, aunque exis-

ten otros trabajos, este resulta ser un pilar para el análisis historiográfico. Aunque la obra es citada de manera frecuente, la parte que al parecer llama más la atención es la primera, que se refiere al concepto de juventud. Alba plantea el debate con la palabra *juventud*, relacionándola con una idea que cambia, que ha sido vista desde la psicología, la antropología o la sociología de manera diferente. Lo mismo, ofrece elementos para realizar una apreciación desde la biología, y se acerca a la discusión dada por Ortega y Gasset y Julián Marías relacionada con la teoría de las generaciones, a la que concede un buen apartado. Esta primera parte contiene cuatro divisiones. Los demás capítulos (del segundo al cuarto) se inician en el apartado 5 y van hasta el 27, en un recorrido que vincula los tiempos primitivos y asciende de manera casi cronológica hasta las juventudes de la década de los años 60 en el siglo XX en buena parte del mundo. Las descripciones van desde la revisión de la juventud en la Mesopotamia hasta la mirada a regiones como Israel, Japón o China. También dedica un apartado a Latinoamérica, lo cual resulta ser algo importante, aunque pocas veces observado por los autores que lo citan.

En lo que respecta al historiador, aunque la primera parte es importante, conviene revisar la forma como construyó esta “historia de la juventud”. Por un lado, se apegó a la línea cronológica hasta el siglo XV. Posteriormente, las descripciones van casi de manera simultánea y, si se quiere, se puede observar con detenimiento una apuesta por una historia comparativa. Así, tenemos en esta obra grandes líneas en su trabajo que se aprecian desde el contenido de la obra:

El pasado lejano:

● La juventud inexistente	● Tiempos primitivos: de niño a hombre.
● La juventud precoz	● En el Antiguo Oriente.
● El aprendiz de ciudadano	● Grecia, Esparta, Atenas Roma. El aprendiz de ciudadano.
● El joven esperanzado	● El cristianismo primitivo. De la comunidad a la Iglesia.
● El adulto precoz	● Edad Medieval, el paje y los escuderos, los estudiantes. ● Primeros movimientos juveniles.
● El joven desdoblado	● Del doncel al gentil hombre. Renacimiento y la Reforma.
● Jóvenes revolucionarios	● El joven ilustrado. La juventud revolucionaria. Las revoluciones burguesas.
● La juventud prolongada	● Industria y joven obrero, el joven romántico. En la Revolución Industrial.

● La juventud idólatra	● Asociaciones juveniles alemanas, la Joven Europa. Siglo XIX
● La juventud ideologizada	● Obreros, anarquistas socialistas, sindicatos. Segunda mitad del siglo XIX
● La juventud desesperada	● Vísperas de la Primera Guerra.
● La juventud utilizada	● Generación superviviente, comunismo, fascismo y juventud. Entre dos guerras.
● La juventud despertada	● La juventud en la resistencia y en medio de la guerra.

Elaboración propia, basada en la *Historia Social de la Juventud*, obra de Víctor Alba.

Estas relaciones permiten construir unos referentes no planteados en alguna obra previa o posterior a la obra del barcelonés. La forma como construyó Alba la relación adjetiva es novedosa debido a que, sin pretender hacer generalizaciones, logra condensar lo que pudo haber sido la juventud en un momento específico. Para soportar esto, recurre al uso de archivos y documentos primarios que, sin aparecer forzosamente, van convenciendo al lector del porqué del uso de esas calificaciones respecto a los jóvenes. En su argumentación, se observa además que tales referencias tienen mayor sentido en la medida en que corresponden a los procesos de formación de las naciones, principalmente europeas, de sus aparatos religiosos, económicos y políticos.

En la segunda parte de la historia de Alba, se observan de nuevo descripciones de la juventud para cada periodo o lugar del mundo, pero esta vez las referencias para las juventudes corresponden a los sentimientos, a las asociaciones de estas y a una expresión de aparente “crisis”, que también es equiparable al momento en que se escribió la obra en 1975:

Nuestra época:

● La juventud aterrada	● Guerra Fría
● La juventud frustrada	● En el Tercer Mundo
● La juventud comunitaria	● En Japón, Israel y China
● La juventud exasperada	● América Latina
● La juventud separada	● A partir de 1960
● La juventud contestataria	● Los estudiantes desde 1960
● La juventud inédita	● Los jóvenes obreros desde 1960
● La juventud integrada	● La subcultura juvenil actual
● La juventud independizada	● Los modos de vida juveniles
● La juventud interpretada	● Las teorías sobre la juventud actual

Elaboración propia, basada en la obra *Historia Social de la Juventud* de Víctor Alba.

En conjunto, Alba deja claro que no hay una sola juventud en ninguna parte y que, pese a los procesos de globalización, incluso las juventudes actuales son diferentes entre sí, aunque los lenguajes culturales insistan en procesos de homogeneización.¹⁶ Para Alba, la juventud es la edad viril, y varía de época tanto como de contexto. Lo único es que se halla entre la niñez y el mundo adulto; por tanto, si la idea de juventud es estable en el sentido en que, en cualquier periodo histórico se considera como la edad entre la niñez y la edad viril, la definición puede variar mucho en términos de número concreto de años. En general, cabe decir que cuanto más modernizado es un país, cuanto más se avanza hacia la época contemporánea, tanto más se prolongan la niñez y la juventud. En la Antigüedad, por ejemplo, se era niño hasta los ocho o diez años, y a partir de ese momento se entraba en la juventud, que solía terminar a los dieciséis o diecisiete. En la Edad Media, cuando los hombres se casaban muy jóvenes, la juventud terminaba a los quince o dieciséis años. Hoy, la juventud se prolonga, en el concepto social de esta, más allá de la mayoría de edad (Alba, 1975, p. 15).

Así, entendemos la juventud como una etapa, un momento vital, pero con un tejido político, cultural y económico de vastos confines psicosociales, afincados en una aparente “crisis”, calificada por el mundo adulto que ve en la juventud una oportunidad para corregir lo que, en su momento los ahora mayores, no pudieron; pero también para tratar de *ser* a través de sus hijos, tomar decisiones y salvaguardar el futuro, mismo que ellos tampoco fueron capaces de cuidar por lo menos, de hacer lo correcto. Por eso, la juventud es sospechosa, es una *edad media* cruzada por un aparente velo oscurantista, en donde la rebeldía, la desobediencia o la acción antes que la reflexión llevan la batuta; por lo menos en los centros más occidentalizados; aunque en realidad, esto difiera en las zonas rurales y entre las comunidades campesinas y aborígenes alrededor del mundo. También entendemos que la variación en el concepto tiene que ver con la longevidad de una población, de acuerdo con sus desarrollos, en términos de satisfacción de necesidades básicas.

Uno de los problemas para realizar una *historia de los jóvenes* está en la dificultad de definir el sector poblacional joven de una sociedad. Para el historiador, no basta solo con tener elementos teóricos que provienen de otras disciplinas, como la biología, la sicología, la sociología, la antropología, incluso

16 Un ejemplo es la forma como se vive un consumo cultural como el *rock*. Aunque en América Latina existen bandas y roqueros, la hegemonía cultural tradicional demanda la imposición de otros ritmos. Vivir en medio de los prejuicios generados por sociedades rigurosamente religiosas, ancladas en la moral, implica un desafío diferente al que vive un joven que escucha la misma música en Oslo, en Madrid o en Nueva York. Aunque comparten elementos comunes, estéticas, música e, incluso, la segregación de los grupos tradicionales, persisten elementos propios en cada cultura que los hace más o menos violentos, más o menos cultos frente a la misma música y al comportamiento frente a las mismas prácticas. El asunto es atravesado por la educación.

la política y el derecho, sino que además debe indagar por la pertinencia de la lectura de un concepto para analizar el pasado de las poblaciones más jóvenes de una sociedad, o si existe la necesidad de utilizar otras categorías más adecuadas a sus contextos y tiempos. Es relativamente más fácil hacer historia de un país o de una clase social, porque se trata de conceptos con límites definidos y con cierta homogeneidad, tal y como lo afirma Alba; pero la historia de grupos que no se basan en territorio, lengua o posición social, sino en otras características, resulta mucho más compleja, y escribirla es como avanzar por un terreno inestable.¹⁷ Así pues, la juventud se fundamenta en una construcción cultural, histórica que, como afirma Víctor Alba (1975), “es estable en el sentido de que se considera, en cualquier periodo histórico, como la edad entre la niñez y la edad viril; en términos de número concreto de años, la definición puede variar mucho” (p. 15).

De acuerdo con la perspectiva de Víctor Alba, adoptar desde la historia un criterio único frente al concepto de *juventud* o de *joven* es muy complicado; por tanto, lo adecuado es interpretar el significado de la juventud en el contexto particular en el cual se produce, y este no puede ir más allá de indicar que es un periodo entre la niñez y el mundo adulto, “porque esto sería antihistórico” (1975, p. 16).

Alba (1975) afirma que:

La juventud no forma un grupo aislado, sino que existe dentro de sociedades determinadas, en determinados periodos. Se es joven siempre en un contexto concreto, no en abstracto. Esto quiere decir, desde luego, que lo que cada edad y sociedad consideran como joven, será para esta historia, la juventud. (p. 16)

En ese sentido, Alba (1975) indica que el trabajo del historiador requiere más esfuerzo, pues no basta con describir a los personajes que se dieron a conocer antes de cierta edad, fijada de manera arbitraria. Del mismo modo que una serie de biografías de mujeres célebres no sería una historia de la mujer o una lista de niños precoces no sería una historia de la juventud (p. 16). Por eso, Alba agrega que quien realiza una historia social y cultural de la juventud debe tener en cuenta lo que la sociedad ve como juventud, lo que los jóvenes piensan y sienten sobre sí mismos, y lo que los adultos piensan y sienten acerca de los jóvenes de su época. Además, hay que tener presentes otros aspectos en el análisis narrativo expresado en la envidia a los jóvenes por parte de quienes ya no lo son; sumisión o rebelión de los jóvenes respecto a los adultos; respeto

17 Según el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua (2001), la palabra “juventud” se define como ‘edad que se sitúa entre la infancia y la edad adulta’, ‘estado de la persona joven’ y ‘conjunto de jóvenes’. También se refiere a ‘primeros tiempos de algo’, como en la juventud de un astro o del universo. Se relaciona con “energía, vigor, frescura”, y puede ser interpretada en conjunto como una “rama juvenil de una formación política, religiosa o cultural”.

o desdén por la vejez; conformismo o inconformismo de los jóvenes y muchas otras actitudes posibles (p. 16). Los cambios en estas interpretaciones obedecen a los cambios de la sociedad, es decir, a las instancias coyunturales y a los acontecimientos que subyacen en ellas:

Es frecuente hoy considerar que los jóvenes son, por naturaleza, rebeldes. Esto es así en unas épocas y en otras no lo es. Como además suelen equipararse rebeldía con aspiraciones revolucionarias, se dice que los jóvenes han sido siempre revolucionarios... y si bien ha habido jóvenes y movimientos juveniles revolucionarios, y hasta épocas en que podía considerarse que la juventud en su conjunto era revolucionaria, las ha habido también en que el calificativo adecuado sería el de conservadora, y otras en las que cuadraría mejor el de reaccionaria. Ha ocurrido a veces que cualquier cosa defendida o reclamada por la juventud se ha considerado revolucionaria, simplemente porque eran los jóvenes quienes la propugnaban, cuando en realidad, medidas esas aspiraciones por criterios ideológicos, sociales, etc., unas veces encajaban en el adjetivo revolucionario, pero otras no engastaban en él, sino que más bien resultaban reaccionarias. (Alba, 1975, pp. 16-17).

Alba señala ejemplos, como el hecho de que quienes más defendieron el esclavismo en Estados Unidos fueron los jóvenes; y que quienes apoyaron a Hitler con más entusiasmo no fueron los mayores, sino los jóvenes; y, que si el conseguir la adhesión de la juventud diera derecho a ser revolucionario, el sistema de esclavitud y el fascismo deberían considerarse revolucionarios.

Otro punto que se debe tener en cuenta se relaciona con el hecho de que, al inscribirse como un periodo de transición, la juventud genera una nostalgia entre quienes ya dejaron de pertenecer a ella; de tal forma que aparecen quienes la extrañan, quienes la divinizan o quienes la critican. De manera similar, en muchos casos los jóvenes envidian y menoscaban a los adultos, los consideran responsables de cuanto les desagrada en el mundo, y dejan de lado la experiencia de los mayores. Esta ha sido una constante histórica en la cual solo se altera la manera de expresar esas actitudes: "la capacidad o incapacidad de fijar límites y las condiciones que permiten que predominen las unas o las otras" (Alba, 1975, p. 17). Queda, además, recordar que la juventud es menos visible para los jóvenes que para quienes ya no pertenecen a ella.

Así, la juventud forma parte de la experiencia general. Hay historiadores que nunca han sido obreros, campesinos, burgueses o nobles, pero ninguno de ellos puede negar que fue joven. La juventud es, pues, algo que cada uno lleva consigo, de un modo u otro, cuando se deja de ser joven; nadie, en consecuencia, puede mirar a la juventud sin comparar de algún modo lo que ve con lo que recuerda. En todo juicio sobre la juventud se halla implícito un juicio sobre la propia juventud pasada. Víctor Alba advierte que, por estas razones, tampoco es posible tener un juicio imparcial y objetivo de los adultos por parte de los jóvenes. Visto así, no solo los límites de la juventud plantean problemas

al historiador, sino otro tanto puede decirse de los modelos propuestos a los jóvenes en diferentes épocas. Igualmente, deja entrever el problema de la escritura, de las fuentes y de la posición (no solo política o cultural) vital desde donde se escribe.¹⁸

Una década después, en 1986, la publicación española *Revista de Educación* incluyó, en la edición 281, una serie de trabajos que giraban en torno a la infancia y la juventud. Los autores de estos ensayos, así como las temáticas, permitieron marcar los rumbos de uno y otro tema:

- *La infancia*, de Philippe Ariès.
- *La incorporación de la infancia en la historia de la educación*, de Bárbara Finkelstein.
- *Historiadores y sociólogos en busca de la infancia: apuntes para una bibliografía razonada*, de Simonetta Ulivieri.
- *Aproximación a la infancia y la juventud de los marginados: los expósitos barceloneses del siglo XV*, de Teresa María Vinyoles.
- *Jardines de niños, jardines de Dios. Kindergartens y guarderías en Alemania en el siglo XIX*, de Ann Taylor Allen.
- *Aproximación genealógica a la moderna percepción social de los niños*, de Julia Varela Fernández.
- *Historia de la infancia y la juventud en Europa Occidental y en los Estados Unidos, 1630-1680*, de Ann Schneider.

Es interesante resaltar que los autores tienen claro el papel de los historiadores en el tema y tratan de deslindarlo del interés tradicional por la historia de la educación y la pedagogía. Los ensayos conducen a señalar que han existido otros autores que han escrito al respecto, pero que era necesario tomar a la infancia como centro de los estudios históricos y no como un apéndice de ellos.

Posteriormente, en 1996, los historiadores Jean Claude Schmitt y Giovanni Levi, se dieron a la tarea de construir una obra que se convirtió en punto referencial: *Historia de los jóvenes* (en dos volúmenes). Contiene 17 ensayos de otros historiadores, la mayoría europeos, que bajo su dirección exploraron la presencia de los jóvenes a través de la historia, así como las distintas formas de participación de los sectores más jóvenes de la sociedad occidental desde la Antigüedad hasta la contemporaneidad. En la introducción teórica, Schmitt y Levi (1996) establecen los problemas de la definición de la categoría de joven para la historia. Afirman, por ejemplo, que cuando se habla de mujeres en la

18 En este sentido, conviene pensar un poco en la teoría de los “campos culturales”, de Pierre Bourdieu.

historia, se tiene claro de quiénes se está hablando, pues independiente de si han sido o no vistas de tal o cual forma, siguieron siendo mujeres, jóvenes o adultas, pero mujeres, al fin y al cabo. La juventud, en cambio, es un concepto cuya construcción se relaciona con el contexto y que, además, reconoce a los jóvenes como pasajeros, en tanto se encuentran en un estado temporal de habitar en una sociedad particular, siendo hombre o mujer, si bien “la diferencia entre muchachos y muchachas, ya bien acentuada en la socialización infantil, encuentra en la juventud las formas de su institucionalización” (p. 14).

Esa obra es fundamental, ya que, en sus propias palabras, “escribir una historia de los jóvenes, implica, por consiguiente, una pluralidad de perspectivas: en la medida en que es el término de una fase de socialización previa a la edad adulta, la juventud reúne en sí numerosos aspectos del momento ‘liminal’” (Schmitt y Levi, 1996, p. 11).

Al depender de lo que los sentidos pueden percibir, el concepto de juventud se altera según las circunstancias y los contextos a que se haga referencia. Así, en una sociedad, ser joven puede existir únicamente para una clase social, mientras que, para otra, no existe ninguna o corresponde a una idealización.¹⁹ De igual manera sucede si tenemos en cuenta aspectos como lo urbano y lo rural, la política, la cultura o las nociones de género. Así, la juventud termina siendo un grupo social ritualmente organizado o políticamente activo en determinados momentos de la historia. También están las clasificaciones en torno a la edad, la correspondencia jurídica o la interpretación política. Estas contienen un valor indicativo, pero “no bastan para definir los contextos de una historia social y cultural de la juventud”, pues adolescencia, juventud, jóvenes, pubertad, en apariencia hacen relación a lo mismo, pero no definen el mismo sentido ni ahora ni hace cien años: “Una vez restablecidas en su contexto, las palabras, las categorías y las clases recobran para el historiador todo su peso” (p. 16).

En la introducción, Schmitt y Levi (1996) señalan que, además de la dificultad para establecer un concepto fijo, están las que resultan de la prevención social, política y cultural de los sectores más adultos:

No solo los límites de la juventud plantean problemas al historiador, sino que otro tanto puede decirse de los modelos propuestos a los jóvenes en cada época. Así como la publicidad exalta los valores de la juventud (belleza, fuerza, rapidez, energía, libertad, etc.), la vida social cotidiana siente más bien cierto

19 En este sentido, el reconocimiento de los jóvenes después de la década de los años 50 corresponde a un proceso histórico donde convergen la cultura, la economía, la política y otros campos del conocimiento. En particular, los desarrollos de la psicología llevaron a producir numerosos estudios acerca de la adolescencia y, desde la sociología, a desarrollar campos para interpretar el despertar cultural de los jóvenes en torno a la década de los años 60, donde el *rock and roll*, el movimiento *hippie* o el feminismo impulsaron los estudios sobre estas poblaciones.

temor hacia los jóvenes debido a los disturbios que podrían causar en opinión de los defensores de los convencionalismos. (p. 9)

Levi y Schmitt (1996) afirman que para hacer una historia de los jóvenes es muy difícil sobrepasar las barreras de las clases sociales y las desigualdades, en donde se magnifica a unos jóvenes mientras se anula a otros. Además, “la diferencia cultural entre muchachas y muchachos, ya bien acentuada en la socialización infantil, encuentra en la juventud las formas de su institucionalización” (p. 15). Lo que sí es claro es que, desde la existencia de las sociedades humanas, los jóvenes han sido actores principales, aunque como tales, pocas veces han sido registrados en los anales históricos. Así, la alegría y la vitalidad de muchas urbes desde la Antigüedad fueron dadas por la presencia de los jóvenes, quienes se encargaron de los jolgorios, de las fiestas, de las celebraciones, fuente de inspiración de los juglares y románticos del ayer, de los movimientos sociales y revolucionarios en el 68 y en la Primavera Árabe, y también, desde luego, de los diseñadores de moda, la publicidad y el *mainstream*, hoy día.

Este tránsito nos conduce en un viaje en el cual historiadores como Alain Schnapp describen a los jóvenes en las ciudades griegas, civilización que rindió culto a la belleza juvenil y cuyas expresiones se ven aún en el arte y la escultura, como en la alfarería. Por otro lado, el historiador Augusto Frascchetti nos recuerda que Tito Livio relata que dos gemelos, Rómulo y Remo, decidieron fundar una ciudad para sus amigos, todos ellos jóvenes y varones. Fue la primera ciudad fundada para los jóvenes y gobernada por ellos. Se trata de Roma.

Se afirma que el periodo de juventud de Rómulo y Remo se caracteriza por las cacerías, las peleas, las bandas, las carreras y la desnudez, y en cierta forma, la falta de algunas costumbres que luego caracterizarían a Roma. Los mundos de los jóvenes judíos, de los caballeros o de las costumbres medievales se encuentran en el *Volumen 1*. El desorden, el mundo cortesano y el desafío en tiempos del absolutismo reflejan la presencia juvenil hasta los albores de los tiempos modernos, que se contrastan con las experiencias en la guerra, en la enseñanza, la presencia juvenil en las fiestas o en el Tercer Reich, tanto como la rebeldía en los Estados Unidos, que se encuentran en el *Volumen 2*.

Con ello se rompió la consecuente idea de recurrir en forma constante a los referentes de la Escuela de Chicago, así como a la mención de la obra de Rousseau. Lo importante de esta obra era que mostraba que había tantos y tan variados temas que, desde luego, era muy poco lo que en realidad se había trabajado desde la historia. En ese sentido, a la par de los desarrollos teóricos de campos como la sociología, la antropología y la psicología por aquella misma época, la obra se planteó un punto referencial de partida, que fue seguido más tarde por algunas publicaciones.

Así, en el año 2004, la revista *Mélanges de la Casa de Velásquez* hizo una publicación con tema central los “*Jóvenes en la historia*”. Como su presentación lo indica, la obra pretendía “ofrecer una perspectiva histórica de la juventud y de las imágenes que proyecta en diversos periodos cronológicos”. En ella, ocho autores debatieron acerca de la juventud en diferentes momentos de la historia, pasando desde los jóvenes en los poemas homéricos, las mujeres jóvenes en la baja Edad Media, el imaginario del joven en la cultura ibérica hasta los jóvenes en las entreguerras y en la contemporaneidad. El conjunto de los textos demuestra, además de la presencia de la juventud en la historia, la necesidad de revisar la amplia bibliografía en donde esta aparece, así como la importancia de revisar archivos antiguos y otro tipo de documentos como los que se ofrecen desde la iconografía y la literatura.

En esta misma revista, apareció un ensayo de la historiadora Sandra Souto Kustrín (2004) titulado *El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes. Juventud y movilización en la Europa de entreguerras*. Souto ha liderado los estudios sobre la historia de la juventud en España y en Europa, principalmente en los periodos entre guerras. Su tesis parte del hecho de indicar que siempre ha habido jóvenes en la historia y que ejemplo de ello es la historia europea. En sus distintas publicaciones, revisa casos que van desde el periodo clásico de Grecia y Roma hasta la Revolución Francesa de 1848. En ese análisis, indica que fue hasta el desarrollo de la Revolución Industrial cuando se le puso más atención a la juventud, en la medida en que esta empezó a formar parte de las fuerzas de trabajo, así como de la capacidad de elección.

Agrega Souto que, por consideraciones de edad, los jóvenes no han formado nunca un todo homogéneo, sino que han reflejado las divisiones económicas, sociales y políticas existentes en la sociedad. Además, el fenómeno que conocemos como Modernización tuvo diferente ritmo y cronología en los distintos países, de forma que la construcción de una historia de los jóvenes va de la mano de este ritmo. Así mismo, Souto critica el funcionalismo de Talcott Parsons (quien interpretaba a las culturas y protestas juveniles como resultado de una anomia, de la falta de unas normas consistentes para dirigir la conducta; en suma, como una situación anormal) y agrega que es desde las investigaciones históricas (o con una base histórica) cuando más se ha avanzado en el estudio del surgimiento y desarrollo de la juventud como grupo social, pues desde allí:

Se han ido introduciendo cada vez más dimensiones histórico-sociales, como el género o la raza, considerando que la juventud como fenómeno social depende, más que de la edad, de la posición de la persona dentro de varias estructuras sociales, entre las que destacan la familia, la escuela, el trabajo o las cohortes; y de las instituciones públicas estatales que, con su legislación, alteran la posición de los jóvenes (Souto, 2007, p. 173).

En América Latina, existen estudios de carácter histórico relacionados con los jóvenes, en particular los impulsados por el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJ). En el 2003, fue publicado un libro bajo la dirección de Maritza Urteaga Castro y José Antonio Pérez Islas, titulado *Historias de los jóvenes en México: su presencia en el siglo XX*. En él se presentan doce ensayos de carácter histórico donde los autores se preguntan acerca de cómo eran los jóvenes en México en el siglo XX, y “cómo se han formado las ideas, imágenes y roles que la sociedad les asigna”. Los compiladores indican que su objetivo no era generar una historia lineal, sino un estudio de aspectos y miradas múltiples de paso y tránsito de los jóvenes en el siglo XX. Por tanto, no se trata de una historia de la juventud, sino de varias historias que se refieren a varias juventudes.

También se encuentra el libro *Teorías sobre la juventud: las miradas de los clásicos* (2008), coordinado por Mónica Valdez González, María Herlinda Suárez Zozaya y José Manuel Pérez Islas. Los coordinadores recuperan aquí varios ensayos de intelectuales de distintas disciplinas, como Edgar Morín, Bennett Berger, Julián Marías, Ruth Benedict y Talcott Parsons, entre otros. Se destaca en particular el texto de Pérez Islas, que señala que la juventud es un concepto en disputa entre pedagogos, sicólogos y sociólogos desde tiempos de Rousseau y Pestalozzi, que hacen uso de la historia para tratar de definirla. El libro recoge los trabajos de Stanley Hall en 1905 e indaga por la Escuela de Chicago en particular, reseñando trabajos como los de Frederic Thrasher alrededor de las pandillas juveniles en la década de los años 20 en los Estados Unidos.

Otros trabajos significativos son los impulsados por el investigador mexicano José Antonio Pérez Islas (2006), quien ha sido uno de los que más se ha aproximado en América Latina a los estudios históricos, en particular, en el periodo que denomina “la etapa de la ensayística”, ubicado entre 1930 y 1960. En esta época se produjeron algunos trabajos alrededor de los jóvenes, principalmente tomando los referentes de la teoría de la generación de José Ortega y Gasset y Julián Marías, así como el trabajo de Vicente Lombardo Toledano de 1960, quien destaca por primera vez la importancia de los jóvenes en las sociedades latinoamericanas. Pérez Islas reseña que entre 1960 y 1980 hay un predominio de los estudios sociológicos, principalmente evidenciados en los trabajos de José Medina Echevarría, quien realizó el primer estado de la cuestión sobre juventud en América Latina, donde concluye que nada se sabe en realidad acerca de los jóvenes; y el estudio de Gurrieri, Torres-Rivas y otros autores, titulado *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana* y publicado en 1971, en el cual se analizan estos sectores en los países de Chile, Perú y El Salvador.

En la década del 90, se inició la producción masiva de estudios sobre jóvenes, aunque, en términos de la historia, la producción fue muy limitada. Entre los textos destacados de esta época se encuentra *La juventud mexicana: una discusión sobre su conocimiento*, compilado por Ernesto Rodríguez y Ernesto Ottone

y publicado en 1989, en el cual se concentra el recuento de veinticinco años de investigación e historia de la juventud en México (1960 a 1985) alrededor de problemas específicos de interés para los investigadores de ese momento: empleo y educación, juventud fronteriza, comunicación y cultura en los jóvenes, salud, recreación y tiempo libre, mujer joven, bandas juveniles, juventud rural y participación política de los jóvenes.

En 2010, se publicó el libro *Jóvenes, cultura y política en América Latina*, editado por Sara Victoria Alvarado y Pablo Vommaro. Y en el 2013, el libro editado por Yanko González y Carles Feixa, *La construcción histórica de la juventud en América Latina: bohemios, rockeros & revolucionarios*, editado en Chile. En ambos casos, se reúnen varios autores en torno al tema y se analizan casos de algunos países de la región, sobre todo de Argentina, México, Chile y Colombia.

Los estudios históricos de la juventud en Colombia

Como vimos, países como México, Argentina, Chile o España han trabajado en la construcción de una base de estudios históricos sobre la juventud. En Colombia, podemos hallar rastros sobre los jóvenes en distintos trabajos académicos, en particular aquellos que tienen que ver con aspectos como familia y población. Sabemos que, si bien estos estudios aportan elementos importantes a la configuración de una historia de los jóvenes, en sí no forman parte de esta línea. La sola mención no basta para constituirse en una “historia de los jóvenes”, pues como en otros casos, no son el objeto de investigación, sino que contribuyen a ella como referentes. En el campo de la historia colombiana, aunque no es desconocido el tema, no ha tenido una gran difusión, posiblemente porque, al igual que en los casos relacionados con la historia de la infancia, estos son más difíciles de ubicar espacial y temporalmente, y como se dijo antes, al ser una etapa fugaz, se ha privilegiado la biografía o la mención de las palabras *jóvenes*, *joven* y *juventud*, sin profundizar en los problemas teóricos que implica para cada tiempo y contexto su uso.

En casi todos los trabajos históricos revisados en Colombia, no hay discusión respecto al concepto de *joven* ni de *juventud*. Al parecer, los historiadores prefieren librarse de esta y mejor optan por la interpretación que se pueda dar en un tiempo determinado, según los documentos y pistas que lleven a ello. Solo en dos casos aparece un tratamiento frente al concepto.

El primero se trata de un ensayo del historiador Álvaro Acevedo Tarazona (2011), quien refiriéndose al Mayo del 68 se atreve a plantear una conceptualización sobre la palabra *juventud*. Inicialmente, se aproxima a la perspectiva de Bourdieu para indicar que el concepto se construye socialmente en una lucha de edades, y siguiendo un trabajo de Antonio Padilla y Alcira Soler, considera que la juventud se representa “mejor a partir de la imagen del movimiento,

de la acción permanente” (p. 52). Como referente histórico toma a Hobsbawm, para indicar al igual que este, que lo que existe en lugar de juventud “es una cultura juvenil autónoma que se convirtió en la matriz de la revolución cultural, en el sentido más profundo del cambio de comportamientos y costumbres” (Acevedo, 2011, pp. 52, 53). Esto conduce a Acevedo a indicar que, a diferencia de otros momentos históricos donde la juventud era una etapa intermedia entre la infancia y la vejez, es a partir de mitad del siglo XX cuando ella se convierte en el punto máximo de la aspiración humana, donde “rendimiento y éxito físico se vinculan estrechamente a los jóvenes” (p. 53). Lo que se encuentra en seguida es la construcción de una cultura juvenil que construye estéticas, discursos, símbolos, nuevas representaciones, imaginarios y toda una serie de elementos que configuran una posición social en un campo antes dominado por el mundo adulto. Así, Acevedo (2011) entiende a la juventud como “un terreno de confrontación de intereses y poderes, no solo por su definición como ‘etapa’ de la vida, sino también por el control y dirección con que los jóvenes asumieron su destino” (p. 54). Y estas nociones se dieron a partir de los años 60. En esto coincide con varias posturas sociológicas relacionadas con los estudios de juventud.

En ese sentido, la socióloga Luz Gabriela Arango Gaviria (2011) definió a la juventud como una construcción social; esto es, la juventud se hace visible a través de la condición estudiantil, pero también es claro que no es la única condición de la primera, sino la más visible, por lo menos en el campo educativo y cultural.

De otra parte, se encuentran una serie de textos publicados por el historiador Carlos Arturo Reina Rodríguez; en sus trabajos se reconoce la postura que han tomado sociólogos, psicólogos y antropólogos. Carlos Reina (2010) reconoce a la juventud como “una condición, es una construcción que se relaciona con el contexto, que además lo reconoce como pasajero, como un estado de habitar temporalmente en una sociedad particular siendo hombre o mujer” (p. 220). En ese sentido, reconoce que la juventud es “un concepto íntimamente ligado a los tiempos modernos y asociado a estos, pero no exclusivo de estos; si bien, ya no es la fase intermedia entre el periodo adulto y la niñez, tampoco refiere al rango de edad considerado solamente en los censos poblaciones y que, además de ocupar un espacio geográfico, habitualmente tenía como especial labor, la de ser el eslabón natural de la especie humana” (p. 222). Recurre a otros historiadores para reforzar, a partir de las investigaciones de estos, la idea de que lo que se tiene ahora es la conciencia histórica de ser un sujeto joven, que sin embargo no es exclusiva de este tiempo, sino que existen múltiples ejemplos en el pasado. Igualmente, menciona a Hobsbawm para indicar que lo que se ha perdido es el vínculo entre las generaciones, y que en general “los jóvenes viven divorciados de su pasado”. (p. 222) Posiblemente por eso, solo se entienden desde mitad del siglo, olvidando que en los siglos pasados también hubo

movimientos de autorreconocimiento, como en el caso griego, en los jóvenes de la Edad Media, los jóvenes de 1848 o los que se dieron en las escuelas democráticas en toda América Latina. No obstante, ninguno de los dos autores mencionados cita al otro, lo que también refleja la ausencia de diálogo entre los estudiosos de este campo.

Por otro lado, existen distintos trabajos, la mayoría de ellos de iniciativa particular, articulados a algunos ejercicios de investigación académica, pero desligados de una línea claramente definida en cuanto a los estudios históricos se refiere. Al analizar la producción académica y de fuentes relacionadas con la historia de la juventud, podemos encontrar varias vertientes de aproximación que, sin pretender inscribirse en esta línea de trabajo, han realizado grandes aportes a ella:

1. La vertiente de los estudios sobre *los jóvenes y la educación*. En ella se inscriben cientos de trabajos realizados principalmente en el campo de la historia de la educación, en donde aparecen los jóvenes vinculados como estudiantes de escuelas y colegios en todo el país. Buena parte de ellos se involucran en la descripción de los métodos y las formas de enseñanza, la disciplina escolar, los problemas de aprendizaje y, en general, aquellos derivados de la relación escuela-pedagogía-estudiante-maestro. El objetivo de esta línea no es el estudio de los estudiantes como jóvenes, sino como miembros de una institución escolar. Por esa razón, no inscribimos a los autores relacionados con este vínculo.
2. La vertiente de estudios sobre *jóvenes, delincuentes y vagos*. Precisamente, esta dirección se enfoca en identificar a los delincuentes, en cuyo seno se encuentran niños, jóvenes y adultos. No se trata de entender sino a la delincuencia juvenil e infantil como un problema de la sociedad. Entre estos se destaca el libro de Sandra Rodríguez (2007), *Sujeción, corrección y disciplina: pedagogía social de masas en Santa Fe de Bogotá, 1780-1821*, en donde se exponen algunos elementos configurativos que permiten dar cuenta de algunos semblantes juveniles en función de la vagancia y la disciplina.
3. La vertiente de *jóvenes y estudiantes*. Es quizás la más tratada en cuanto a aproximaciones históricas. Con el desarrollo de los movimientos estudiantiles desde los primeros años del siglo XX, proceso magnificado después de los años 50, los estudios sobre el tema han venido en aumento. Trabajos como los del profesor Mauricio Archila han sido citados de manera reiterada. Otros trabajos más recientes, además de intentar describir el movimiento estudiantil que se concentra en los años 60 y 70, pretenden integrar elementos de la vida cultural de los jóvenes que componían a estos movimientos. No obstante, es importante aclarar que no siempre los jóvenes son estudiantes ni los estudiantes son totalmente jóvenes. La relación

joven-estudiante se da muy en el marco de la asistencia a las escuelas y universidades, como algo natural de este sector. Sin embargo, hoy en día el estudiantado está compuesto por hombres y mujeres de distintas edades, a pesar de que su vínculo con la juventud siga siendo generalizado. Aun así, este campo ha permitido identificar la presencia de las jóvenes en el grupo de estudiantes, lo cual rompe de alguna manera la tendencia a leer la historia de los jóvenes en un sentido direccionado hacia lo masculino.

4. La vertiente *jóvenes y política*. La historia oficial nos ha dejado muchos documentos que, de alguna manera, nos permiten identificar cómo eran aquellos jóvenes que integraron los círculos políticos en el país. No obstante, es importante recalcar que, a pesar de la importancia de los jóvenes para los partidos políticos en Colombia, estos no han realizado todavía una búsqueda sobre ese pasado de las juventudes políticas. Aun así, los libros autobiográficos y los documentos oficiales proporcionan algunos pasajes para un estudio de estas características.
5. *Los jóvenes y la cultura*. Sin duda, la presencia de la juventud en el campo de las artes fue importante en la historia colombiana. Grupos como el Movimiento Bachué, en los años 30, se constituyeron en pilares para las nuevas generaciones de artistas colombianos. Este campo solo ha sido visto a la luz de las Artes y no tanto de la presencia de los jóvenes. Tampoco hay mucho sobre los jóvenes y el deporte. De otro lado, se destacan algunos estudios y documentos realizados en torno a las producciones juveniles relacionadas con la música, sin que se trate necesariamente de una historia de los jóvenes.

Huellas historiográficas

Muchos autores han tenido en cuenta a los jóvenes como actores en sus descripciones. Tal fue el caso de José María Cordovez Moure, en el siglo XIX, cuando en sus *Reminiscencias de Santafé de Bogotá*, publicado en 1893, dedica varias páginas a la descripción de la vida de los jóvenes, en particular de los colegiales en la ciudad de Bogotá. Sus descripciones tocan aspectos que van desde la aproximación a la vida cotidiana en la escuela hasta aspectos que tienen que ver con las pilatunas estudiantiles en calles y plazas. Ser colegial, ser estudiante, para Cordovez, era una aventura que iba en contravía de lo que ocurría en el país, y por eso la describe como una etapa alegre, llena de emociones, encantos y desdichas. Eran los tiempos del enamoramiento, pero también de la posibilidad de ser llevados a la guerra, a cualquiera de las tantas por las que atravesó el país en aquel siglo. En ese sentido, Cordovez (1997) indica:

Los estudiantes de *antaoño* no parecían ni prójimos de los de *ogaño*. Todos eran *cuasi mendigos*, aun cuando sus padres fueran ricos o acomodados, porque se

creía prudente educar a los jóvenes en rigurosa economía, previendo que, tarde o temprano, tendrían que aprovechar esas lecciones objetivas: se juzgaba que no debía *pecarse contra la caridad*, creándoles a los muchachos necesidades y haciendo de ellos *hombres festinados*, que a pocas vueltas se jubilaban, o para quienes la vida viene a ser un verdadero tormento. (p. 40).

Otro documento que relata de manera general la vida de los jóvenes vinculada a la vida política es el libro *Los Mochuelos. Recuerdos de 1876-1877* que publicó Enrique de Narváez (1973). En él se narran las peripecias de los jóvenes involucrados en la llamada Guerra de las Escuelas, que enfrentó a liberales y conservadores, y donde las juventudes pertenecientes a ambos partidos participaron de manera amplia.

Ambos documentos sirven como ejemplos para realizar aproximaciones, a pesar de que su objetivo era mostrar otros referentes. Lo mismo ocurre en el mundo académico, propiamente de la historia y las ciencias sociales en general.



Periódico YA. Bogotá. 19 de septiembre de 1953.
Colección Biblioteca Central Universidad Distrital.

Como referentes historiográficos propiamente dichos, se encuentra el ensayo publicado por Patricia Botero, Héctor Fabio Ospina y José Rubén Castillo (2010), *Producción académica sobre la relación historia, juventud y política en Colombia: una aproximación a su estado del arte desde mediados del siglo XX*, en donde recogen una lista de libros y artículos publicados en relación con el tema a lo largo del siglo; aclaran que, aunque algunos de ellos muestran algún interés por hacer una reseña histórica, ninguno se concentra en este ejercicio propiamente dicho. Los autores destacan, sin embargo, la organización histórica que Carlos Mario Perea hizo en 1998 para el tema de jóvenes en Colombia, donde caracteriza a los jóvenes entre 1950 y 1984.

Según ellos, Perea señala que ese periodo representa el momento en que los jóvenes se rebelaron contra el orden establecido y el umbral se encuentra en 1984, con la muerte del ministro Rodrigo Lara Bonilla. Aunque los tres consideran el texto de Perea como fundamental, en realidad solo dedica un párrafo a

lo que sería un abrebrocas histórico al señalar que “la juventud había aparecido en Colombia desde los años 50 en las militancias políticas, los movimientos estudiantiles y en expresiones como la nueva ola, el nadaísmo y el hipismo; mas en estas expresiones se reivindica el proyecto que cada grupo u organización perseguía y no la condición misma de ser joven” (Perea, 1998). No obstante, esta afirmación plantea una aproximación a la explicación sociológica, donde la juventud existe en tanto que se autorreconoce como tal; se aleja de la postura histórica que indica que ese ejercicio no es necesario para evidenciar la existencia de la juventud, sino que, además, deja de lado los rastros que los historiadores han dejado plasmados respecto a expresiones previas que hicieron ese acto de autorreconocimiento, como motores de la vida política social y cultural del país. Este es el caso de los clubes políticos llamados Escuela Republicana y Sociedad Filotémica a mediados del siglo XIX,²⁰ formados por jóvenes pertenecientes a sectores más o menos acomodados que usaron la publicación de periódicos como *El Joven*, *La Reforma* y *El Filotémico* para manifestar su existencia y su posición. Trabajos al respecto, como el de Luisa Fernanda Cortés (2014), han indicado la emergencia de la juventud a mitad de siglo como efecto de aquella que se conformó precisamente en Europa, en particular en Francia, en los años previos a la insurrección de 1848.

De otra parte, en el siglo XX, el auge de estudios en donde los jóvenes se convirtieron en protagonistas vino de la mano de los problemas derivados por la violencia, la delincuencia, el abandono, la pobreza. Pero también se desarrollaron perspectivas donde la sicología o la antropología empezaron a mirar a estos sectores poblaciones ubicándolos en marcos de conflicto personal, como en el caso de la adolescencia, o en otros, como parte de las cifras de delitos de menores, y demás. Por eso, los estudios sobre jóvenes estudiantes se hicieron más visibles en la medida en que, particularmente después de los años 50, la población estudiantil fue en aumento y se hizo mucho más visible a partir de los años 60. No obstante, no se pueden dejar de mencionar trabajos pioneros como el de la antropóloga Virginia Gutiérrez (1975), quien desde la década de los años 50, en sus estudios sobre la familia colombiana, realizó importantes aproximaciones, sobre todo en el ejercicio investigativo de tratar de reconocer los problemas de los niños jóvenes en distintas regiones del país.

En términos concretos, en 1943, Jesús Casas publicó el libro *Un llamamiento a la juventud colombiana*, en el cual, desde una perspectiva más moralista y civilizatoria, hace un llamado a la juventud para que reaccione a lo que el autor denomina “un país en crisis”. Para el caso, recurre a una descripción de los tipos de juventudes que se encuentran en las ciudades colombianas, vistas a

20 Una descripción de la época se encuentra en “La Juventud: Su posición en la Nueva Granada”. *El Neogranadino*, Nro. 129. Bogotá, 15 de noviembre de 1829.

la luz de los preceptos filosóficos y morales. Considera a la juventud como un cuerpo al que le habla como interlocutor y, de hecho, evita mencionar la palabra “jóvenes” para evitar ampliar más el espectro de interpretación, con lo cual se entiende, además, que la “juventud” no son los “jóvenes”, y que la primera corresponde más a una categoría política relacionada con aquellos, y que, por tener ciertas condiciones sociales y posiblemente económicas afortunadas, están en la responsabilidad de evitar la debacle del país. Se trata de una juventud idealizada en todo caso:

“La juventud incorrupta, la que no ha sido contagiada, la que trabaja y estudia sin reposo, la que piensa en el mañana y no vegeta en el presente, la que no hurta el tiempo al estudio sereno de los graves problemas nacionales para consagrarlo íntegro a nuestros fastidiosos pugilatos sectarios” (Casas, 1943, p. 48).

Acerca de los demás, es decir, de los “jóvenes”, solo se refiere en relación con los problemas y los “males” del país. A lo largo de 156 páginas, hace una radiografía de los “males” del país a la que se ve tentada la juventud.

Allí aparecen unas clasificaciones bastante importantes para las juventudes de aquella época, que dan cuenta de que no todos los jóvenes eran iguales: A unos los llama “fosfos- zánganos”, es decir “aquellos delicados y afeminados seres que contemplan la tragedia de la vida nacional desde las terrazas de los círculos elegantes, hundidos en el cretinismo de una casta que los lleva a la equívoca obsesión de considerarse exentos de practicar el estudio y el trabajo por ser estos “depravados” oficios destinados a los ignorantes y al vulgo en general” (Casas, p. 94). Los describe como “señoritos buenos mozos y apergamizados que no son más que simples niños grandes, mimados y ociosos” (p. 95). Bailan “conga”, “swing” “foxtrot” y “porro”, y no se preocupan por nada más que “vivir la juventud”. A otros los denomina “fosfos-atarvanes”, es decir, “esa extraña cizaña que para colmo de nuestras desventuras se da silvestre por estas tierras tropicales, tan execrable como nociva, que con sus continuos brotes de pública y notoria incultura está cercenando sin reposo el prestigio secular de los pobladores de este caro y vilipendiado país” (Casas, p. 99). Viven pendientes de las recomendaciones de los políticos, las modas y frivolidades a pesar de su escasa educación y recursos aspirando a parecerse a los “fosfos-zánganos”. A ambos, “atarvanes y zánganos”, Casas los denomina como una plaga que atenta contra los ideales de la juventud. El texto de Casas se acerca a la línea de aquel producido por Agustín Nieto Caballero (1974) titulado *Palabras a la juventud*, donde se reúnen los discursos pronunciados por el ilustre educador entre 1918-1957 y 1959-1973. Nuevamente, es la voz del adulto que se acompaña de la experiencia para “orientar”, a través de sus palabras, a una juventud sobre la que recaen, cada vez más, las sospechas de la pérdida de valores, la crisis de la moral y la pérdida de la disciplina y la tradición patria. Sus discursos permiten leer a una juventud diferente pues, aunque no es ella la que habla, las palabras

del orador se dirigen hacia ella, describiéndola de acuerdo con los cambios en el tiempo y los contextos.



Los jóvenes. Audacias menores de 30. Revista Semana. Bogotá. Enero 27 de 1951.

Trabajos como esos fueron definiendo momentos coyunturales y permitieron ir construyendo una radiografía de lo que ocurría con los jóvenes en medio de un conflicto como el desarrollado en el país antes de mitad del siglo. Es indudable que Umaña Luna, Orlando Fals y Germán Guzmán, en *La violencia en Colombia* (2017), a inicios de los años 60 dejaron espacio para analizar la presencia de los niños (y los jóvenes, por extensión) en el conflicto interno colombiano conocido como “la violencia”. El capítulo llamado “Un problema social: la niñez abandonada” está dedicado al análisis coyuntural que vive este sector de la población a partir del conflicto en el campo. No obstante, realizan una debida aclaración, que además se puede constatar en el texto al citar un estudio de la Universidad Nacional de Aleyda Pérez:

Como se puede observar, la amplia connotación que se da en Colombia al término “delincuencia de menores” abarca manifestaciones distintas de la simple vagancia” o “sospecha”. Se deduce entonces que se identifica “delincuencia de menores” ya sea con la “inadaptación” o con formas de comportamiento que, en realidad, no son más que el resultado de las malas condiciones de vida o de las leyes y reglamentos inadecuados, que de una inclinación a la delincuencia. (p. 283)

Niños y jóvenes aparecen como protagonistas, y a pesar de que se resalta a los primeros, también se detecta la dificultad para leer a los segundos sin caer en el problema de la edad, que los autores prefieren no resolver.

En los años 60 se inicia la publicación de trabajos provenientes del campo de la psicología y la psiquiatría relacionados con la adolescencia y los problemas de la juventud, como tema influenciado por aquellas investigaciones realizadas en los Estados Unidos a partir de la insurrección juvenil en aquel país. Fruto de ello, encontramos trabajos de análisis como los que publicó el médico y psiquiatra Miguel Echeverry en 1971. Realizó un estudio sobre el movimiento *hippie* en el país, y allí sitúa a los jóvenes como víctimas de un contagio global heredado, por una enfermedad originada en California que se llamaba precisamente “jipismo”. Su obra se compone de dos libros cuyos títulos son: *El hippie: estudio psicopatológico y existencial*, y *Psicopatología y existencia del hippie* (1973), que revelan su inquietud profesional y su perspectiva frente a la adopción de estereotipos de comportamiento de los jóvenes. Este es quizás el primer estudio sobre una manifestación sociocultural en el marco de los años 60, realizada por autor alguno. Si bien los documentos intentan explicar la naturaleza del *hippie*, sobresale la defensa de los valores tradicionales y, en últimas, la estigmatización de los jóvenes que escuchan ritmos musicales que a su juicio se asemejan a los ruidos de los animales, a las estéticas propias de sociedades contaminadas con una enfermedad que Echeverry insiste en denominar como “jipismo” y no como parte de un fenómeno sociocultural: “El epifenómeno socio-psicopatológico *hippie* se manifiesta tan grave, amenazador y destructor para familia y sociedad que las tiene al filo de la quiebra y la desintegración física y moral”, comenta en su prefacio.

Los temas sobre jóvenes se fueron convirtiendo en noticias de prensa, sobre todo porque las cifras de delincuencia relacionadas con su presencia fueron en aumento. En 1985 se celebró el Año Internacional de la Juventud, y esto permitió que se hicieran algunos trabajos sobre el tema. Colombia tuvo en Rodrigo Parra Sandoval a uno de sus más reconocidos exponentes. Su libro titulado *Ausencia de futuro: la juventud colombiana* (1985) expone la transición demográfica del país, a través de la cual aumentó la población joven, en particular desde 1964, cuando estos sumaban el 18.2 % del total de la población, mientras que, en 1985, creció a 22.5%, proceso que el autor vincula con la migración del campo a la ciudad, el cambio en el mercado laboral y en las formas de leer y entender a la familia. Desde una perspectiva histórica y demográfica, analiza la organización familiar y el desarrollo nacional, integrando como elementos de análisis el empleo, la exclusión, la movilidad social, la escuela, y la importancia de la pedagogía y, en general, de las políticas públicas.

Sin embargo, fueron algunos intelectuales quienes se dedicaron a explorar la historia de las juventudes manifiesta en los partidos políticos. Desde algunos sectores se empezó a construir una historia en la que los jóvenes eran protagonistas de primera fila. Esto se puede evidenciar en el libro que publicó Edgar Salgado (1983), *Rebeldes con causa*, el cual narra la historia de la Juventud Tra-

bajadora Colombiana (JTC) desde sus inicios en 1961 hasta 1983. Como el autor lo define en su prólogo, se trata de “una epopeya juvenil obrera, con todos los episodios de avance y retroceso, esperanzas y sinsabores, entusiasmos y frustraciones” (p. 5). El trabajo, aunque es breve, da cuenta del nacimiento del movimiento en un club, de su fundador, el sacerdote Adán Londoño, y de sus vínculos con otros sectores sociales y políticos, así como de la creación del Departamento Nacional para el Deporte que luego se convertiría en Coldeportes y del encuentro de los jóvenes de la JTC con el papa Pablo VI en 1968.

Resulta curioso que, a pesar de que los partidos tradicionales, liberales y conservadores, hicieron reiteradas proclamas en torno a sus “juventudes”, en realidad no cuentan con una historia sobre ellas. Posiblemente, el único vestigio de la presencia de los jóvenes en torno a un partido se encuentra en el trabajo del historiador Medófilo Medina (1980), *Historia del Partido Comunista*, en donde se incluye un apartado que reitera la importancia de la Juventud Comunista (Juco). De hecho, este es el único trabajo que se ha hecho concretamente sobre el papel de las juventudes en partido alguno. Por lo demás, el vínculo histórico de los jóvenes con los partidos apenas se puede ubicar en las experiencias de los protagonistas cuando han realizado sus memorias, o en escasas líneas en los respectivos portales electrónicos donde las “juventudes” liberales, conservadoras y demás tienen sentada su presencia. Poco o nada se menciona acerca de las múltiples declaraciones que las juventudes publicaron en periódicos y revistas durante el siglo XIX y XX, como si su paso y sus palabras se hubiesen borrado al convertirse en adultos.

Las juventudes políticas no fueron las únicas. La Iglesia movilizó a sus *juventudes católicas* en distintos periodos, en particular en la década del 30 del siglo XX. Trabajos como los de Ana María Bidegain (1980) demuestran que estos, además, tomaron partido por los eventos políticos desencadenados en países como España, a propósito de la guerra civil en ese país. De la misma manera, el historiador César Ayala (2011) demuestra que, en la misma década, aparecieron grupos de jóvenes que abiertamente apoyaron la llegada del Movimiento Nacional Socialista alemán a través de la constitución de grupos compuestos por jóvenes pronazis, encabezados por personajes como Gilberto Alzate Avendaño, Abel Naranjo Villegas o Laureano Gómez.

Un trabajo importante es el desarrollado en 2007 por Ricardo Arias Trujillo en el libro *Los Leopardos. Una historia intelectual de los años 1920*. Allí examina la aparición de este grupo, el entorno juvenil de la época y la trascendencia que tuvieron los jóvenes universitarios en este movimiento conservador. Su viaje lleva al lector por algunas de las costumbres y prácticas culturales de los universitarios de la época, y aunque el sentido es el de mostrar a los integrantes de los llamados Leopardos, es fácil encontrarse con escenas de la vida cotidiana estudiantil en Bogotá y otras ciudades del país.



Fotografía de jóvenes soldados. *Periódico Ya*. Bogotá, 13 de julio de 1953.

Fuente: Biblioteca Central Universidad Distrital.

Sin duda, el estudiantado fue una de las formas a través de las cuales se evidenció más la juventud. En 1932, Germán Arciniegas escribió *El estudiante de la mesa redonda*, una obra en la que se hace un recorrido histórico que tiene como principal protagonista al estudiante. Unas veces sarcástico, otras gracioso, el estudiante, el joven es el protagonista de un relato en el que no dudaba en apegarse a la realidad y a los hechos cuando podía, pero también a escarbar en el mundo de posibilidades y lecturas que implicaba ser estudiante. Como el autor mismo lo expresa: “Hemos hecho de la lógica un sarcasmo y desdeñado la realidad de los hechos. ¡Qué diablos: así es la loca juventud!”. (Arciniegas, 1982, p. 8).

En 1979, el francés Ivon LeBot publicó un libro llamado *Educación e ideología en Colombia*, cuyo segundo capítulo se llama “El movimiento estudiantil durante el Frente Nacional (1958-1974)”. En este documento, hace una relación del estudiantado mostrando sus continuidades e intervalos; el movimiento aparece como carente de una unidad, al no poseer, según la investigación, una continuidad organizacional tanto en la estructura como en sus integrantes. De hecho, esta postura revelará un argumento que manifiesta que una vez que el estudiante se desvincula en cada periodo académico de la universidad, deja de ser estudiante, y que esto impide que se forme un movimiento permanente.

Como era de suponer, es la Universidad Nacional de Colombia la que ha producido buena parte de la documentación relacionada con los estudiantes. Así, tenemos algunos referentes, como el de Manuel Ruiz Montealegre, quien reconstruyó la historia de la organización estudiantil entre 1954 y 1966. En esta obra hace un balance historiográfico que se concentra en analizar el texto de Francisco Leal Buitrago: “La participación política de la juventud universitaria como expresión de clase”, con el que concuerda en buena parte, a pesar de que se pregunta si la crisis del movimiento se da por una crisis de la clase social —lo que Ruiz niega— o por una aparente independencia y autonomía

—hacia la que se inclina más el autor—, pese a que no se presentan mayores evidencias al respecto. Además de Leal, presenta brevemente varios textos de autores, como Jaime Caycedo Turriago, Mauricio Archila, una tesis de grado de un texto de Nubia Gaitán y Myriam Restrepo, el libro de Libardo Vargas Díaz, el libro novelado de Carlos Medina *Al Calor del Tropel*, y dos más en esta línea: *La batalla olvidada* y *Los estandartes rotos: un episodio obrero-estudiantil*, de Luis Corsi, los cuales es importante revisar, según Ruiz, para indagar por elementos mucho más culturales al interior del movimiento estudiantil. La investigación y los datos recogidos en el texto dan cuenta de la complejidad para trabajar el tema. Para Ruiz (2002), no basta hacer una cronología, sino que además revisa externa e internamente el desarrollo del movimiento estudiantil a la luz de los relatos de sus protagonistas, tanto como de diversos documentos oficiales y no tan oficiales. En ese sentido, Ruiz entiende que lo que se dio entre 1954 y 1966 fue en realidad un verdadero movimiento estudiantil, pero que este se fue resquebrajando en la medida en que los estudiantes dejaron de serlo. Además, se puede leer entre líneas que los estudiantes también dejaron de ser tan jóvenes y que, de alguna manera, el movimiento se fue agotando, cansando, y si se quiere, envejeciendo prematuramente.

También está el libro de Ciro Quiroz (2002), *La Universidad Nacional de Colombia en sus pasillos*, donde se realiza un recorrido por la historia de la institución, intentando eso sí imprimirle un carácter que tiene en cuenta como actor central al estudiante. De esta manera, la crónica se inicia desde la mitad del siglo XIX, y un poco antes, y va atravesando los rigores del tempestuoso siglo XIX para llegar a un siglo XX en el que la consolidación de la institución revela también la generación de las condiciones para la formación de un movimiento estudiantil consciente de su lugar en el país. El apartado inicial es de gran valor, ya que permite ir más atrás respecto de los estudios del movimiento estudiantil, que por lo general inician en los años 50 y 60, y a los que el autor dedica en adelante la mitad de su obra.

Un trabajo más reciente es el que, en 2008, dirigió María Clara Guillén acerca de los estudiantes de la Universidad del Rosario; es algo más que sobresaliente, dado que, además de ser una obra extensa compuesta por varios volúmenes donde se plasman documentos primarios, principalmente del siglo XIX, dedica varios al papel del estudiante, el joven que ingresa a la institución, su procedencia, su vida académica y su cotidianidad. En esto se subraya un valor adicional y es que sobrepasa la descripción de la vida escolar, para agregar elementos de la historia de la cultura que permiten dimensionar el papel de los estudiantes en la institución.

En 2013, la historiadora Pilar Adriana Rey Hernández publicó un ensayo titulado *Luchas estudiantiles universitarias en Bogotá, 1980-1991*. En él, la autora hace un recuento de lo que fueron las manifestaciones estudiantiles en Bogotá,

contando principalmente al estudiantado de las universidades Distrital, Pedagógica y Nacional, y donde se incluyen algunas de las asociaciones y reuniones de aquel periodo. No escatima en mencionar, aunque de manera mínima, la presencia de “Alax de Xue”, un movimiento anarquista que fue muy conocido a comienzos de los años 90. Su documento problematiza la existencia de un movimiento estudiantil, debate que se había tejido con anterioridad entre historiadores como Francisco Leal Buitrago y Acevedo Tarazona.

También encontramos el libro de los historiadores Alberto Gómez y Albio Martínez, *Estudiantes y cambios generacionales en la sociedad colombiana*, publicado en 2012, que lleva a examinar los orígenes del primer movimiento estudiantil, el Primer Congreso Grancolombiano de Estudiantes de 1910, para mostrar cómo, ocho años antes del Movimiento de Córdoba, Argentina, ya los estudiantes colombianos debatían acerca de la autonomía universitaria. Buena parte del texto recupera los documentos de ese primer congreso y, a partir de allí, realiza una aproximación a la participación y presencia de varias generaciones de jóvenes hasta 1934, año en el que se realiza el V Congreso Nacional de Estudiantes. Este trabajo refleja que el estudiantado estuvo mucho antes de lo que otros estudios reflejan, pero, sobre todo, deja en entredicho el que aquellos jóvenes de 1908 hayan sido los primeros y que es posible que existan otros en el siglo XIX.

En ese marco estudiantil se encuentra el libro del historiador Álvaro Acevedo Tarazona *Memorias de una época: el movimiento estudiantil en Colombia en los años sesenta y setenta del siglo XX*. Publicado en 2016 por la Universidad Industrial de Santander, hace un recorrido que se traslada a los orígenes del movimiento estudiantil colombiano, tomando como eje central el desarrollo de este en la Universidad Industrial de Santander, sin dejar de lado los acontecimientos nacionales, las movilizaciones juveniles y las condiciones sociopolíticas del país en aquella década. Además del acervo investigativo propio del trabajo de archivo, cuenta con una serie de entrevistas que complementan gratamente la perspectiva de lo que significó ser estudiante en aquella década de movilizaciones, y múltiples expresiones políticas y culturales.

En 2017, Juan Sebastián Crisancho Rojas publicó su tesis de grado como historiador, titulada *Esbozo para una historia del movimiento estudiantil universitario colombiano: 21 años de lucha, organización y resistencia ante la consolidación del neoliberalismo*. En ella se examina parte de lo que ha sido el movimiento estudiantil en las últimas décadas (1990-2010), tomando como referentes a las principales organizaciones de izquierda que lo han compuesto. Es un texto que refleja buena parte de esos elementos que constituyen las manifestaciones estudiantiles recientes, aunque se intuye, como en otros casos, que el joven estudiante se pierde por instantes en la historia de las organizaciones que estudia, como soporte del movimiento estudiantil.

Marcos González Pérez es un historiador que se ha dedicado al estudio sobre la fiesta en Colombia. Su trabajo involucra el estudio de los carnavales estudiantiles de los años 20 y 30 del siglo XX. Desde una perspectiva mucho más cultural, González explica cómo jóvenes estudiantes como Germán Arciniegas con la ayuda del joven mexicano Carlos Pellicer, crearon el carnaval estudiantil en la ciudad de Bogotá hacia 1919, estableciendo como día para tal acto, el 21 de septiembre, de tal manera que se hiciera en la misma fecha que los que se daban lugar en las capitales latinoamericanas. En su libro *Carnestolendas y Carnavales en Santafé y Bogotá* (2005) se observa cómo los jóvenes fueron parte fundamental de estos. Si bien, por efectos del carnaval el objetivo no son los jóvenes, estos ocupan el principal lugar en medio de las celebraciones. En ese texto se demuestra que los carnavales tienen un tinte juvenil y que estos son los generadores de los primeros.

En 2002, en su libro *Los ilustrados de la Nueva Granada*, el historiador Renán Silva exploró las condiciones que tuvieron esos hombres y mujeres, que eran en realidad en su mayoría jóvenes, para llegar a jugar un papel fundamental en los procesos de emancipación. Allí, Silva demuestra cómo estos jóvenes pertenecían a una élite de ilustrados, cuya condición les daba acceso a una envidiable educación que les permitió dilucidar con mayor claridad la situación del virreinato a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Se trataba de esa “juventud noble del reino”, la que protagonizó los hechos y antecedentes de la independencia nacional.

En el campo del derecho, Guiselle Holguín (2014) construyó un documento arqueológico para indagar por el pasado de la normatividad penal frente al menor infractor. El tránsito del sistema penal desde 1837 hasta el año 2012 permite reconocer la dificultad jurídica para identificar la diferencia entre niño y joven. Por ello, desde esta perspectiva, hablar sobre el campo jurídico para los menores de edad, donde caben jóvenes adolescentes y niños, es mucho mejor que debatir sobre el concepto. La investigación realiza un recorrido examinando superficialmente las distintas leyes desarrolladas para proteger, pero también para castigar a los menores infractores.

Otro de los campos que empieza a tener trascendencia es el de los estudios sobre la juventud en los ámbitos urbanos con despliegue histórico. En 1996, la Corporación Región produjo el libro *Medellín en vivo, la historia del rock*. Dirigida por Omar Urán, Gilberto Medina Franco y Patricia Valencia, entre otros temas, la obra recoge el camino de los jóvenes en Medellín a través de la historia del *rock* y sus vertientes en esa ciudad desde finales de los años 50. Allí se recogen relatos y memorias de los protagonistas de la constitución de la escena del *rock* en esa ciudad, sus luchas, sus logros y, sobre todo, se verifica el hecho de que la música *rock* sirvió como eje para construir durante varios años el camino para la juventud, que no tenía otros medios para difundir sus ideas.

En el siglo XXI han aparecido varios libros en esta perspectiva que ve a los jóvenes desde la música. Así, en 2008, el historiador Umberto Pérez publicó el libro *Bogotá, epicentro del rock colombiano entre 1957 y 1975. Una manifestación social, cultural, nacional y juvenil*, que se enfoca en revisar cómo los jóvenes de algunos sectores, que de alguna manera se distanciaron de fenómenos como el movimiento estudiantil de los años 60 y 70, buscaron formas para manifestar su descontento social, pero también para reproducir los fenómenos que se estaban gestando en los Estados Unidos e Inglaterra.

En 2011, se editó el libro *Jóvenes, historia y memoria: de las culturas juveniles de fines del siglo XX, a las culturas identitarias del siglo XXI*. Este trabajo fue dirigido por Carlos Arturo Reina Rodríguez y en él participaron expertos en juventud, como Carles Feixa, Germán Muñoz y Juan Carlos Amador. La obra se dividió en dos partes: la primera, enfocada en el referente teórico, propiamente histórico y sociológico; y en la segunda, posiblemente la más valiosa, un grupo de investigadores se encargó de realizar la historia de varias tendencias de manifestación identitaria de los jóvenes en Bogotá desde finales de los años 80 hasta el año de publicación de la obra. Por allí se cruzan las historias del punk, el hardcore, el metal, los *skinheads*, el hip-hop, los rastas, los grafiteros y otros que han sido parte fundamental de las presencias juveniles en los ámbitos urbanos bogotanos.

En 2012, se publicó el trabajo del historiador Hernando Cepeda Sánchez titulado *Imaginario social, política y resistencia. Las culturas juveniles de la música rock en Argentina y Colombia desde 1966 hasta 1986*. Es un estudio histórico comparativo donde se ponen en escena, no solo las manifestaciones del *rock* en ambas naciones, sino también las coyunturas sociales, políticas y económicas de ambas, para vincular en el centro a la juventud como eje dinamizador de los contextos particulares. Se trató de un trabajo que reunió documentos y testimonios que giraron en torno a la lectura de la juventud como una fuerza que, a través de la música, logró establecer una posición y lograr procesos de visibilización.

Ese mismo año, se presentó la tesis doctoral de Carlos Arturo Reina Rodríguez titulada *Historia de los jóvenes en Colombia: 1903-1991*, fue uno de los trabajos fundamentales para el inicio de una línea de investigación que se inició antes de la misma, pero que con este trabajo llegó a un punto importante, al reconstruir desde una perspectiva histórica cultural, la presencia de los jóvenes en la historia del siglo XX. El trabajo fue dirigido por el historiador Pablo Rodríguez Jiménez. Desde cuatro tópicos; Ejércitos, Política, Estudiantes y Cultura, se trata no de una historia en sí en el sentido cronológico sino de una aproximación a una historia vista desde cuatro referentes que han visibilizado a los jóvenes en la historia del siglo XX.

Posteriormente, en 2014, el mismo autor Carlos Arturo Reina y Luisa Fernanda Cortés presentaron el libro *Historia, juventudes y política: de la Escuela Republicana del siglo XIX a las élites y juventudes políticas en los gobiernos del siglo XX*

en Colombia. Allí, en tres capítulos se recogen aspectos relacionados con la teoría histórica y los jóvenes, así como con las juventudes de mitad del siglo XIX y las juventudes políticas del siglo XX.²¹

En 2015, el comunicador y periodista Diego Sánchez presentó un libro llamado *Música para oídos zurdos*, en donde realiza un recorrido por las expresiones musicales de los jóvenes en las últimas tres décadas en Bogotá, en particular, aquellas vinculadas a las expresiones políticas de izquierda. El libro contiene no solo las reseñas de los jóvenes y sus bandas, sino todo un acervo que permite leer otro tipo de juventud política distinta a la tradicional; se trata de la juventud político-cultural expresada en el arte musical, donde grupos de jóvenes que interpretan hip-hop, rock, punk, hardcore y otras expresiones son los protagonistas de una ciudad que no solo tiene jóvenes que hacen música, sino también juventudes políticas que no siguen a los partidos tradicionales, sino que más bien asumen una actitud política haciendo uso de la música.

En 2017, Carlos Arturo Reina Rodríguez²² publica el libro *Jóvenes, reclutas y desertores*. El libro no plantea una teoría de la historia y la juventud, ya que remite al lector a su libro de 2014. En cambio, ofrece una serie de lecturas que abarcan la presencia de los jóvenes desde el siglo XIX, en particular desde 1819 hasta 1960. En su recorrido, se puede apreciar cómo eran reclutados los jóvenes para formar los distintos ejércitos que compusieron los cuerpos militares en tiempos de paz y de guerra. A pesar de que se mencionan diferentes cuerpos militares, el autor no abandona el protagonismo juvenil y busca exaltar ese carácter a lo largo del documento, evitando caer en una historia de las instituciones, en particular, de la Policía y del Ejército Nacional, aun cuando dedica algunas páginas a ello. El libro incluye, además, un apartado final en donde se presenta la imagen juvenil femenina inscrita en las guerras colombianas.

En 2017, el Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República dedicó su revista número 93 a “La juventud del siglo XX”. Allí, cuatro autores construyen, desde igual número de ensayos, algunos aspectos relacionados con la presencia y el protagonismo de los jóvenes en este siglo. Así, el historiador Absalón Jiménez presenta “Una mirada al movimiento estudiantil colombiano. 1954-1978”, ensayo que recoge algunos de los documentos antes citados y ofrece una mira más reciente sobre este importante periodo del movimiento estudiantil, que para Jiménez no termina en 1978, pero donde sí concluye una etapa importante. Así mismo, está el trabajo de Carlos Arturo Reina Rodríguez

21 Una reseña de este texto fue publicada por Hernando Cepeda en el Boletín Cultural y Bibliográfico número 93 de 2007.

22 Carlos Arturo Reina además ha publicado otros libros relacionados con el rock colombiano. Entre ellos, *Más que pesado*, *Metal con historia*. Bogotá, Felcar, en 2009. Y también *El rock iza su bandera en Colombia*, en 2004.

“Rock and roll en Colombia: el impacto de una generación en la transformación cultural del país en el siglo XX”, que plantea cómo la generación de los años 50 y 60 no fue visible solamente por la presencia de los estudiantes, sino que fue una época de efervescencia cultural, plasmada en el auge del *rock and roll* y del movimiento *hippie*. Por su parte Andrés Arias Vásquez presenta *“Política y vanguardia. La juventud colombiana en las artes plásticas de los años sesenta y setenta”*, un documento en el que da a conocer cómo el arte tiene sus semblantes juveniles; el ensayo gira en torno a esos jóvenes que se plantearon nuevas formas de asumir el campo artístico, posiblemente también como una forma de respuesta a un sistema de cambios generacionales. Por último, Jorge Humberto Ruiz Patiño presentó el ensayo *“Juventud y deporte en Colombia en la primera mitad del siglo XX”*. Este documento constituye la extensión de un trabajo previo que el autor había venido tejiendo, en el que la juventud aparece como eje central de los discursos políticos y educativos enfocados hacia la consolidación del deporte como parte de la vida cotidiana del siglo XX.

En suma:

Como autor de algunos de los documentos antes reseñados, es importante aclarar que en todos ellos he pretendido realizar observaciones a los jóvenes en la historia colombiana, mismas que van desde lo más próximo —como las expresiones identitarias de finales del siglo XX— hasta la construcción teórica del sentido de ser, y joven y de juventud. En ese sentido, sostengo la hipótesis de que la palabra “jóvenes” no significa lo mismo que “juventud”. Para la primera, se relaciona una perspectiva más amplia, vinculada por lo general a una indagación más biológica y etaria. Los “jóvenes” son todos aquellos que se encuentran en una etapa media entre el niño y el adulto, pero que además contienen un grado de elementos vinculados a la vitalidad y la apariencia, por lo que el término también se puede usar en personas no “tan jóvenes”. Así, se puede ser joven a los 50, por cuenta de su vitalidad y apariencia, aunque pertenezca al mundo adulto. En ese mismo sentido, es claro que esta caracterización cambia, pues mientras un adulto se puede vestir como joven, sabemos que es un adulto; y un joven se puede vestir como adulto, pero sabemos que es un joven. Así mismo, en diferentes momentos históricos, los “jóvenes” fueron relacionados positivamente con los “buenos ciudadanos”. Mientras que aquellos que, aun siendo jóvenes, por distintas circunstancias no lograron ingresar en los cánones de representación, como ocurría en el siglo XIX, podían ser denominados “janyes”, “mozuelos”, “mancebos” y otras formas, de acuerdo con los contextos y las situaciones específicas. Lo mismo ocurre en relación con la palabra “juventud”, que según mis indagaciones se vincula más con los jóvenes políticos provenientes de sectores sociales relacionados con la “adecuada” educación, es decir, en el marco de los procesos positivos civilizatorios. Por ello es frecuente encontrar frases, cartas, llamados a la “juventud colombiana”, que desde lue-

go vincula principalmente a aquellos jóvenes reconocidos como estudiantes y políticos, y no a aquellos que se encontraban por fuera de estos círculos, lo que particularmente representa a la mayoría de la población juvenil, como ocurrió en la década de los años 20 y 30.

Ahora bien, en conjunto, queda claro que tanto los documentos como las investigaciones siguen siendo escasos. No hay conexión entre los autores ni entre sus temáticas, así estas coincidan, como en el caso de los movimientos estudiantiles. Al sumar, las publicaciones, por lo menos las más reconocidas, siguen siendo pocas, comparadas con otros estudios históricos. Más aún, los congresos de historia no han llevado mesa alguna con este tema y, en la revisión de documentos producidos por el doctorado en Ciencias Sociales Infancia y Juventud, de la Universidad de Manizales, Cinde, son insuficientes los trabajos históricos. Cosa distinta ocurre en cuanto a la producción de documentos relacionados con los jóvenes y en general con los estudios de juventud desde perspectivas psicológicas, educativas, sociológicas y antropológicas, los cuales son abundantes y, a pesar de que hacen miradas a la historia desde la formulación de sus antecedentes, los estudios propiamente históricos no se encuentran aún como una línea claramente definida. Esa es la invitación que queda luego de este breve recorrido para historiadores e investigadores.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, A. (2016). *Memorias de una época: el movimiento estudiantil en Colombia en los años sesenta y setenta del siglo XX*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Acevedo, A. (2011) Juventud y revolución. Mayo del 68 en el sistema mundo. *Revista UIS Humanidades*, 39(1), Bucaramanga.
- Alba, V. (1975). *Historia social de la juventud*. Barcelona: Plaza & Janes Editores.
- Alvarado, S. y Vommaro, P. (comps.) (2010). *Jóvenes, cultura y política en América latina. Algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Clacso. Buenos Aires: Homo Sapiens Ed.
- Arango, L. G. (2011). *Jóvenes en la universidad: género, clase e identidad profesional*. Bogotá. Siglo del Hombre.
- Archila, M. (1996). Protesta social y Estado en el Frente Nacional. En *Controversia*, Nro. 170. Bogotá: Cinep.
- Arciniegas, G. (1982). *El estudiante de la mesa redonda*. Bogotá: Plaza & Janes. 4.^a ed.
- Arias, R. (2007). *Los Leopardos. Una historia intelectual de los años 1920*. Bogotá: Uniandes-Ceso.

- Arias, V. A. (2017). Política y vanguardia. La juventud colombiana en las artes plásticas de los años sesenta y setenta. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 51(93), 41-56.
- Armas, R. de; Torres-Cuevas, E. y Cairo, A. (1984). *Historia de la Universidad de la Habana* (2 vols.). La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Ayala, C. (2011). Trazos y trozos sobre el uso y abuso de la Guerra Civil Española en Colombia. En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 38(2), pp. 111-152.
- Bidegain, A. M. (1980). L'incidence de la vie politique dans l'organisation des mouvements de jeunesse ouvrière et universitaire de l'Action Catholique au Brésil et en Colombie entre 1930-1955. En *Revue d'Histoire Ecclesiastique*, 71, 5-23. Bélgica.
- Botero, P.; Ospina, H. F. y Castillo, J. R. (2010). *Producción académica sobre la relación historia, juventud y política en Colombia: una aproximación a su estado del arte desde mediados del siglo XX*. Clacso. Rosario: Homo Sapiens Ed.
- Casas, J. (1943). *Un llamamiento a la juventud colombiana*. Bogotá: Editorial Antena, S. A.
- Caycedo, T. J. (1984). Conceptos metodológicos para la historia del movimiento estudiantil colombiano. En: *Estudios Marxistas*, Nro. 27. Bogotá.
- Cepeda, H. (2012). *Imaginario social, política y resistencia. Las culturas juveniles de la música "rock" en Argentina y Colombia desde 1966 hasta 1986*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Cordovez Moure, J. M. (1997). *Reminiscencias de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Gerardo Rivas Editor.
- Corsi, L. (1973). *Los estandartes rotos: un episodio obrero-estudiantil*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Corsi, L. (1974). *La batalla olvidada*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Cortés, L. F. y Reina C. A. (2014). *Historia, juventudes y política: de la Escuela Republicana del siglo XIX a las élites y juventudes políticas en los gobiernos del siglo XX en Colombia*. Bogotá: Universidad Distrital.
- Cristancho, J. S. (2017). *Esbozo para una historia del movimiento estudiantil universitario colombiano: 21 años de lucha, organización y resistencia ante la consolidación del neoliberalismo* (tesis de grado). ASPU, Bogotá, Colombia.
- De Narváez, E. (1973). *Los mochuelos: recuerdos de 1877 -1878*. Bogotá: Oficina de Divulgación de la Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero.

- Duby, G. (1964). Los “jóvenes” en la sociedad aristocrática de la Francia del noroeste en el siglo XII. *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, 19(5), pp. 835-846.
- Echeverry, M. (1971). *El hippie: Estudio psicopatológico y existencial*. Bogotá: Editorial A.B.C.
- Echeverry, M. (1973). *Psicopatología y existencia del hippie*. Bogotá: Editorial Andes.
- Gaitán, N. y Restrepo M. (1988). *El movimiento estudiantil en la década del 20 en Colombia y su influencia en la modernización de los partidos*. Tesis de Magister Historia Nro. 61. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Gómez, A. y Martínez, A. (2012). *Estudiantes y cambios generaciones en la sociedad colombiana (1910-1934)*. Bogotá: Gráficas Ducal Hernando Acevedo.
- González P., M. (2005). *Carnestolendas y carnavales en Santa Fe y Bogotá*. Bogotá: Intercultura.
- González, Y. y Feixa, C. (2013). *La construcción histórica de la juventud en América Latina. Bohemios, rockanroleros & revolucionarios*. Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Guillén, M. (2008). Los estudiantes del Rosario 1826-1842. *Cuadernos para la historia del Colegio Mayor de Nuestra señora del Rosario Bogotá*. Tomo 14. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Gutiérrez, V. (1975). *Familia y cultura en Colombia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Guzmán, M.; Fals, O. y Umaña, E. (2017). *La violencia en Colombia*. Tomo II. Bogotá: Taurus.
- Holguín, G. (2014). *Arqueología del adolescente infractor de la ley penal en Bogotá (1837-2012)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ibarra, J. (1971). *Historia de Cuba*. La Habana. Ed. Minfar.
- Jiménez, A. (2017). Una mirada al movimiento estudiantil colombiano. 1954-1978. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 51(93), 3-22.
- Le Goff, J. (1996). *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Le Goff, J. (1997). *Pensar la Historia*. Barcelona: Antares.
- Leal, F. (1984). La participación política de la juventud universitaria como expresión de clase. En *Juventud y política en Colombia*. Bogotá: Fescol-Instituto Ser de Investigaciones.

- Lebot, I. (1979). *Educación e ideología en Colombia*. Bogotá: La Carreta.
- Medina, C. (1991). *Al calor del trolpel*. La U. N., crónica de una década. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Medina, M. (1980). *Historia del Partido Comunista de Colombia*. Bogotá: Centro de Estudios e Investigaciones Sociales.
- Nieto Caballero, A. (1974). *Palabras a la juventud*. Bogotá: Canal Ramírez-Antares.
- Parra, S. (1985). *Ausencia de futuro: la juventud colombiana*. Bogotá: P&J.
- Perea, C. M. (1998). Somos expresión, no subversión: juventud, identidades y esfera pública en el suroriente bogotano. En: Cubides, H.; Laverde, M., y Valderrama, C. *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Pérez I., J. A. (2006). Trazos para un mapa de la investigación sobre juventud en América Latina. Paper. *Revista de Sociología*, 79, pp. 145-170. DOI: <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers/v79n0.829>
- Pérez I., J. A. y Urteaga C., M. (coords.) (2003). *Historias de los jóvenes en México: su presencia en el siglo XX*. México: Unam.
- Pérez, U. (2008). *Bogotá, epicentro del rock colombiano entre 1957 y 1975. Una manifestación social, cultural, nacional y juvenil*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá. Observatorio de culturas juveniles.
- Quiroz, C. (2002). *La Universidad Nacional de Colombia en sus pasillos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Reina, C. A. (2004). *El rock iza su bandera en Colombia*. Bogotá: Argus.
- Reina, C.A. (2010). Historia y jóvenes: Aproximaciones y perspectivas teóricas. En *Revista Republicana* Nro. 9. Bogotá: Corporación Universitaria Republicana.
- Reina, C. A. (2011). *Jóvenes, historia y memoria: de las culturas juveniles de finales del siglo XX a las manifestaciones identitarias del siglo XXI*. Bogotá: Secretaría Distrital de Cultura.
- Reina, C. A. (2012). *Historia de los jóvenes en Colombia 1903-1991*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Reina, C. A. (2017). *Jóvenes, reclutas y desertores: 1819-1960*. Bogotá. Universidad Distrital.
- Reina, C. A. (2017). *Rock and roll en Colombia: el impacto de una generación en la transformación cultural del país en el siglo XX*. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 51(93), 23-40.

- Revista Mélanges de la Casa de Velázquez (2004). *Jóvenes en la Historia*, 34-1. Madrid.
- Revista de Educación (1986). *Historia de la infancia y de la juventud*, número 281. Madrid: Centro de Publicaciones Ministerio de Educación y Ciencia.
- Rey H., P. (2013). Luchas estudiantiles universitarias en Bogotá, 1980-1991. En *Revista Ciudad Paz-ando*, 6(2). Bogotá: IPAZUD. Universidad Distrital. DOI <https://doi.org/10.14483/issn.2422-278X>
- Rodriguez, E. y Ottone E. (1989). *Mitos certezas y esperanzas: tendencias de las investigaciones sobre juventud en América Latina*. Ciudad de México: Centro Latinoamericano sobre Juventud.
- Rodríguez, S. (2007). *Sujeción, corrección y disciplina: pedagogía social de masas en Santa Fe de Bogotá, 1780-1821*. Bogotá: Fundación Francisca Radke-Universidad Pedagógica Nacional.
- Ruíz M. (2002). *Sueños y realidades: procesos de organización estudiantil 1954-1966*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ruiz, J. (2017). Juventud y deporte en Colombia en la primera parte del siglo XX. En *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 51(93), 57-70.
- Salgado, E. (1983). *Rebeldes con causa: historia de la JTC*. Bogotá: Ediciones J. T. C.
- Sánchez, D. (2015). *Música para oídos zurdos. Rock y rap de resistencia*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- Schmitt, J. y Levi, G. 1996. *Historia de los jóvenes*. Vol. 2. Barcelona: Taurus.
- Silva, R. (2002). *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808: genealogía de una comunidad de interpretación*. Medellín: Fondo Editorial EAFIT Banco de la República.
- Souto, K. (2004). El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes. Juventud y movilización en la Europa entre guerras. En: *Jóvenes en la Historia. Revista Mélanges de la Casa de Velázquez*, 34(1), 179-216. Madrid.
- Urán, O.; Medina, G. y Valencia, P. (1996). *Medellín en vivo: la historia del rock*. Medellín: Corporación Región.
- Valdez, M.; Suárez Z. M. y Pérez I, J. (2008). *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*. México. Porrúa.
- Vargas, D. L. (1996). *Expresiones políticas del movimiento estudiantil, 1960-1980*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Veblen, T. (2004). *Teoría de la clase ociosa*. Madrid: Alianza Editorial.

Este libro se
terminó de imprimir
en abril de 2019
en la Editorial UD
Bogotá, Colombia